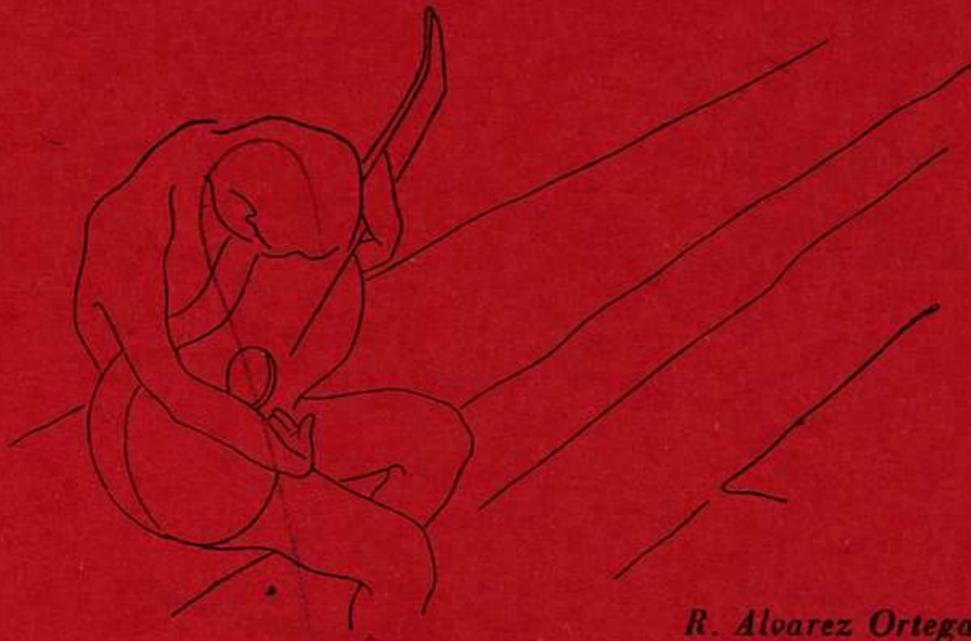


litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento

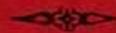


R. Alvarez Ortega

NARRATIVA

LOS ANDALUCES CUENTAN

(once relatos)



SUPLEMENTO: EN LA HORA DE EUROPA



***Torremolinos - Málaga
Andalucía - España - Europa***

N.º 45-46

litoral

**Revista de la Poesía
y el Pensamiento**

Publicación mensual

La fundaron Emilio Prados
y Manuel Altolaguirre

De conformidad con lo que precep-
túa el art. 24 de la Ley de Prensa
e Imprenta:

Edita: José María Amado y Arniches

Dirige: Manuel Gallego Morell

Imprime: Imprenta Dardo

Situación financiera: Se nutre sólo
con la aportación de los suscriptores

Dirección, Redacción
y Administración:

Urbanización Miramar
Torremolinos - Málaga

Depósito Legal MA. 128 - 1968

Suscripción anual: 750 ptas.

Distribución Exclusiva para Librerías

LIBROS RODAS, S. A.

(Central Internacional de Librerías)

Avda. República Argentina, 248

Teléf. 247 91 27

Barcelona

CEL

LITORAL



PICASSO

LITORAL



LITORAL



Picasso



manos
borda.
testi-
espacio.
le piel
eleva
de las
cuanto
por su
relidos
por el
avanzan
a vida
fallece
es res
y al
cuna
es son
que
venas
viente
en la
que el
"A sol"
y una
fuerza

Se r
de artis
¿Pinta
monio
pero fir
Son
ajena
desde
siglos
es el
existen
al ser
en su
que
y en
pues
ni de
y el
clara
glen
por
puer
Y
sigue
venas
por
noche
gelo
fuerza

Picasso en la Prehistoria

(ESQUEMA EN PIEL)

Se refugia el limón y, exprimido por no se sabe qué manos de artista, dibuja la línea de su profunda dimensión redonda. ¿Pinta? ¿Relata? Tal vez se recrea o acaso quiere dejar testimonio de una hora, de un sólo instante ya parado en el espacio, pero firme, seguro en su pensamiento.

Son como patas arriba oliendo a malva, como trozos de piel ajena —que no es piel—, según se ha dicho, pero que se eleva desde honda sima hasta alcanzar alturas que el paseo de los siglos airea; es el esquema que un día (sólo Dios sabe cuánto es el tiempo transcurrido) un artista creara sin apenas saber su existencia anterior.

Son trazos no incoherentes, sí firmes, decididos, abroquelados en su extrema desnudez con cuanto recuerdo guardan, y por el que, tras ese discurrir del tiempo, arriban quizá, se trasvasan y, en otra parte, adquieren vitalidad nueva, que no nueva vida, pues jamás perecieron, como no muere el ser, como no fallece ni desfallece el alma en su entera plenitud.

Y descifrado este pedazo de piel, que no es piel, que es reclamo, es canto, proa a esa voz se escucha su lenguaje y, alguien ajeno a él, pero inmerso en su sentido, vuelve a su cuna por secretos, pero fielmente trazados caminos que a su vez son puertas abiertas a otros de ambición más ancha.

Y así, como ave fénix que renace de sus cenizas, el cuerpo sigue en pie, la sangre continúa su rítmico fluir corazón a venas, venas a corazón y, transmitiendo su impulso vital, se convierte, por manes del arte, en patrimonio de todos, perdiéndose en la noche del abismo y abriendo ventanas a la eternidad que el genio mantiene en perpetua renovación.

ANGEL CAFFARENA

Introducción

“Litoral” encargó a Carlos Muñiz Romero la confección de un número dedicado a la “narrativa andaluza”.

Queríamos dejar constancia de un fenómeno llamativo en la literatura de nuestros días: la abundancia de narradores.

Carlos Muñiz bebiendo quizás en la fuente de lo que se ha dado en llamar “escuela de aljarafe” nos entregó una colección de relatos de los que hemos seleccionado once, con la coacción invencible del espacio que nos impone un número de planas. Estos relatos van precedidos de un estudio de Juan de Dios Ruiz Copete, que es junto a Ortiz de Lanzagorta el crítico que más paciente y seriamente ha estudiado este afán novelístico que de pronto les ha entrado a los andaluces y que tiene sumida a la literatura del Sur en “un extraño éxtasis de pentecostés narrativo”.

Puede que se esté cumpliendo en Andalucía aquello de Ernesto Sábato sobre que la novela surge en época de crisis histórica.

Acompaña al estudio de Ruiz Copete una divertida “carta polémica” de J. M. Caballero Bonald.

No se trata en este número de “Litoral” que hemos titulado “Los Andaluces Cuentan” de ninguna antología. Faltan nombres importantes: Aquilino Duque, Berenguer, Tíjeras, Burgos Martínez Menchen... por citar algunos.

Estos relatos inéditos señalan la presencia de un "boom" —puede que provocado comercialmente—, pero que denota la existencia de unos escritores en el Sur, bastantes de ellos con reconocida calidad que escriben y publican.

* * *

Este "boom" de la "narrativa andaluza" en esta hora, tiene un antecedente marcadísimo en la América Hispánica. García Márquez, Vargas Llosa, Cortazar... irrumpen con un éxito editorial indiscutible sobre América y Europa.

Nuestro idioma, el habla castellana, toma una fuerza sobre la novelística de este momento, quizás cuando la Poesía hace crisis, sobre un mundo bárbaro asolado por tantos ríos de muerte y de injusticia, por tanta Torre de Babel, de soberbia y de ambición.

Francisco Ayala, no cree en ese "boom": "No están todos los que son ni son todos los que están", dice.

Falsos premios, campañas de propaganda al uso, sobre un barroquismo de forma, no hacen olvidar nombres anteriores.

Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, Sender, como antecedentes próximos, Galdós, Baroja no se borran fácilmente y se vivifican hoy y mañana.

"Litoral" abre este número con un dibujo de Pablo Picasso, como realidad incommovible y eterna verdad, y busca punto de referencia tratando de abarcar ese fenómeno de la narrativa en su mayor amplitud de desenvolvimiento, partiendo desde Hispanoamérica con esos deliciosos minicuentos de Hilda Breintembach, una joven arquitecta argentina de clara procedencia europea que no necesita presentación literaria y cierra el intercalado de esos "11 relatos" en que "Los Andaluces Cuentan" con un breve relato más de Lorenzo Saval, joven escritor, veinte años de edad, chileno de nacimiento, sobrino nieto de Emilio Prados, que tampoco necesita esos títulos emotivos para dejar huella patente de su sabor poético en este decir de la prosa.

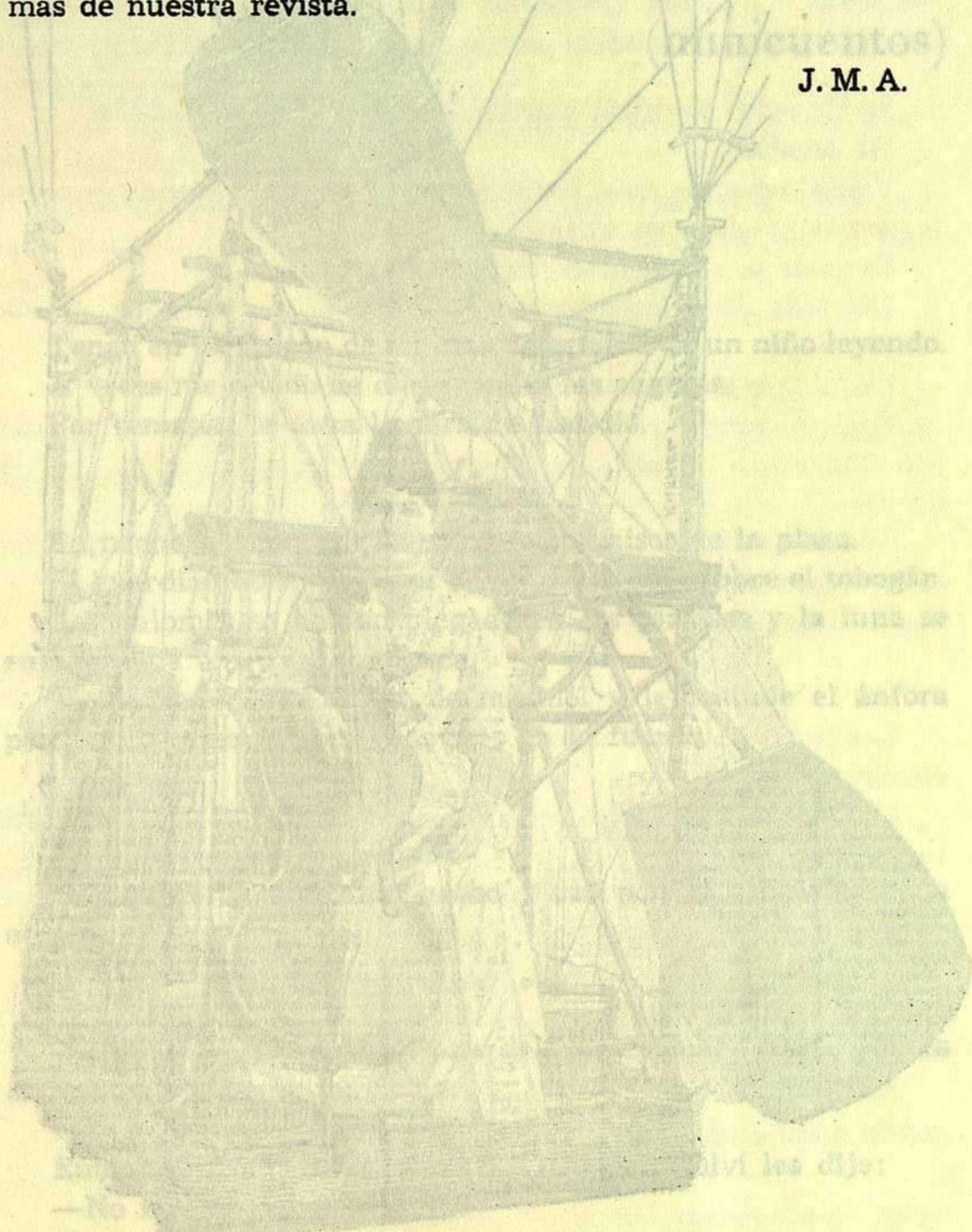
Al final "Litoral" en su contraportada incluye una breve muestra de la prosa de Juan Ramón, así sin adjetivos.

Rafael Alberti, esta vez pintor, Cayetano Aníbal con un precioso dibujo, Maldonado con ese simbólico apunte de Moguer

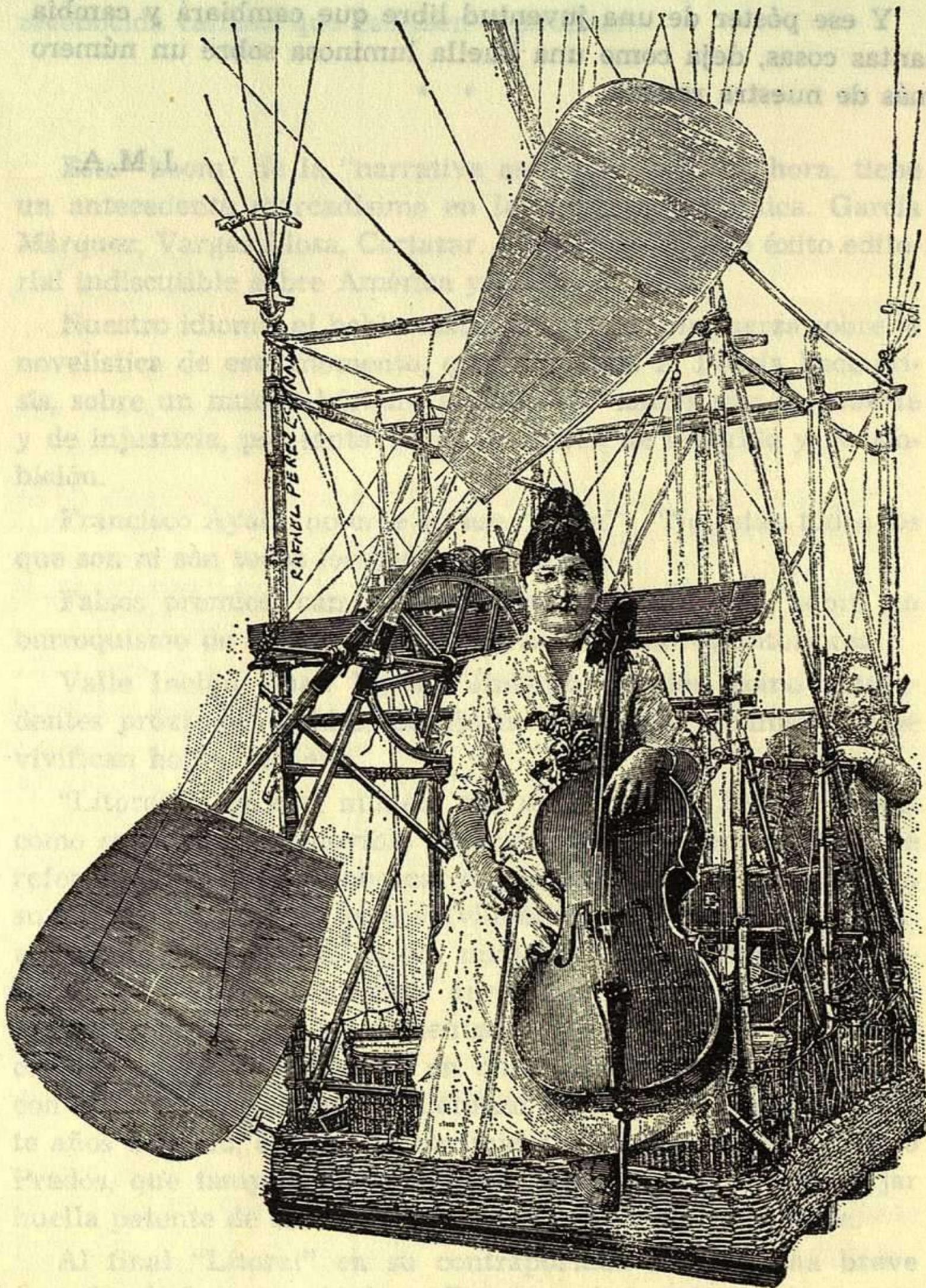
—la tierra de Platero— y Rafael Pérez Estrada con la gracia ágil de su peculiar manera, espléndida manera de hacer, ilustran el número.

Y ese póster de una juventud libre que cambiará y cambia tantas cosas, deja como una huella luminosa sobre un número más de nuestra revista.

J. M. A.



la intrépida astronauta musical



(Collage de Rafael Pérez Estrada)

Hilda Breintenbach

(minicuentos)

Tengo en un rincón de mi casa, la estatua de un niño leyendo.
A veces me olvido de darle vuelta las páginas.
Por semanas le dura la cara de fastidio.

* * *

La noche se embelesaba entre los paraísos de la plaza.
El guardián dormía con su linterna apagada sobre el tobogán.
Las palomas se habían plegado en las cornisas y la luna se
enmarañaba entre la hojarasca.

Me acerqué a la mujer de mármol y le sostuve el ánfora
para que pudiera lavarse los pies en la fuente.

* * *

Los ancianos me deprimen.
Tienen tanto atrás mal hecho y tan poco por delante para
equivocarse.

* * *

Nunca me gustó el gran país del norte. Cuando lo afirmaba
en voz alta la gente me decía:

—Es porque no lo conoces.

Entonces decidí conocerlo y fui. Cuando volví les dije:

—No me gusta ese país.

Entonces me respondieron:

—Con un mes de estancia no puedes conocerlo.

Decidí volver para asegurarme. Estuve un tiempo allí —lle-

gué a conocer al presidente. Una tarde mientras jugábamos al golf juntos le pregunté si el conocía a su país.

Me respondió con una sonrisa brillante y estas palabras:

—Es una gran democracia.

Volví reconfortada. —Eramos dos los que no conocíamos a ese país.

* * *

Se llamaba Carmelo y tenía una manía desagradable.

Me tocaba.

Venía todos los días, hacía sonar el timbre —cuando le abría la puerta estiraba su mano y me tocaba un seno.

Después se retiraba en silencio, sonriendo.

Día tras día, Carmelo tocaba el timbre, mi seno y se iba sonriendo.

Hasta que no aguanté más.

Fue un martes a la tarde —lo enfrenté decidida, cubriendo con una mano mi seno izquierdo y ofreciéndole con la otra el derecho.

Se quedó quieto unos segundos, dejó caer los brazos blandamente, giró sobre sí mismo y se fue llorando.

Se llamaba Carmelo.

* * *

Los faroles estaban alineados bajo la lluvia, goteando en cada esquina.

Llegué hasta el primero, me coloqué junto a él y me sentí iluminada.

Llegué al segundo farol e hice lo mismo. Luego en el tercero y en el cuarto. Así seguí hasta que acabaron los faroles, los círculos de luz y sólo quedó la lluvia.

Entonces, chapoteando en la oscuridad, comencé a cantar bajito y llegaron las luciérnagas.

Atrapé a la más pequeña, la coloqué en mi hombro, y me quedé quieta en una esquina, como un farol más.

* * *

Un día desperté transformada en una cajonera.

Comencé a abrir mis cajones y el primero estaba lleno de genes antiguos,

en el segundo encontré a mamá y papá copulando,
en el tercero, apretujados como en un colectivo, estaban todos mis parientes,
en el cuarto, estaban mis amigos hablando bajito,
en el quinto, encontré a mis maestros todos de blanco ordenados según los grados agitando banderitas azules y blancas,
en el sexto, había revistas, libros, poesías a la manera de, muchos papeles,
en el séptimo, mucho desorden, así que supuse que allí guardaba mi circunstancia.

Cuando hube inspeccionado todos los que tenía cerré con llave cada uno de ellos cuidadosamente y la arrojé por la ventana.

Ayer desperté transformada en un ropero vacío.

Siendo muy joven, descubrí que tenía gran capacidad de amar sin distinciones.

Amaba a los ricos y a los pobres,
a los jóvenes y a los viejos,
a los gatos y a los ratones.

Siendo muy joven descubrí que tenía gran capacidad de comprensión.

Comprendía a los hombres y a las mujeres,
a los vencedores y a los vencidos,
a los débiles y a los poderosos.

No entiendo por qué tuvieron que crucificarme por mis manías juveniles.

* * *

Cuando tenía diez años me enseñaron —los mocosos deben aprender a callarse la boca cuando hablan los mayores.

Cuando tenía quince años me dijeron: —no sabes aún limpiarte los mocos y ya hablas pavadas.

Cuando llegué a los veinte me informaron que los jóvenes deberían estudiar más y hablar menos.

A los veinticinco me gritaron: —¡jamás agacharon el lomo y ahora cagan palabras!

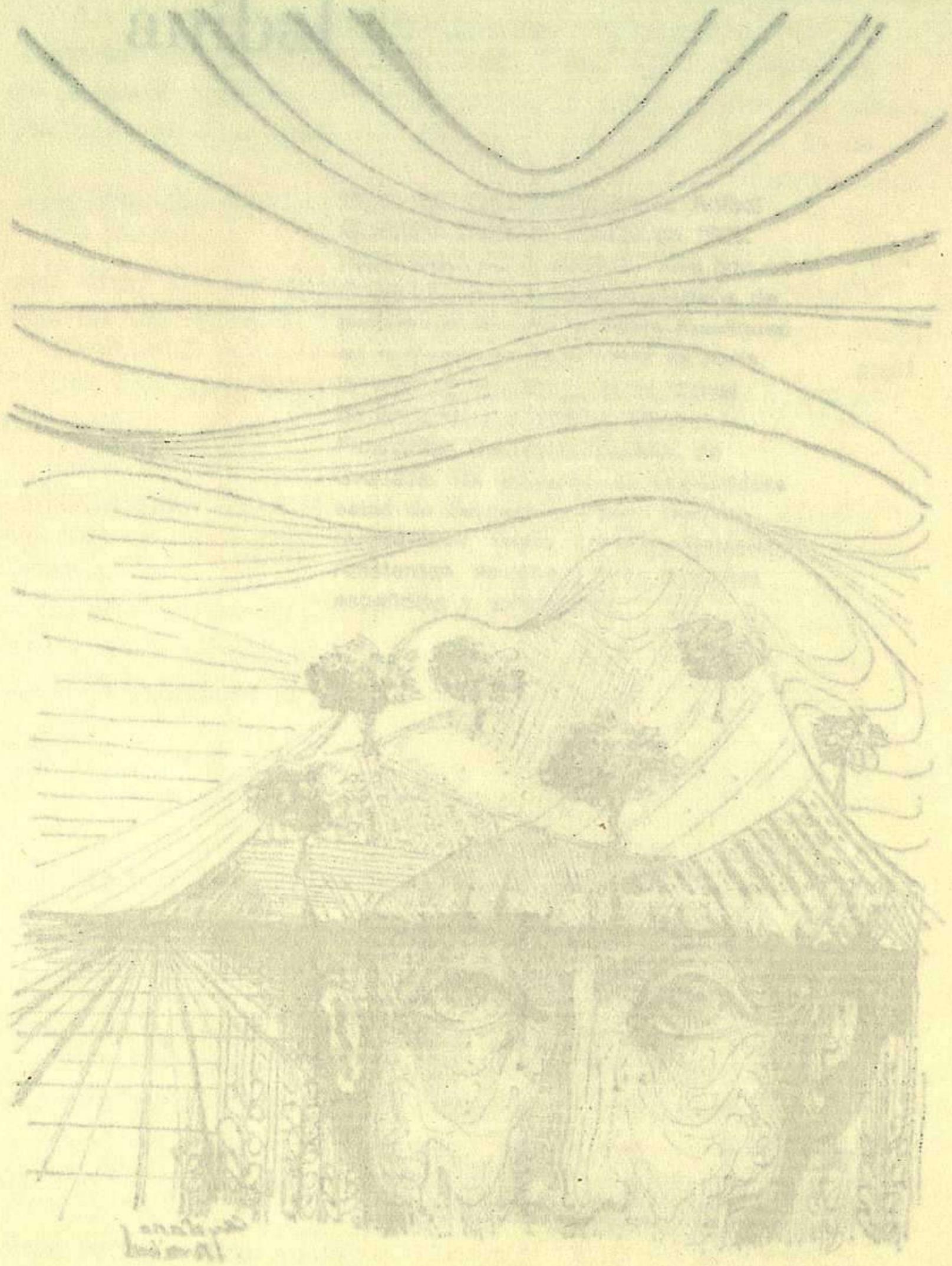
A los treinta, cuando me preguntaron: —Y ¿qué opinión tiene usted de...?, les respondí: —¡Pregúntenle a mi mamá!

cayetano aníbal

Nieto del famoso arquitecto Aníbal González, nace en Sevilla en 1929. Hace escultura y grabado. Vive hoy en Granada. Ha obtenido la Medalla de bronce de Le Cercle d'Arts Plastiques en el Musée de Beaux Arts de París, la Medalla de Dibujo de la Bienal de Ancona, y el Premio de la Fundación Rodríguez Acosta, de Granada. Ha expuesto en importantes salas de Barcelona, París, Munich, Nueva York, Texas, Londres, Bruselas, Amsterdam, Ancona y otras ciudades españolas y extranjeras.



CAVELANI



lanabyal
hoiwal

Justo de los
 orix-copet-omónel
 andalus

Nace en Frado del Rey (Cádiz)
 en 1925. Abogado en ejercicio.
 Poeta y crítico literario.
 Entre sus obras más importantes:
 Poetas de Sevilla, La vida y otros
 cuentos, Nueva poesía gaditana.
 Como estudios de la actual narrativa
 que se escribe en Andalucía.
 Propone un libro titulado Fórmulas Sur.

los andaluces cuentan

(11 relatos)

El autor ha querido que "la configuración de nuestra historia literaria se vea desde un punto de vista que sea de saber esperar el momento de su aparición. Los años para detenerse sobre el filo de un espaldar de otro". No cabe duda que cada vez que se abre un libro de poesía se abre un mundo de posibilidades. Y en este sentido, el autor ha querido que el lector se sienta obligado a leerlo. Cada vez que se abre un libro de poesía se abre un mundo de posibilidades. Y en este sentido, el autor ha querido que el lector se sienta obligado a leerlo.

(1) Ramón Baroja, "La vida y otros cuentos", Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1934.
 (2) "Cuentos de Sevilla", Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1934.

juan de dios ruiz-copete

Nace en Prado del Rey (Cádiz)
en 1929. Abogado en ejercicio.
Poeta y crítico literario.

Entre sus obras más importantes:
**Poetas de Sevilla, La vida y otros
cuentos, Nueva poesía gaditana.**

Como estudioso de la actual narrativa
que se escribe en Andalucía,
prepara un libro titulado **Fórmula Sur.**

en torno al fenómeno geoliterario andaluz

Ramón Buckley ha dicho recientemente que “la configuración de nuestra historia literaria es un proceso lento y quizá sea de sabios esperar el transcurso de un número prudente de años para dictaminar sobre el final de un capítulo y el comienzo de otro” (1). No cabe duda que esperar es, siempre, una medida de prudencia, pero frente a este criterio cómodo y sin riesgos venimos obligados a recordar aquél otro de Guillermo de Torre que, más temperamental y no por esto menos riguroso, exigía a “cada generación juzgar esencialmente a la suya, sin invadir el campo de los venideros” (2). Más afín con esta actitud que con la otra, volvemos sobre el tema de la narrativa andaluza, pese a su proximidad como estallido —que no como realidad histórica— porque es evidente la existencia de unos presupuestos que lo configuran como fenómeno geoliterario peculiar.

Es obligado advertir, empero, que siempre que vino al caso dijimos sin ufanías, pero también sin encogimiento, que aquél

(1) RAMÓN BUCKLEY: “*Del realismo social al realismo dialéctico*”. Revista Insula núm. 326. Enero, 1974.

(2) GUILLERMO DE TORRE: “*Doctrina y estética literaria*”. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1970, pág. 15.

efímero “boom” novelístico de los años 71 y 72 más parecía —si no lo era, en efecto— una maniobra comercial que una peculiar realidad literaria y, sobre todo, que para una abarcadora estimación faltaba una imprescindible perspectiva. Pero, también, que nada de esto era óbice para reconocer por contra una evidente coincidencia cuantitativa que advenía avalada por los hechos: más de 50 nombres vivos en el censo narrativo andaluz, naturalmente que con las correspondientes diferencias de calidad y cronología; un buen puñado de novelas válidas; un cierto talante determinado por la tensión estética, por el culto ideomático; y, algo menos indicativo, pero también sintomático: los premios.

Recordemos, sólo para estímulo de desmemoriados de intención, algunos de los que apuntaron al sur en el bienio a que nos referimos: el Nadal a “El Cuajarón”, de José María Requena; el Alfaguara a “Leña Verde”, de Luis Berenguer; el de la Crítica, a “Guarnición de sillas”, de Alfonso Grosso, y luego, también, el Alfaguara a su “Florido Mayo”; el Nacional Miguel de Cervantes a “La eliminatoria”, de Ramón Solís; el Biblioteca Breve a “La circuncisión del señor solo”, de José Leyva; el de la Crítica a “El jardín de las delicias”, de Francisco Ayala; el Ateneo de Sevilla a “Epitafio para un señorito”, de Manuel Barrios; el Novelas y Cuentos a “Secretum”, de Antonio Prieto; el Sésamo a “Fin de semana en Etruria”, de Julio M. de la Rosa.

Junto a estos premios, unos con más prestigio, otros con menos, pero todos con sonora andadura en el país, también los incipientes apuntaron al sur: el Ciudad de Marbella a “El contrabandista de pájaros”, de Antonio Burgos; el Ganivet de la Universidad de Granada a “Los caballeros del hacha”, de Carlos Muñiz-Romero; el Ciudad de San Fernando a “El aplazamiento”, de José Luis Ortiz de Lanzagorta... Y esto sin tener en cuenta a Aquilino Duque y Carlos Muñiz-Romero, ambos finalistas del Ateneo de Sevilla con “La rueda de fuego” y “El llanto de los buitres”, respectivamente, dos novelas con las que hay que contar para una estimación del panorama.

A un par de años de aquella efervescencia y partiendo de la distinción fundamental de que no es lo mismo un “boom” novelístico —algo, al parecer, tan fácil de montar como la campaña publicitaria de un brandy o un detergente— que un autén-

tico fenómeno literario, hay que pensar que si determinadas circunstancias condicionan al hombre por qué entre ellas no ha de estar la geografía y sus derivados: el clima, las formas de vida, los niveles de desarrollo, el dialecto. Si la meridionalidad, por otra parte, constituye, como está demostrado, un factor adjetivo, pero suficiente, para influir en las formas de vida y el novelista se nutre fundamentalmente de una experiencia de vida y de su observación, ya se está ante la presencia de dos premisas que no se oponen a una conclusión positiva respecto de la existencia de una narrativa peculiar andaluza.

Ahora bien, el hecho de que se den los presupuestos para la existencia de una novelística no quiere decir que ésta exista. Tampoco —y esto mucho menos— que existiendo haya de estar configurada por unos signos externos de uniformidad. Ortiz de Lanzagorta, en su indagación sobre este mismo fenómeno, “Narrativa andaluza: doce diálogos de urgencia”, reconoce este tipo de condicionantes, agrupando a los narradores vinculados al Sur no sólo por nacimiento o residencia, sino “en función de un talante, de una razón de ser y del afrontamiento de su propia y personal manera de escribir” (3).

Hoy, por razón de que el mundo es cada vez más ancho y, paradójicamente, más pequeño, el escritor andaluz, como el de cualquier punto de nuestra geografía, tiene planteados —la frase es de Manuel Andújar— “análogos problemas a los de cualquier confín peninsular” (4). Pero ¿quiere ello significar —insistimos— que no esté en algún aspecto condicionado por su geografía de origen —y aquí incluimos no sólo a los que permanecen en la tierra, sino a los que, obligados a buscar otro lugar de asentamiento ya portaban este estigma— por unas peculiares condiciones de vida, en este caso su flagrante subdesarrollo, el clasismo social, el desequilibrio de sus estructuras, el acento ideomático, un casi unánime fervor estético...? No sólo por unas coordenadas ambientales —nos permitimos agregar—, sino por unas constantes históricas y, desde luego, que por unos estigmas de cultura (5).

- (3) JOSE LUIS ORTIZ DE LANZAGORTA: “Narrativa andaluza: doce diálogos de urgencia”. Edic. Universidad de Sevilla. Sevilla, 1972, pág. 7.
- (4) De la respuesta de Manuel Andújar a la encuesta de Miguel Fernández-Braso sobre “¿Una narrativa andaluza?”. Diario Pueblo, 11-8-71.
- (5) GUILLERMO DIAZ-PLAJA: “Hacia un concepto de la literatura española”, Espasa Calpe. Austral, 4.ª edic. Madrid, 1962, pág. 117.

Lo que no es exigible a estos efectos es que todas estas características tengan que darse necesariamente, sin posibilidades de talentos individuales, en todos los escritores del sur. Ortega, con ser Ortega, para reconocer la existencia de una generación literaria, apenas exigía algo más que un vago elemento temporal, lo que él denominaba "zona de fechas". Para propugnarse por un sector de nuestra crítica didáctica —y admitirse por todos los demás— la existencia de una novela hispanoamericana no se ha requerido más que una amplísima coincidencia temporal de nombres —los hay en el "boom" que pertenecen, como se puede comprobar (6), a distintas generaciones—, una sobreestimación del elemento mágico —como reacción, acaso, al agostamiento de las fórmulas socio-realistas—, una reivindicación del instrumento expresivo —quién no puede creer que heredado del viejo país andaluz (7) y un substrato de denuncia político-social referido a las repúblicas de aquel hemisferio.

Para hablarse de una literatura del exilio no se ha requerido más que una circunstancia de hecho, doloroso, pero simple, como es una guerra civil, con la derivación traumatizante del éxodo y el desarraigo; lo demás ha sido mera especulación teórica.

Ante esta evidencia, siempre nos ha parecido sospechosa la actitud de hostilidad que, de ordinario, se ha mostrado con la crítica, también por meros comentaristas y en no pocas ocasiones por simples espectadores de nuestro reñidero literario, hacia este fenómeno de la novela surespañola, y lo que es más curioso: sin otros argumentos, que sepamos, que casi la gratuita evasión irresponsable, cuando no la ironía inconsistente. ¿Podríamos imaginarnos, siquiera sea en un escorzo hipotético, qué hubiera sido del fenómeno narrativo andaluz si éste se produce dentro de las fronteras catalanas con un censo como el que tienen de máximos pontífices de nuestra cultura, asistida su audacia —también su competencia, qué duda cabe— por una poderosa retaguardia editorial y periodística?

Para imaginar lo que hubieran sido sus efectos, baste recordar que Castellet, con sólo nueve nombres —y no todos de la

(6) Véase, entre otros, el voluminoso libro de Luis Alberto Sánchez "*Proceso y contenido de la novela hispano-americana*". Edic. Gredos. Madrid, 1968.

(7) De la respuesta de Manuel Barrios a la referida encuesta de Fernández-Braso. Diario *Pueblo*. Madrid, 4-8-71.

tierra— se inventó sus “novísimos” —unos válidos, otros bastante menos y los restantes ya dieron, con más pena que gloria, todo lo que portaban de proyección hacia lo eterno— y los lanzó al país con su etiqueta irrenunciable de franqueo concertado; o que Barral, alzado todo el énfasis y sobre la base de un sorprendente contubernio editorial, declaró, por personal decreto, la existencia de una “nueva novela”, como si por un secreto y supremo designio le hubiera sido confiado a él —justo es decir que a su programática declaración no le faltó la comparsa de una parte de la crítica capitalina y de la periferia— la mágica misión de ponerle infaliblemente las rayas a la historia. Y a tenor de que por parte alguna se ve —y bien que hemos puesto alertada toda nuestra atención— esa “nueva novela” —a salvo las contadas individualidades ajenas o incluidas, qué más da, en el paquete editorial— tendríamos que preguntar a estos catalanes inefables del vaticinio y la profecía —y aprovechamos la ocasión— donde, por casualidad, escondieron los genios.

A la vista de que después del estallante bienio 70-71 a que nos venimos refiriendo la vibración de los premios y, quizá, la excitación editorial de los autores del sur acusaban un evidente signo de disminución y aunque a semejantes circunstancias no pasamos de concederle un valor meramente adjetivo, nuestra serenidad crítica nos aconsejó separarnos de los hechos y considerar si no sería todo aquello sólo el vistoso juego multicolor de una coyuntura editopublicitaria con el amplificador sonoro de unos premios, o si, una vez explotado aquél —el globo— persistiría la estela de unos narradores —pocos o muchos, eso es lo de menos— pero de raza y si los aglutinaba algún elemento que pudiera ser definitorio.

A juzgar por la variedad de su conjunto, parecería que no. Dentro de la nómina, qué duda cabe que son reconocibles todas las tendencias, desde los que ya sin posibilidades de abrir nuevos surcos insistieron en su tradicional concepción del género, hasta los experimentalistas, pasando por los que buscan afanosa, válidamente, en su propio proceso, su personal evolución. Pero en todos, unos más, otros menos, están marcados por una subyacente razón literaria.

Está claro, pues, que para una aproximación al fenómeno hay que situarse, como exige Ortiz de Lanzagorta, ante unas coordenadas. ¿De influencias ambientales? ¿De constantes históri-

cas? De gravitación meridional, diríamos: Una geografía marcada por el estigma latitudinario; una parcela dentro —cuidado— de la patria común, pero con una mentalidad expresiva propia; una cultura vieja, paso a paso, por entre las voces del pueblo. Desde el viejo Romancero, gloriosamente fecundado al irrumpir Andalucía en la literatura castellana. Origen y destino popular que en nada contradice su vocación barroca, porque este pueblo es, en el fondo, barroco en su expresión y desbordante en su fantasía. Se suele decir que al escritor andaluz le basta con asomarse a la calle y escuchar. Esto es una exageración, pero tiene algo de verdad. El peso de las civilizaciones ha ido depositando en el alma del pueblo un sedimento de sabiduría, anárquica, sin método, sin escuela, pero tremendamente gravital y abarcadora, el creador extrae, como de un filón de mina, las coordenadas de su estética.

Que el país andaluz conserva de todo ese pasado apenas su posición cartográfica —y porque ello excede a la voluntad de los hombres— en nada contradice su “peso histórico”. Andalucía ha sido, desde siempre, una tierra vencida, dominada, colonizada por invasores de fuera —fenicios, griegos, cartagineses, romanos, árabes, judíos, castellanos— y por invasores de dentro —¿cuál peor?—, pero vencedora siempre —y para esta afirmación adoptamos las debidas precauciones (8)— por el imperio de su estética popular. “En tiempos de la dominación romana no existía lo español, en la acepción histórica —sostiene Juan Gil-Albert—, pero sí lo andaluz en su acepción bética, y que no era tanto una variedad de lo romano, como algo, una fibra, unos caracteres, una gracia, que los romanos encontraron ya, viviente, cultivado y antiguo, allí” (9).

La escuela de la palabra. Las constantes de una voluntad de testimonio y una voluntad de estilo, que empezaron usufructuando sus novelistas, luego sus líricos y ahora, después, otra vez sus novelistas. Acudamos, sin más, a la picaresca: al sevillano Mateo Alemán, al astigitano Vélez de Guevara; al rondeño Vicente Espinel. Saltémonos el XVIII, “el menos español de los siglos”, al decir de Ortega y, en seguida, estaremos ante el gadi-

(8) Véase, entre otros, “*Nuestra Andalucía y consideración de Cataluña*”, de Julián Marías. Edic. Revista de Occidente. Madrid, 1972.

(9) JUAN GIL-ALBERT: “*Instantáneas: lo andaluz*”. Revista El Urogallo. Número 20, marzo-abril, de 1973.

tano José Cadalso, ante el cordobés Duque de Rivas, o ante el malagueño Estébanez Calderón, como un anticipo de uno de los mejores prosistas de todo el Romanticismo, el sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, aunque su lugar en el período lo ostente por la vertiente lírica de su creación. “Cualquier mediano conocedor de la literatura española del siglo XIX —ahora acudimos al profesor Navarro González— sabe que ninguna otra región presenta entonces un grupo de narradores equiparables al que forman Fernán Caballero, Alarcón, Valera, el P. Coloma, Fernández y González, Ganivet” (10).

Y de aquí el salto a la novela social de nuestro siglo, una novela que aplicó, sin posibilidades de renuncia, lo estético al compromiso. Y de eso, a lo de ahora, cuya sola enumeración de nombres y de obras haría interminable la referencia.

Sin gran esfuerzo, y perdónesenos la vanidad, podríamos ejercitarnos, en estos momentos, en una personal acrobacia clasificatoria, agrupando a los narradores del sur en su casillero correspondiente, pero no se trata ahora de eso, sino de su reconocimiento válido dentro del entorno general de nuestra narrativa. Y aunque el oficio de escribir mal se aviene, por su propia naturaleza, a código que no sea el de crear, sin vallados y sin lindes; y aunque lo que verdaderamente importa de una obra literaria es su calidad intrínseca por encima de delimitaciones geográficas más o menos razonables, el fenómeno geoliterario andaluz parece, al menos desde nuestra perspectiva, claro y evidente.

(10) PROF. NAVARRO GONZALEZ: “*Fernán Caballero y la narrativa andaluza*”. Edic. C. de A. de Cádiz. Cádiz, 1974, pág. 8.

maldonado
"roger"
calle nueva no 10



Dibujo de Maldonado

j. m. caballero
bonald

carta,
en vez de cuento,
a
carlos muñiz romero

Mi querido amigo:

Ya me había escrito Manolo Gallego Morell pidiéndome lo que ahora me reiteras: un relato breve con destino al número de "Litoral" dedicado a la "narrativa andaluza". Tengo la impresión de que he tardado algo más de lo previsto en contestarte. Sin embargo, en vez de ese relato breve, te mando esta carta —no sé si tan breve—, con lo que todos salimos ganando.

Las razones de mi escamoteo son dos y distintas; primera: yo no he caído aún en la renuente tentación de escribir cuentos (meritoria actividad que incluso ha convertido a Borges en contumaz opositor al Premio Nobel) o, mejor dicho, sí escribí alguno más bien improcedente que me hizo eludir en lo posible tan ostentosa práctica, entre otros motivos porque suelo ser muy respetuoso con mis supersticiones y prefiero usar más por largo los exorcismos que la novela —o alguna otra clandestinidad— parecen suministrarme. Confío en que lo entiendas. Tampoco puedo salir del paso eligiendo de esa novela (de la última, que todavía abulta poco) un fragmento de cierta presunta coheren-

cia, ya que semejante mutilación no podría por menos de alterar el funcionamiento de mi metabolismo, cosa que no puedo permitirme a estas críticas alturas. Defender lo contrario también sería atrevido.

Esto, por un lado. Pero ocurre además —y te lo confío con la debida insolencia— que yo no me siento en absoluto identificado con esa especie de concentración agraria de la narrativa que alguien se ha encargado de promover con entusiasmo por lo menos electoral. Ya lo he comentado más de una vez públicamente, no sin suscitar con ello la también pública amonestación de alguno de los eventuales empresarios del invento, cuya responsabilidad máxima creo corresponde a Alfonso Grosso, novelista bastante conocido fuera de su ciudad natal, como seguramente no ignoras.

Insisto en mis puntos de vista al respecto: si por narrativa andaluza se entiende el aprovechamiento literario de ciertos materiales extraídos de la muy heteróclita heredad andaluza, parece innegable que de lo único que se trata es de una contribución de carácter temático, lo cual ni define ninguna supuesta corriente literaria (a pesar de tantas escolásticas credulidades) ni conlleva ningún perceptible cambio de trayecto genérico. No encuentro argumentos que se opongan al vaticinio de que toda esa ilusión óptica sólo puede inducir a la plática de familia o al rosario de la aurora. La denominación de origen “andaluza” se ha asociado siempre a las buenas letras (en sus más vergonzantes interpolaciones locales) para bautizar una especie de subgénero metódicamente cultivado por esos conspicuos escritores que, según noticias recientes —si bien no fidedignas— siguen ejerciendo en los municipios andaluces (tengo entendido que incluso en los de menos de 10.000 almas).

Que quede claro, de todos modos, que no pretendo polemizar ni mucho menos soliviantar a nadie con esta prudente negativa a la neutralidad. Confieso que tal vez lo único que me estimula a escribirte es la decorosa opción a desentenderme de mí mismo, que es terapéutica muy recomendada en casos como éste por los psiquiatras, a quienes nunca debemos desear que el diablo confunda.

Puedes publicar, naturalmente, esta carta, si es que me ha salido legible.

Un abrazo perentoriamente andaluz de tu lector y amigo.

Epitafio para un señorito (Ed. Planeta)
de picardías (Ed. 29, 1971) y
El mudo (Ed. Planeta, 1969), Retablo
La escuela (Ed. Gostina, 1965).
mas interesantes, indistintos.
Alianco de Sevilla. Entre sus obras
del premio Nadal. Ganador del premio
Estudio del castro jondo. Falsata
en 1924. Paratista radiónica.
... en San Fernando (1924)

No es tan fácil morir, después de todo.

Ya nada suena atrozamente, ni nada se grita, carreras,
ni columna derribada, pero es posible aún, hacer un quiebro
a la muerte. Lo sabe cuando el cuerpo se desmenuza
en la boca y aunque no puede levantarse, nota el pulso firme
y no se le nubla delante de los ojos ese cielo mismo de luz tibia
y cuarto de la tarde.

El frío de las sillas, al amanecer, le había despertado con la
primera noticia, esperada durante tantos días lentos.

Frió mortal, después de pasar por las calles hacia el lugar
preciso, inevitable.

El reloj señalará las 7.30 cuando se oyó hablar por la radio,
porque es verdad que la familia al fin la había caído en su
decisión en el tapete, mientras al oír de las metallicas se en-
cadenó el silencio de los cuartos oscuros con el sonido de las
campanas.

A las 9.30 llegaron al altar con el cuerpo inmóvil de los
tanques.

manuel barrios

Nace en San Fernando (Cádiz)
en 1924. Periodista radiofónico.
Estudioso del cante jondo. Finalista
del premio Nadal. Ganador del premio
Ateneo de Sevilla. Entre sus obras
más interesantes, indicaremos:
La espuela (Ed. Destino, 1965),
El miedo (Ed. Planeta, 1969), **Retablo
de picardías** (Ed. 29, 1971) y
Epitafio para un señorito (Ed. Planeta).

muerte de un presidente

“—Señor Presidente: ¿por qué vale la pena morir?”

—Por aquello sin lo cual no vale la pena vivir...”

No es tan fácil morir, después de todo.

Ya nada suena atronadoramente, ni nada es grito, carreras, ni columna derrumbada, pero es posible, aún, hacer un quiebro a la muerte. Lo sabe cuando siente como un carbón encendido en la boca y, aunque no puede levantarse, nota el pulso firme y no se le nubla delante de los ojos ese cielo último de las tres y cuarto de la tarde.

El frío de las siete, al amanecer, le había despertado con la primera noticia, esperada durante tantos días lentos.

Frío mortal, después, al pasar por las calles hacia el lugar preciso, ineludible.

El reloj señalará las 7,50 cuando ha de hablar por la radio; porque es verdad, al fin, la sublevación. Y es verdad la carta decisiva en el tapete, mientras al eco de las metralletas se encadena el picado de los aviones sobrevolando el silencio de los campanarios.

A las 9,30 tiembla el asfalto con el reptar estridente de los tanques.

A las 12,10, un cerco de fuego.

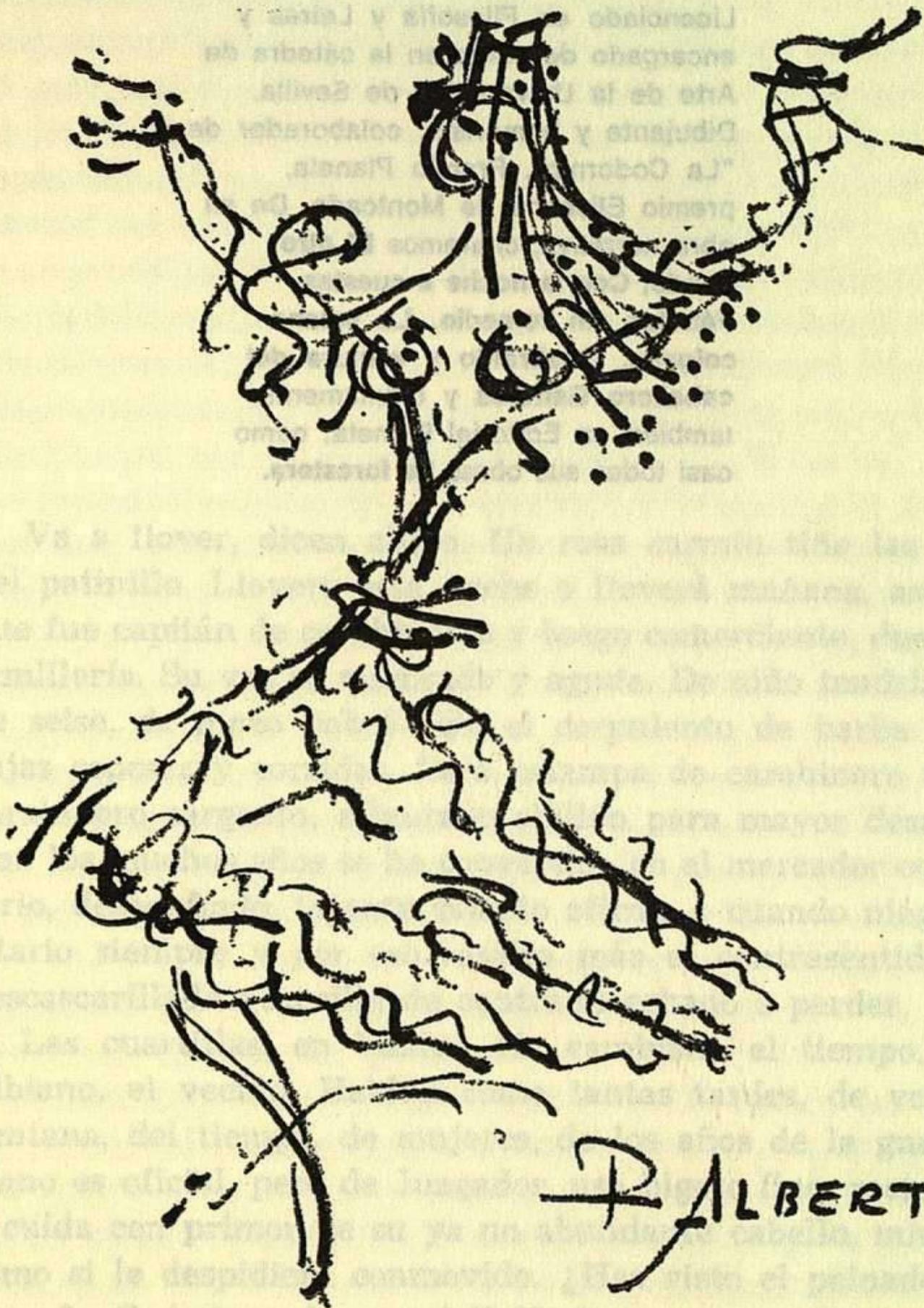
.....
... Y a las tres y cuarto de la tarde, su cabeza sobre un cojín de terciopelo grana que va empapándose de sangre caliente...

Pero no va a morir, porque ya estarán llegando los hombres del campo y de la mina, los del taller y los de las fábricas. Los lastimados de siglos, con la voz que él les ha dado para siempre. Hace seis días, un millón de hombres con la garganta rota. Victoriosamente rota.

... Y no estaban allí, a las tres y cuarto de la tarde. Y ya no había más que morir del tiro, de la soledad, de la tristeza y del asco.

Fue un martes 11 de septiembre. El miércoles, en el Mercado de Valores, subirían *cuatro enteros* las Acciones de "Anaconda, S.A.", antes de las tres y cuarto de la tarde...

Rafael Alberti



R ALBERTI

manuel ferrand

Nacido en Sevilla en 1925. Periodista. Licenciado en Filosofía y Letras y encargado de curso en la cátedra de Arte de la Universidad de Sevilla. Dibujante y humorista, colaborador de "La Codorniz". Premio Planeta, premio Elisenda de Montcada. De su obra narrativa, citaremos **El otro bando**, **Con la noche auestas**, **Fábulas sin remedio**, **La sotana colgada**, **Quebranto y ventura del caballero Gaiferos** y últimamente, también en Editorial Planeta, como casi todas sus obras **La forastera**.

el relato

Va a llover, dicen abajo. Un rosa carmín tiñe las paredes del patinillo. Lloverá esta noche o lloverá mañana, asegura el que fue capitán de carabineros y luego comerciante, dueño de la semillería. Su voz es quebrada y aguda. De niño tendría timbre de seise, de mozo habrá sido el corpulento de barba cerrada, cejas espesas y corridas, fiero estampa de carabinero cabo, de carabinero sargento, aflautado chillón para mayor desasosiego. Con los muchos años se ha convertido en el mercader contradictorio, desconfiado, tajante cuando afirma o cuando niega, autoritario siempre y por eso resalta más el contrasentido de su descascarillada vocecilla de contralto echado a perder.

Las cuartillas, en blanco. Ha cambiado el tiempo, admite Bibiano, el vecino. Hablan como tantas tardes, de ventana a ventana, del tiempo, de mujeres, de los años de la guerra. Bibiano es oficial, pero de Juzgados, usa bigote fino, recto, teñido y cuida con primor de su ya no abundante cabello, mimándolo como si le despidiera conmovido. ¿Has visto el peinado de Bibiano? ¿Qué tiene de especial? Yo lo veo como siempre. Ha estrenado onda. Y me he de fijar, en la parva fantasía conque el de Juzgados convierte el mechón en tupé-voluta, para disimular

barrocamente su calvicie. Los vecinos hablan de mujeres cuando la de Bibiano —el otro es viudo— no anda cerca. Al viejo, entonces, se le escapa una risita y Bibiano se crece, engola su voz metálica, huera, y narra —él cree que de quedo, pero se le entiende nítidamente desde arriba— episodios de una larga y plural vida galante.

El morado total del patinillo enmarcado por la ventana, vuelve más amarilla la habitación y el papel sin estrenar que tengo sobre la mesa; un amarillo de luz eléctrica donde flotan las voces. Inexorablemente, lloverá. Bibiano puede equivocarse, pero el que fue capitán de carabineros está en lo cierto, como de costumbre. El lo sabe. Es una certeza que le viene de cierto dolor agudizado en los cambios de tiempo, allá en la cicatriz de un muslo, vieja reliquia de un balazo que recibió en Setenil. ¿Qué si yo conozco Setenil de las Bodegas? Allí me hirieron, no le digo a usted más. Y vuelve a contar la persecución por la serranía del hombre, no se me olvida, Rosauro Gómez Tinajas se llamaba, que se lanzó del tren en marcha con un saco de cartones de Lucky. El contrabandista corría como una liebre entre las matas, olivos y peñas y el teniente, porque por entonces era teniente, hizo un disparo al aire; el otro se detuvo, sacó una pistola y, rápido, le clavó una bala en una pierna. Cojo y todo el carabinero capturó, no dice si vivo o muerto, al contrabandista, que resultó del maquis. Aquello pasó, pero oiga usted, desde entonces sé cuando va a llover, no falla. Fue un buen servicio y el viejo se rejuvenece en sus adentros cada vez que lo cuenta. Dos meses hospitalizado en Ronda, oiga usted, y recién casado que estaba. Pero no crea usted que me dieron una medalla; me quedé con esta especie de barómetro, que eso es lo que conservo para toda la vida.

Debe estar nublado, pero desde aquí no veo el cielo, que imagino con nubes desgarradas, trágicas, en cárdeno poniente. Las últimas casas, el montículo negro con cipreses negros, a contraluz con la agónica hoguera. Dentro de nada, llegara el desamparo a los campos; el bailecito de las luces diminutas, los focos de la estación, el reguero de luminarias del paseo y un olor a tierra mojada, porque estará lloviendo detrás de la loma y el viento ha de traer anticipada la humedad fragante. Mañana, la carretera tendrá visos de hule oscuro, casi negro, y los árboles aguantarán la lluvia gris y plata que den lustre a sus

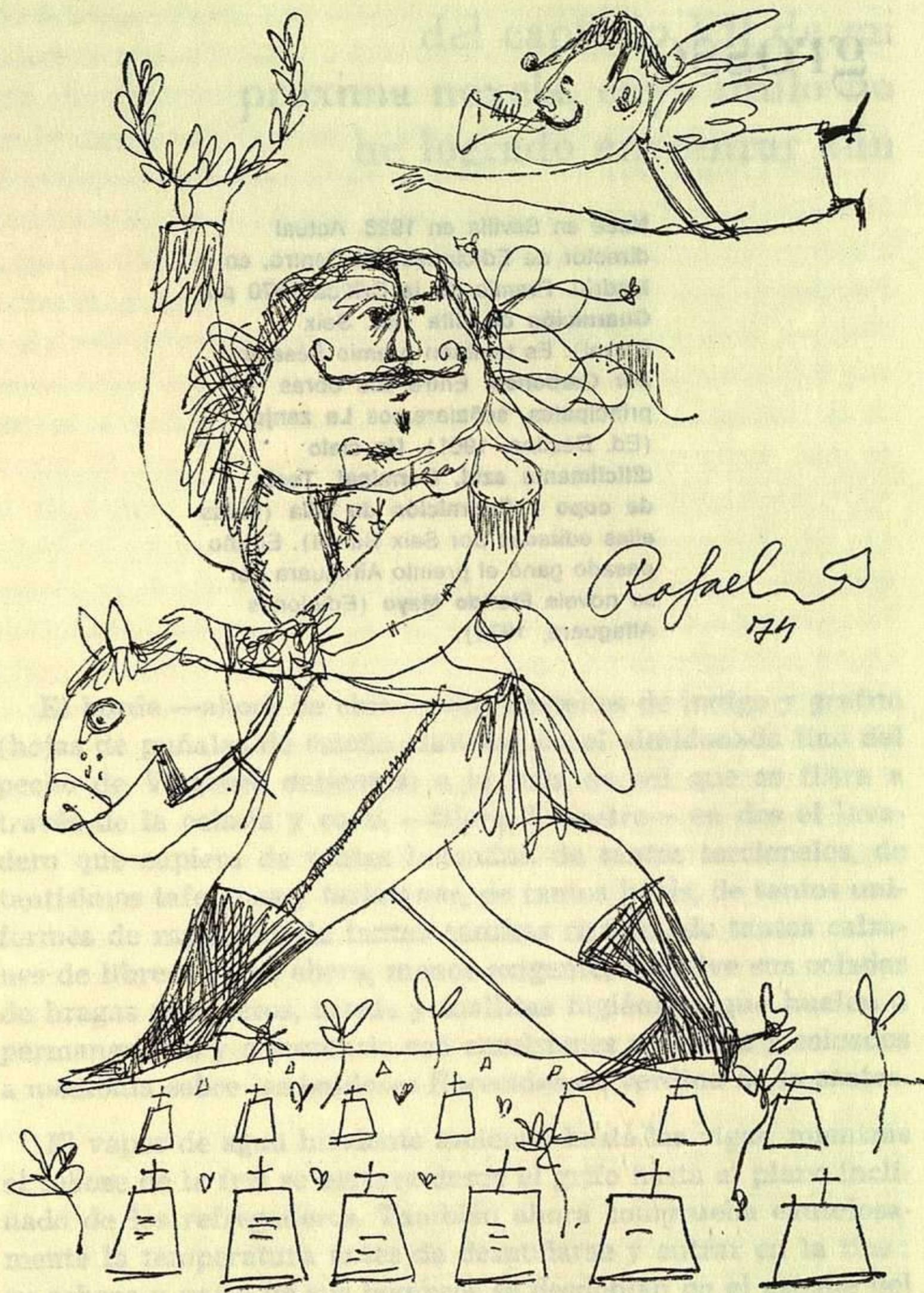
hojas, que oscurezcan y dé olor y brillo chorreante a sus troncos y a sus ramas. Lloverá sobre el agua escurridiza de las acequias, de la alberca y de la fuente, sobre los caminos del campo que se tornarán resbaladizos, fangosos o encharcados. El pueblo quedará más recogido, más íntimo, agazapado en la tristeza que apaga el fulgor de sus cales, que resalta el negro de las veletas, de los postes metálicos y de las rejas.

Las cuartillas, intactas. Cuenta Bibiano lo que le pasó después de la guerra con la mujer de un abogado, carraspea, se entusiasma y ha de bajar más la voz para que no le oiga más que el que fue capitán de carabineros. ¿Así de fácil? Así de fácil, como se lo cuento; no es porque yo lo diga, pero con las hembras, siempre me salí con la mía. Fue verla y acercarme y charlar así como un cuarto de hora, digo mal, durante diez minutos, y al saco. Tendrá la sonrisa imbécil, los ojos brillantes; estará temblón de puro entusiasmo, de bruces en la ventana. ¿Y aquella otra, en Algeciras? Cómo estaba, vecino, cómo estaba... Recién casadita era. En Algeciras no estuve yo más que un par de días por asunto de una diligencia.

Dentro de nada dejarán de hablar y cerrará cada cual su ventana. Yo también cerraré la mía y esperaré en esta funda amarilla y en silencio una idea siquiera, un punto de arranque para el relato. Las cuartillas aguardan. Tomo la pluma, la suelto de nuevo. La voz tajante de flauta cascada interrumpe al de Juzgados. ¿Y dice usted que le pasó en Algeciras? Una luz naranja se enciende arriba e ilumina el patinillo. El airecillo fresco, húmedo se cuela por la ventana. ¿Qué año? Me acuerdo perfectamente, en 1941; le diré más, en el mes de mayo, no se me olvida. La cuartilla se agita con el aire. ¿Quién era ella? Me levanto a cerrar la ventana y el Bibiano, entre risitas contenidas, detalla —tenía dos lunares juntos, en la espalda— en voz baja y entrecortada por el júbilo.

Silencio, por fin, entre los libros y las cuatro paredes. Con la ventana cerrada pronto hará calor, pero es preciso que escriba en estas cuartillas. Estoy envuelto de luz y relleno de sombras, como otras veces. Quizás mañana, cuando salga bajo la lluvia y respire a pleno pulmón como si quisiera sorber al paisaje recién estrenado... Cuando vea escurrirse el agua finamente sonora por entre la arboleda del paseo y cobre su tacto húmedo en las manos, tal vez encuentre el tono preciso.

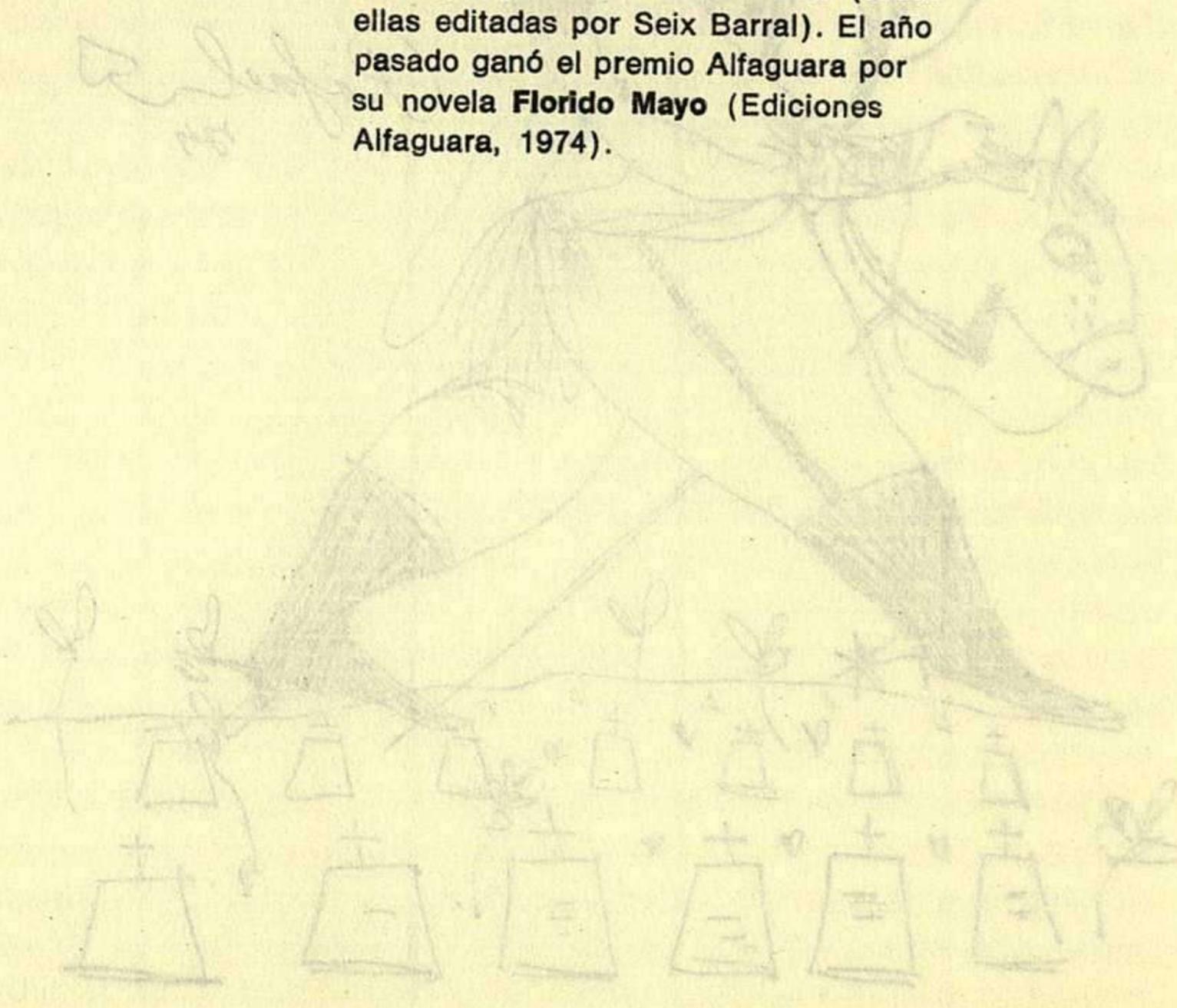
Oigo un grito y luego otro y otros más de hombre, de mujeres. Abro de nuevo la ventana. Ha empezado a llover. Abajo un fogonazo y un estallido. En el rostro blanco del de Juzgados se abre un brote rojo, bajo el mechón teñido. Las mujeres, en una y otra ventana dan gritos de angustia, de miedo y el que fue capitán de carabineros sostiene con las dos manos una pistola. Cierro de nuevo la ventana. La cuartilla sigue vacía. Mañana acompañará la lluvia mi paseo bajo la arboleda. La misma lluvia que envolverá, impasible —no sé como pudo ser, pero si eran muy amigos, mire usted, todas las tardes echaban su ratito de palique— al estupor de unos cuantos y al silencioso y dolorido rencor de un hombre que no explicará lo que hizo —fue un mal momento, se volvería loco, ¿no le parece a usted?— por nada del mundo.



Dibujo de Rafael Pérez Estrada

alfonso grosso

Nace en Sevilla en 1928. Actual director de Ediciones del Centro, en Madrid. Premio de la Crítica 1970 por **Guarnición de silla** (Ed. Seix Barral). Es también premio Sésamo por **Carboneo**. Entre sus obras principales, señalaremos **La zanja** (Ed. Destino, 1961), **Un cielo difícilmente azul**, **Germinal**, **Testa de copo** y **Guarnición de silla** (todas ellas editadas por Seix Barral). El año pasado ganó el premio Alfaguara por su novela **Florida Mayo** (Ediciones Alfaguara, 1974).



Dibujo de Rafael Pérez Estrada

fragmento

del capítulo VII de mi
próxima novela, cuyo título no
he logrado encontrar aún

El borde —ahora de cinc— roba destellos de índigo y grafito (hojas de puñales de estaño clavadas en el almidonado lino del pecho de Vírgenes dolientes) a la lista de sol que se filtra a través de la celosía y corta —tijera de sastre— en dos el lavadero que supiera de tantas holandas, de tantos terciopelos, de tantísimos tafetanes y tarlatanas, de tantos babis, de tantos uniformes de rayadillo, de tantas camisas rizadas, de tantos calzones de librea, y que ahora, menos exigente, resuelve sus coladas de bragas y ligueros, corsés y toallitas higiénicas que huelen a permanganato y a mercurio con emulsiones potásicas y soleados a mediodía sobre las baldosas florecidas de verdina de la azotea.

El vapor de agua hirviente asciende hasta las vigas, mientras el rebose de la fría se escurre desde el grifo hasta el plano inclinado de los refregaderos. También ahora comprueba cautelosamente la temperatura antes de desnudarse y entrar en la tina; su cabeza y parte de sus hombros se desdoblan en el azogue del marco amaranta —espejo de mucana— que cuelga en el lienzo encalado, y su cuello, en escorzo, no descarta —en su chapuzón— la siempre inevitable sensación de sentirse violada.

Se mantiene dentro del baño quieta, en una yacente inmovilidad, los brazos dejados caer a lo largo del cuerpo y la barbilla levantada. Sus dedos comienzan a jugar con los rizados círculos jabonosos y permanece unos instantes haciendo que resbalen sobre las yemas la delgada lámina tornasol y contemplando abstraída y ausente las esferas irisadas. Fuera, en la terraza, el sol de otoño brilla sobre los líquenes de los petriles mientras la lejana brisa marina golpea la puerta del lavadero. A continuación sus manos, erguidas, se reflejan sobre la superficie de agua. Percibe un calosfrío de placer y de paz. Toda su piel, estremecida por la temperatura, empieza a enervarse hasta llevarla a una dulce somnolencia. Bajo el piso suenan los pasos del trajín de la limpieza del mediodía. Se hunde más aún, como si la tina de cinc fuera un almiar de heno y entorna los ojos. El viento hace repiquetear las hojas de la contraventana. Espera oír la voz de la encargada llamándola para que abandone el baño, pero sólo el silbido del Levante rompe el silencio de la azotea. De nuevo un calosfrío, ahora no de placer sino un simple tibio estremecimiento de frustrada permanencia, se le agarra al pecho y le sube hasta la garganta. No obstante, se afianza en la horizontalidad de la postura que la relaja y continúa inmóvil, como si no hubieran transcurrido tres años desde que en otro lavadero, en los luminosos atardeceres de noviembre de la Ciudad Fluvial buscara el sosiego de su baño de doméstica lejos del grito de los niños, de sus paseos al sol por los jardines de Las Delicias y de sus noches de insomnio y de incertidumbre cuando el señorito Felipe quedaba plantado bajo la jamba de entrada de su alcoba tras empujar la puerta —que ella había dejado abierta intencionadamente— encendía la luz y la contemplaba desnuda y trémula en la cama, como un maravilloso y cálido animal que podía ofrecerse cuando él quisiera, pero del que no llegó, sin embargo, a gozar hasta a partir del instante en que junto a ella, en una vieja calesa, circunvalara, por la carretera de la playa, la costa atlántica un anochecer de junio, Venus, cándida y antigua prendida sobre la espadaña de la ermita de Regla, y Arturo, solemne y estatuario colgado como un farolillo japonés en mitad del delta del Guad-el Kebir.

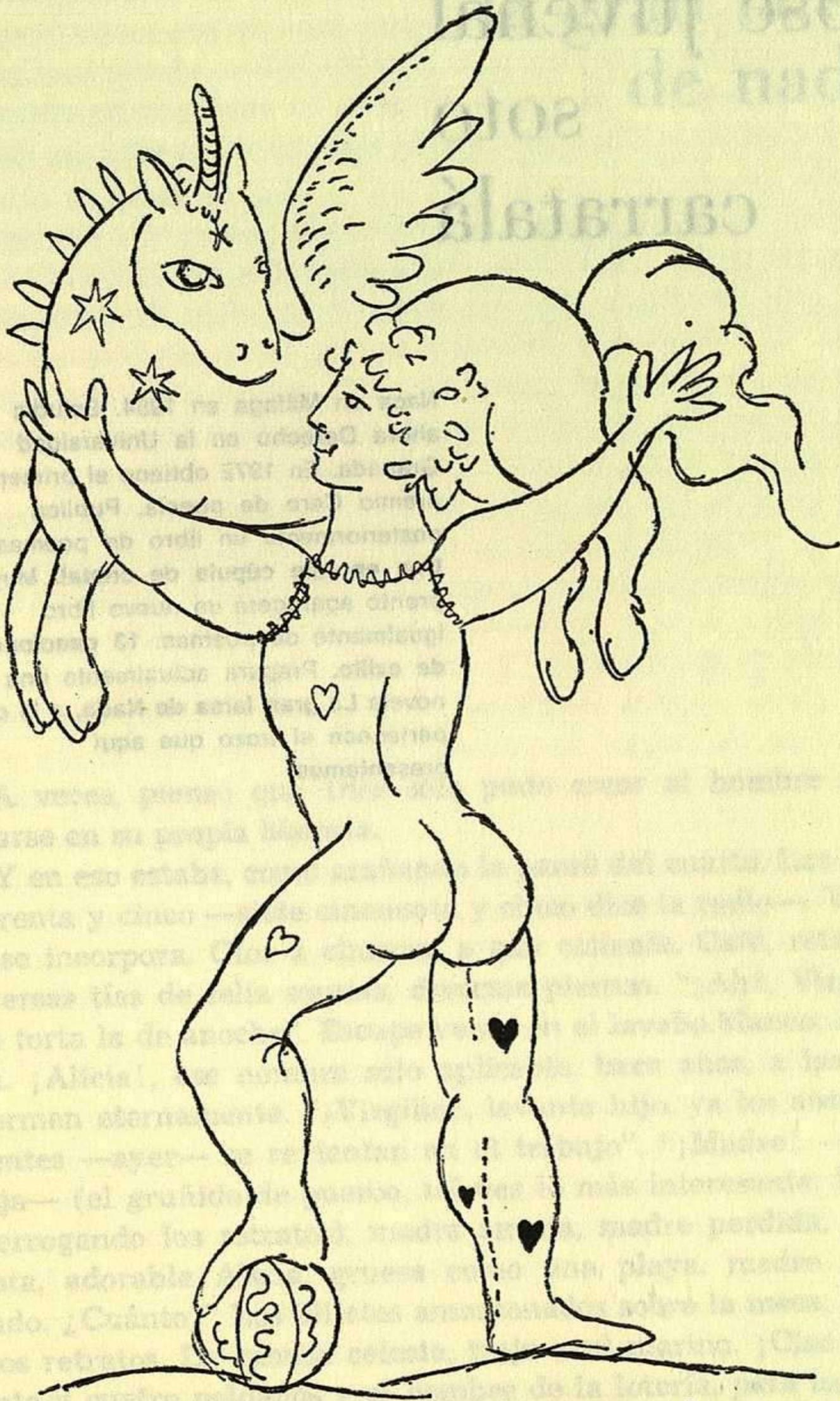
Chana, dijo él, y ella denegó con una sonrisa que lo mismo

podía significar luego, que más tarde, que nunca, quizá. Y él aceptó este aplazamiento que ella puso a la posibilidad de una entrega que parecía estar ya, sin embargo, escrita en el *Libro de Esdras* en cuanto acabaría inexorablemente produciéndose en una casa deshabitada todo el año hacia la que ambos se dirigían acompañados por dos acurrucadas figuritas infantiles que dormían —tras un cansino viaje ferroviario de cuatro largas horas— junto a su propio padre y su tata-niña-nurse que había llegado con ellos aquel mismo anochecer —y a los que él decía esperar anhelante (tres y no dos desesperadas ansias) anticipándose a mundos, baúles, valijas, cofres, cestas de mimbre, sombrereras madre-esposa, abuela, tías y hermanos aún menores que llegarían al delta el día siguiente.

Sintió primero una mano acariciante sobre sus rodillas; luego llegó hasta ella el perfume de los magnolios mientras cruzaban la cancela y los senderos de gravilla del jardín abandonado ocho largos meses, del hotel de estío, y, más tarde, el aroma acre del cuarto de los niños —que ya había aireado, no obstante, la guardesa— y donde ambos continuarían durmiendo en sus camas de colchones de pluma. Finalmente —al fondo del túnel de la noche: ocas, gavilanes, centauros, Degollación de los Inocentes, Principio de Arquímedes, —la entrega, no en la alcoba matrimonial, sino sobre la cretona inglesa de un sofá (*de Olimpia*) donde cabalgaban los *Tilbury-Telegraphe* y los *Landou* en una abigarrada confusión de látigos, postillones y lacayos de rojas levitas y altas botas de charol que le hicieran recordar la sombrilla de Lady Elena, a pesar de no haberla contemplado nunca pasear por el soto fuera de la falsa corporeidad proyectada sobre su retina infantil por las gráficas evocaciones pensadas en voz alta por su madre.

El viento tamborilea en la ropa puesta a secar de los tendedores, sobre la perpendicularidad de los pretilos. El agua, jabonada, comienza a enfriarse lentamente. El sol, filtrado por la tela metálica, ha ganado ya tres palmos a la izquierda de los lebrillos y se transforma —espejo cazador— en la llave del grifo donde sigue escurriendo mansamente su chorro casi canoro. Abandona de un salto la tina y se dispone a secarse mientras en la torre de la Arciprestal doblan a muerto; sonoras y angustiadas cam-

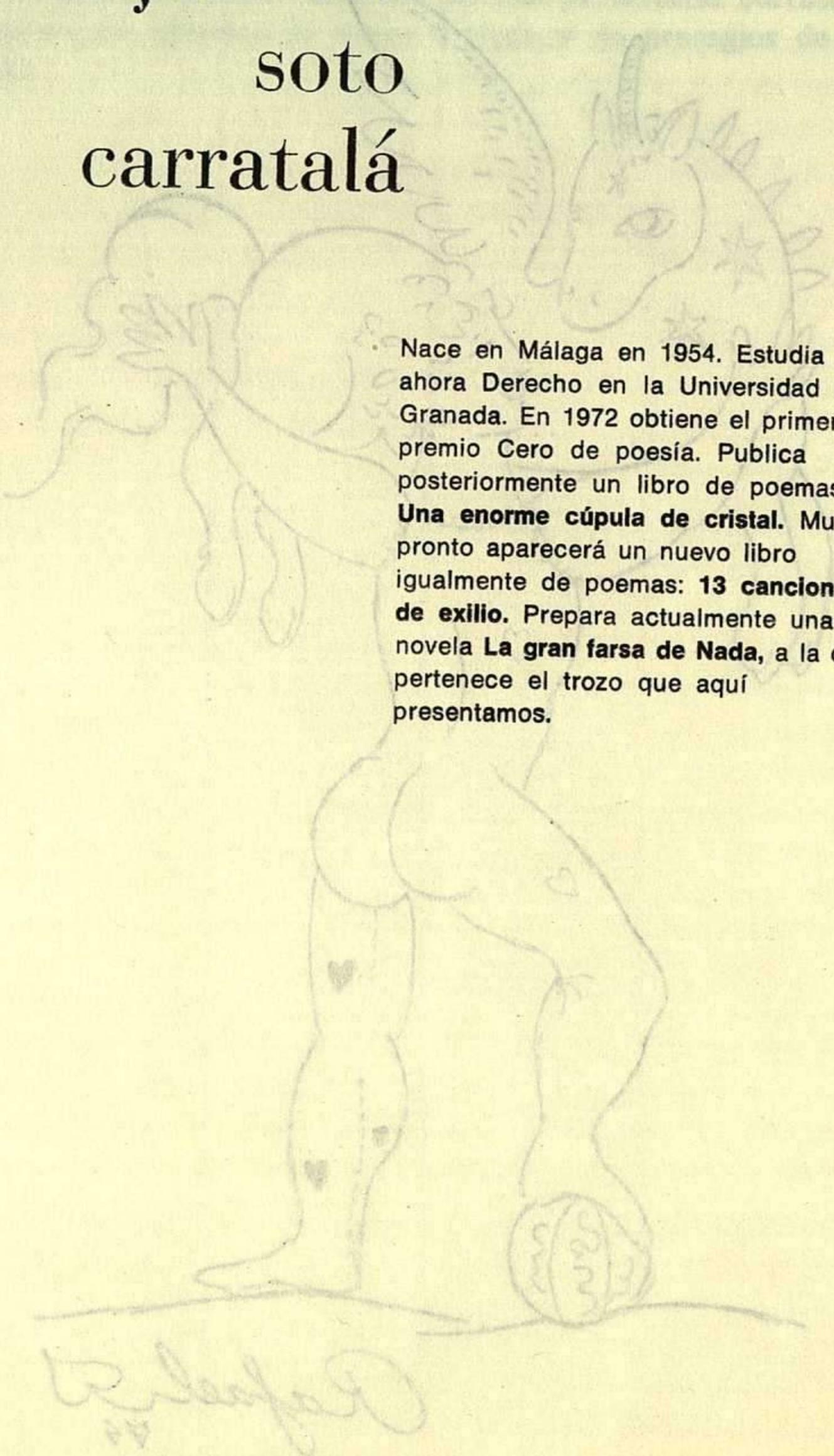
panadas que martillean con tétrica regularidad un mediodía que, inesperadamente —anuncio de una ya cercana borrasca—, se espesa de efluvios de tierra mojada y de presagios de tormenta.



Rafael
74

Dibujo de Rafael Pérez Estrada

josé juvenal soto carratalá



Nace en Málaga en 1954. Estudia ahora Derecho en la Universidad de Granada. En 1972 obtiene el primer premio Cero de poesía. Publica posteriormente un libro de poemas: **Una enorme cúpula de cristal**. Muy pronto aparecerá un nuevo libro igualmente de poemas: **13 canciones de exilio**. Prepara actualmente una novela **La gran farsa de Nada**, a la que pertenece el trozo que aquí presentamos.

la gran farsa de nada

A veces, pienso que Dios sólo pudo crear al hombre para cagarse en su propia historia.

Y en eso estaba, como arañando la pared del cuarto. Las ocho cuarenta y cinco —siete cincuenta y cinco dice la radio—. Virgilio se incorpora. Olor a churros, a pan caliente. Café, retratos. Diversas tías de feliz sonrisa, diversas piernas. “¡Ah!, Virgilio, qué torta la de anoche”. Escupe verde en el lavabo blanco. Agua fría. ¡Alicia!, ese nombre sólo aplicable, hace años, a las que duermen eternamente. “¡Virgilio!, levanta hijo, ya los antiguos clientes —ayer— se revientan en el trabajo”. “¡Madre! —puta vieja— (el gruñido de puerco, tal vez lo más interesante. Sigue interrogando los retratos), madre amada, madre perdida, prostituta, adorable Alicia, gruesa como una playa, madre acantilado. ¿Cuánto?” Los billetes amontonados sobre la mesa, junto a los retratos. La camisa celeste, traje azul marino. ¡Clac!, noventa y cuatro peldaños y el hombre de la lotería, para los desgraciados que aún corren a besar la suerte: la calle. “Buenos días, Tristán. Nada más”. “Buenos días, Virgilio. Es curioso, una perrera. Pobres animales”. “Verás, Tristán; de pequeño soñaba sentado en la puerta de casa, despierto quiero decir. Ya sabes,

Alicia era joven y los clientes no dejaban de visitarnos a todas horas. Soñaba sustituir uno por uno esos perros, meter hombres. ¿Lo entiendes?, hombres. Los he visto ladrar, morderse. Créeme, no sentí asco". Es tu madre, Virgilio, tu madre se ha encargado de desfigurarte. Tu madre es, Virgilio, tú no puedes ser de otra cosa".

Hace un calor del carajo. Sobre todo lo que más me molesta es la compañía de Tristán. Estúpidamente feo, rechoncho, con una cara decadente que, sin embargo, no deja de tener su encanto. Dos amplias y redondas ojeras, como dos tetas de vieja matrona, le comen el rostro. Se diría que va luciendo el pecho azulado por ahí, sin más pudor ni recato. Me recuerda a mi madre, la gran puta, la amada Alicia. Sí, debo de quererla mucho. Esta maldita diarrea no me deja vivir en paz. Parece mentira, uno se acostumbra a oler, a tocar su propia mierda, cuando la de los demás resulta muy asquerosa. Por ejemplo, la de mi padre agonizante, el muy desgraciado pasó los últimos días de su vida rodeado de excrementos. Yo no quise limpiarlo. Mi madre, por otra parte, andaba atendiendo a la clientela. Esos cerdos que no paran de llegar. Es curioso, supongo que mi madre es lo único limpio que conozco, aunque gane el pan con el sudor de su espalda y de su vientre. En cierta forma se parece a una mujer, la Celestina, recuerdo que se llamaba. Era la decente, la más decente de todo aquello. Bueno, eso es literatura, arte, otra idiotez del mundo. Sólo existe en el papel. La vida es algo muy distinto, está más allá. No puede ser nunca realidad. Quién sabe para qué existe.

—“¿Tomamos el autobús o el metro?”

—“Tristán, yo prefiero seguir andando. Sobra tiempo para llegar a la oficina, y el metro es una basura. Está lleno de hombres iguales a nosotros. No hay nada más asqueroso que verse repetido. No lo soporto". Todas las mañanas me hace la misma pregunta. Lo mejor es andar. Es delicioso lucir este traje azul marino. Este traje que reservo para las bodas, los bautizos, los entierros. Cuántas veces le habré dicho lo mismo. El insiste siempre. Parece como si olvidase todo lo pasado. Sólo vive lo presente. No sabe lo que ocurrirá mañana. Le tengo mucha lástima. Es un pobre diablo, como tantos.

Yo busco lo imprevisto. Cualquiera diría que espero ver salir un león de esa esquina, de aquel bar. Un león que alegre el día,

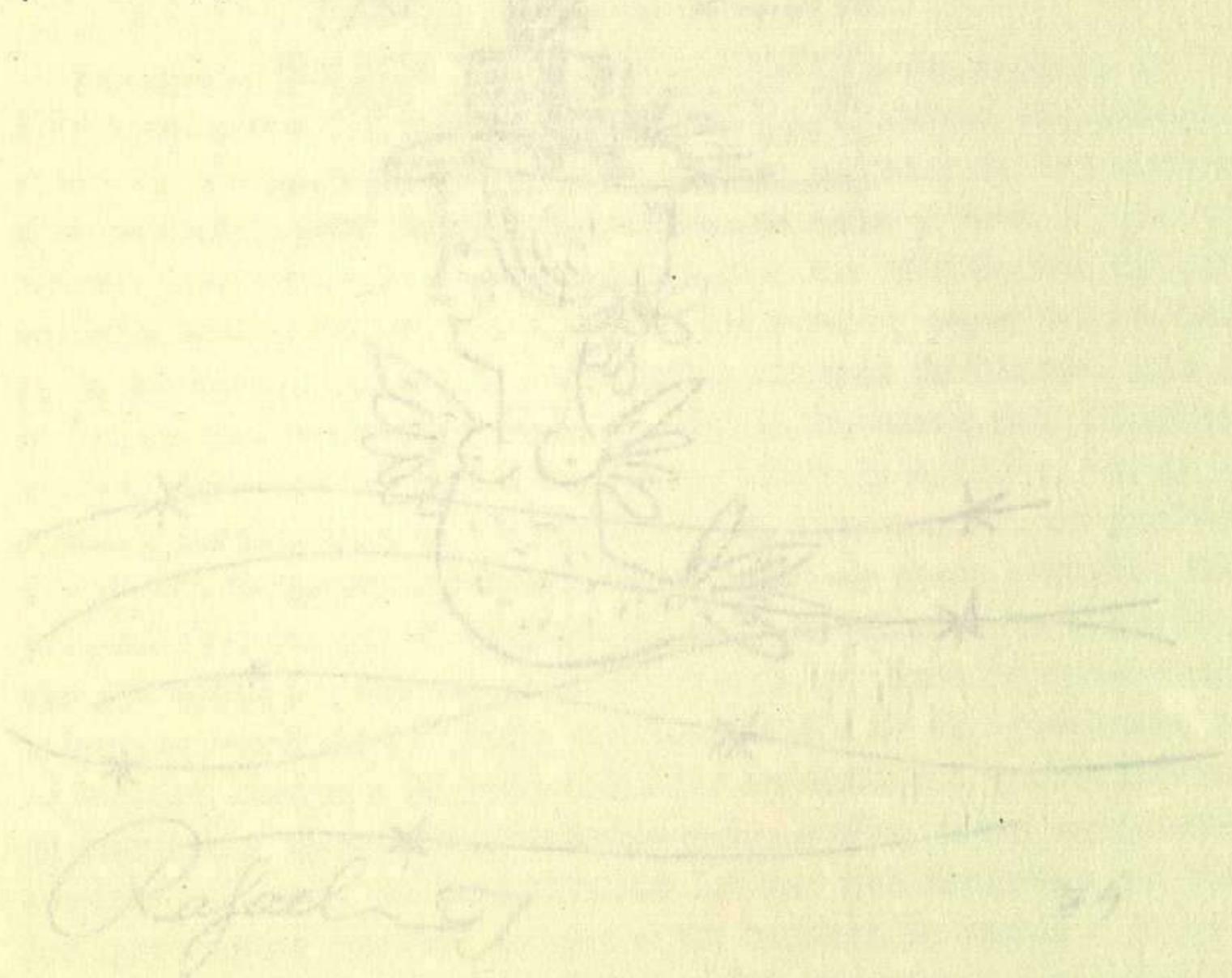
que haga sentirme feliz. No es por el león, es por la sorpresa.

—“Aceleremos el paso, Tristán. Saltemos. Vayamos corriendo al trabajo. Me siento dichoso. Quiero que tú lo sepas”.

—“Corramos”.

Y así, entre los charcos, manuseando el agua, Virgilio descubrió su nariz de halcón, sus ojos de pez. Virgilio descubrió a Virgilio, pero no se enamoró. Estuvo a punto de escupir sobre su cara-charco. Realmente ese es Virgilio, pero también es Nada, se dijo. Temblaba el labio. Recordó. Su mente se había endurecido en los últimos años.

—“Pensar es muy cruel para mí, peor recordar. Una muralla de ladrillo me separa de mí mismo. Únicamente puedo decirme adiós a través de ella. Me observo lentamente y no encuentro nada conocido. Ni quiero escapar. ¿Acaso es esto una fuga? El barro mancha ahora mis zapatos. En cuclillas, hago fuerza sobre mis pies que se han hundido en la tierra húmeda. Todo por inclinarme, por ver mi propio rostro. ¡Hola!, pero ¿a quién debo saludar? Ser y no ser, es el gran problema, es mi grave duda. ¡Miento!, yo no dudo, no conozco”.



Dibujo de Rafael Pérez Escobar

que para sentirme feliz. No es por el León es por la sorpresa.
Acabamos el gaso. Tristán. Saludos. Venganza colmen-
do el abate. Me siento dichoso. Querido que tu lo sepa.

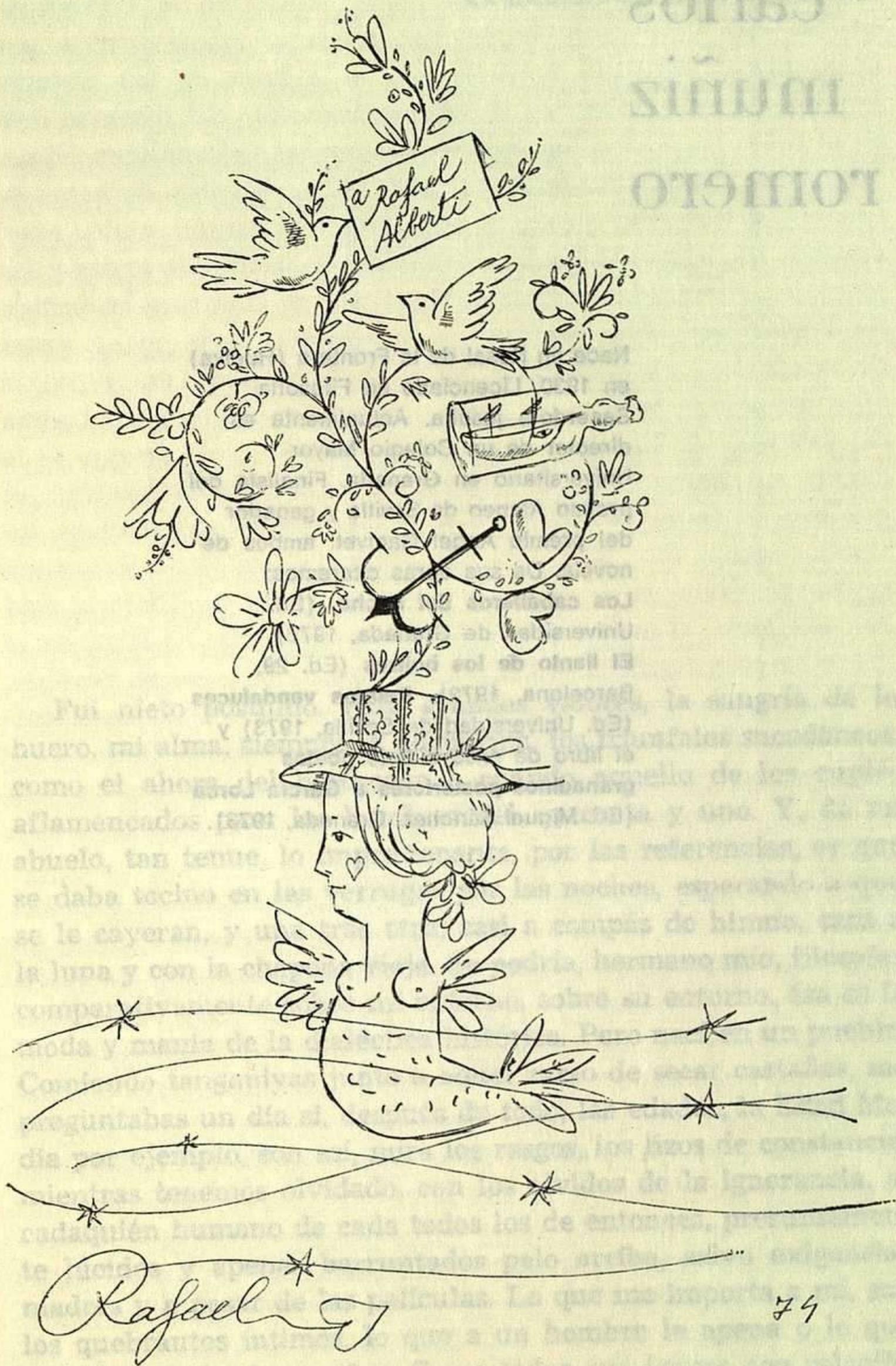
Y así entre los otros, mirándose el agua. Virgilio des-
cubrió su nariz de hielon, sus ojos de pez. Virgilio descubrió a
Virgilio para no se enamore. Estuvo a punto de caerle sobre
su cara cuando se le vino encima. Virgilio, pero también es linda
se dijo. También el abate. Recordó. Su mente se había endure-
cido en los últimos años.

¿Pasa es muy cruel para mí por recordar. Una mujer
de fábrica me saca de mí mismo. Un comentario puede decirme
cómo a través de ella. Me observo lentamente. ¿no encuentro
nada extraño. Me gusta escuchar. ¿Así es esta una mujer? El
león me mira ahora sus zapatos. En cuclillas, hago fuerza sobre
mis pies que se han hundido en la tierra húmeda. Todo por in-
clinarse por ver mi propio rostro. ¡Hola! Pero ¿a quién debo
saludar? Ser y no ser es el gran problema es mi grave duda.
¡Frente! no no dudo, no conozco.

no encuentro nada extraño. Me gusta escuchar. ¿Así es esta una mujer? El
león me mira ahora sus zapatos. En cuclillas, hago fuerza sobre
mis pies que se han hundido en la tierra húmeda. Todo por in-
clinarse por ver mi propio rostro. ¡Hola! Pero ¿a quién debo
saludar? Ser y no ser es el gran problema es mi grave duda.
¡Frente! no no dudo, no conozco.

¡Tomando la semana! ¿Qué semana? ¿Qué semana?
Tristán. ¿Qué semana? ¿Qué semana? ¿Qué semana?
Bueno, bueno, bueno. No sé, no sé, no sé. No sé, no sé, no sé.
repetida. No sé, no sé, no sé. No sé, no sé, no sé.
pregunta. La mujer se inclina. ¿Qué semana? ¿Qué semana?
manito. Esta mujer que parece que se inclina. ¿Qué semana?
contra. Cuántas veces se inclina. ¿Qué semana? ¿Qué semana?
siempre. Parece como si estuviera de pie. ¿Qué semana? ¿Qué semana?
presente. No sabe lo que me pasa. La mujer se inclina.
¿Qué semana? ¿Qué semana? ¿Qué semana?

Yo busco lo imposible. ¿Qué semana? ¿Qué semana?
un León de la Virgen. ¿Qué semana? ¿Qué semana?



Dibujo de Rafael Pérez Estrada

carlos muñiz romero

Nace en Rosal de la Frontera (Huelva) en 1930. Licenciado en Filosofía. Sacerdote jesuita. Actualmente es director de un Colegio Mayor Universitario en Granada. Finalista del premio Ateneo de Sevilla y ganador del premio Angel Ganivet. ambos de novela. De sus obras citaremos: **Los caballeros del hacha**, (Ed. Universidad de Granada, 1972), **El llanto de los buitres** (Ed. 29, Barcelona, 1972), **Relatos vandaluces** (Ed. Universidad de Sevilla, 1973) y el libro de ensayo **Seis poetas granadinos posteriores a García Lorca** (Ed. Miguel Sánchez, Granada, 1973).

huella remota

Fui nieto póstumo. Para grandes valores, la sangría de lo huero, mi alma, siempre la purpurina, los triunfales sucedáneos, como el ahora del horóscopo o cuando aquello de los cuplés aflamencados para las hambres del cuarenta y uno. Y, de mi abuelo, tan tenue, lo impresionante, por las referencias, es que se daba tocino en las verrugas por las noches, esperando a que se le cayeran, y una tras otra, casi a compás de himno, cara a la luna y con la chapona vieja. Se podría, hermano mío, filosofar comparativamente sobre mi entorno, sobre su entorno, ésa es la moda y manía de la dialéctica histórica. Pero nací en un pueblo. Comiendo tanganiyas junto a aquel zarzo de secar castañas, me preguntabas un día si, después de todo, las edades, la Edad Media por ejemplo, son así, mira los rasgos, los lizos de constancia, mientras tenemos olvidado, con los olvidos de la ignorancia, el cadaquién humano de cada todos los de entonces, presuntamente lúcidos y apenas barruntados pelo arriba, salvo exigencias madres y a pesar de las películas. Lo que me importa a mí, son los quebrantos íntimos, lo que a un hombre le apena o lo que suda. También, los sueños. Cosas todas que ignoro con relación al abuelo, y más debajo de este almendral de otoño, con sólo go-

tas de lluvias, al contraluz de la media mañanita, como un termómetro estallado. No soy, no estás, amigo de la caricatura, que es cosa que nunca huele. Los comunes pensamientos, por implacables, resultan menesterosos a la hora de las síntesis. Siempre la casta Historia, lo descomprometido del discurso desde el hilo y la trama, los descoyuntos de las valoraciones éticas. Mi madre me contaba que el abuelo era un hombre de botas de becerro, el camisón oscuro, y sentadito a la contra, en los atardeceres, con el pecho hacia el respaldo de la silla de aneas y las piernas a horcajadas, mientras observaba mudamente la partida de dominó que otros jugaban en la taberna. Cada noche, antes de acostarse y en el aguardo vano de la caída de sus verrugas bien pringadas, rezaba, el pobre, un padrenuestro por el alma del inventor de la cama. Siempre tuvo la obsesión de que se le hiciera un monumento al desconocido mortal que imaginó, el primero, la cama de cuatro patas y los muelles del colchón, invento —según él— más digno de alabanza que el de la vacuna contra el cólera, si es que hay vacuna o sirve. La Historia está por escribirse, al menos en mi pueblo y mi familia. La Historia es desde luego y también ese pájaro que acaba de posarse, perdido, en el almendro pelado, y que, al marcharse, ha hecho que se caigan las gotitas de agua que dormían en los ramales. Historia es, ¿por qué no?, la cama aquella en la que lógicamente se nos murió el abuelo, cuando todavía mi madre me llevaba en el seno con siete meses de embarazo.

Me testó, por si nacía varón, las tres prendas de su hallazgo en el rebusco de la casona del obispo: una falcata ibérica, un hacha de sílex con su bulbito de percusión, y un trozo de vasija de aquel remoto tiempo. Años después, descubrí con emoción la huella dactilar del alfarero tartesso que la había torneado. Me vino un repeluco, como de melocotón por fuera, al reparar en el descuido. Para nosotros, los andaluces, lo nuestro nunca ha sido historia hilada, sino habla a trozos, como el de las codornices, el topetazo repetido que le dan al conejo con la mano de canto en el occipucio, picachos sobre niebla de una posible cordillera por la que lograríamos orientarnos torpemente si nos supiéramos los mapas. En definitiva, y esto es todo, como en la huella del tartesso, más que epopeya, lo único posible aquí, en esta absurda tierra de hombres que hablan solos, sería la crónica de un fracaso. De un fracaso tierno, eso es, pues no entendemos de gua-

rismos. Hoy todo es número y fórmula y haber y debe en la ficha, en el carné, en las cifras de los bancos o las pistolas, en las huellas dactilares. El vandaluz, ahí nos duele, nunca entendió de guarismos, y, por eso, pobrecitos, nunca faenamos la violencia.

A mí, por ejemplo, me bautizaron con agua hervida. Mi padre no estaba dispuesto a que, en la pila bautismal, sin agujero de salida, me contagiaran la epidemia de *fuego* que llenaba de pupas las cabezas de los niños. Conque se fue a la parroquia a por el agua y se la trajo en una chocolatera donde la hirvió y la devolvió solemnemente, como en un rito más, desde mi casa a la iglesia. Esto imprime carácter, y así, a lo tonto, he marchado por la vida con esta alienación de precavido, porque todo depende de como te reciban en el mundo. Ahora que nos vengán con historias de sangres antepasadas en tu país o en tu familia, después de que hasta el sacramento me llegó esterilizado y sin arrastres. De la historia de mi país, sé por las claras bachilleriles, a la fuerza y sin creérmelas del todo, como suele ocurrirnos a todos los bautizados con agua hervida. Luego, están los egregios fantasmas de mi familia: un Conde y un Obispo. Del Conde, no me cuentan más que el que se fue a las Américas sin serlo y volvió con transfusión, azulón, linajudo de escudo y rica bolsa, que se escurrió sin llegarnos, ni cabe reclamarla porque nadie ha sido capaz en mi familia de dar razón del parentesco, aunque, según los más, podría demostrarse por unos pergaminos que ninguno ha visto y que, al decir de ella, tenía guardados mi abuela Nicolasa en un arcón de cueros guadamecés y abroche en plata.

El otro, es el Obispo, el de las joyas. Hasta pasar las yemas, dama de noche, por los reflejos gualdas, los dedos como dados, sobre las caras carmesés y los topacios, cuando el dondiego del jardín, yo lo he visto, todavía se conserva ese dondiego, ya os digo, y olería a dama de noche, aquella noche, acariciando las aristas, la costra del brillante, la pulpa, los zafiros, como hace un rato cuando salió un momento el sol entre las nubes y se vio que las gotas seguían en el almendro y estallaban en un rímero de perlas, telarañas de mercurio, en joyas como aquéllas, gelatina de pino la esmeralda, laguna en miniatura, ojos al paso en la verbena, sería mucho el olor, porque la dama de noche ya tú sabes, los collares, las gemas, la alfajía, el aroma del verde y el barniz, los azules ennegrecidos de un patio con mucha cal,

tras la ventana de rejas, y el geráneo, entornados los postigos y con los sobrios olores de la madrugada que se meterían en el cuarto donde el obispo sacaba los rubíes del cofrecillo, las piedras enzarzadas como racimos de cerezas o rosarios, los rojos sorprendidos, los violetas, los sienas y naranjas, toda una espuma prieta tutti-frutti, petrificada y desmoronándose, luneta, collar, zarcillos, nácares y pulseras, crucifijos de marfil, de oros del Potosí, de platas cordobesas, de lacas del Japón, mudos añicos de arcoiris entre los dedos de mi tío el obispo, otoñados hasta del propio anillo pastoral, viudo el anular y degradado, visto para sentencia y cruce duro, visto todo el grave manejo por los ojazos asombrados de las fuerzas vivas, el alcalde, los concejales, los etcéteras de siempre, que remiraban el tejemaneje de aladino y de colada, el reventón de cada brillo súbito en el caleidoscopio del joyerío, anchas lagunas y menudencias de joyeles entre las manos de su eminencia, los ojos concejales relucientes como botones de alabastro, mientras apretaban palurdamente el papel mal engomado de un cigarro que olía a bravo tabaco de corral, a cueros de petaca, a sudor de semana que se mezclaba con el olor de la dama de noche que empozaba todo el patio como con jugo de limón y menta.

—Mis tesoros.

Las manos del obispo volvían a barajar las piedras como los blancos de un dominó, se le corrían los zócalos azules de los brillos nerviosos, los verdes, los rosados, por las palmas y las uñas y los pardos de la bocamanga y aún por todo el sayal frailuno, fruncida la estameña, adivinada a ráfagas, como un campo de Almería bajo una noche de tormenta o cuando la aurora boreal sobre el castillo de Aracena.

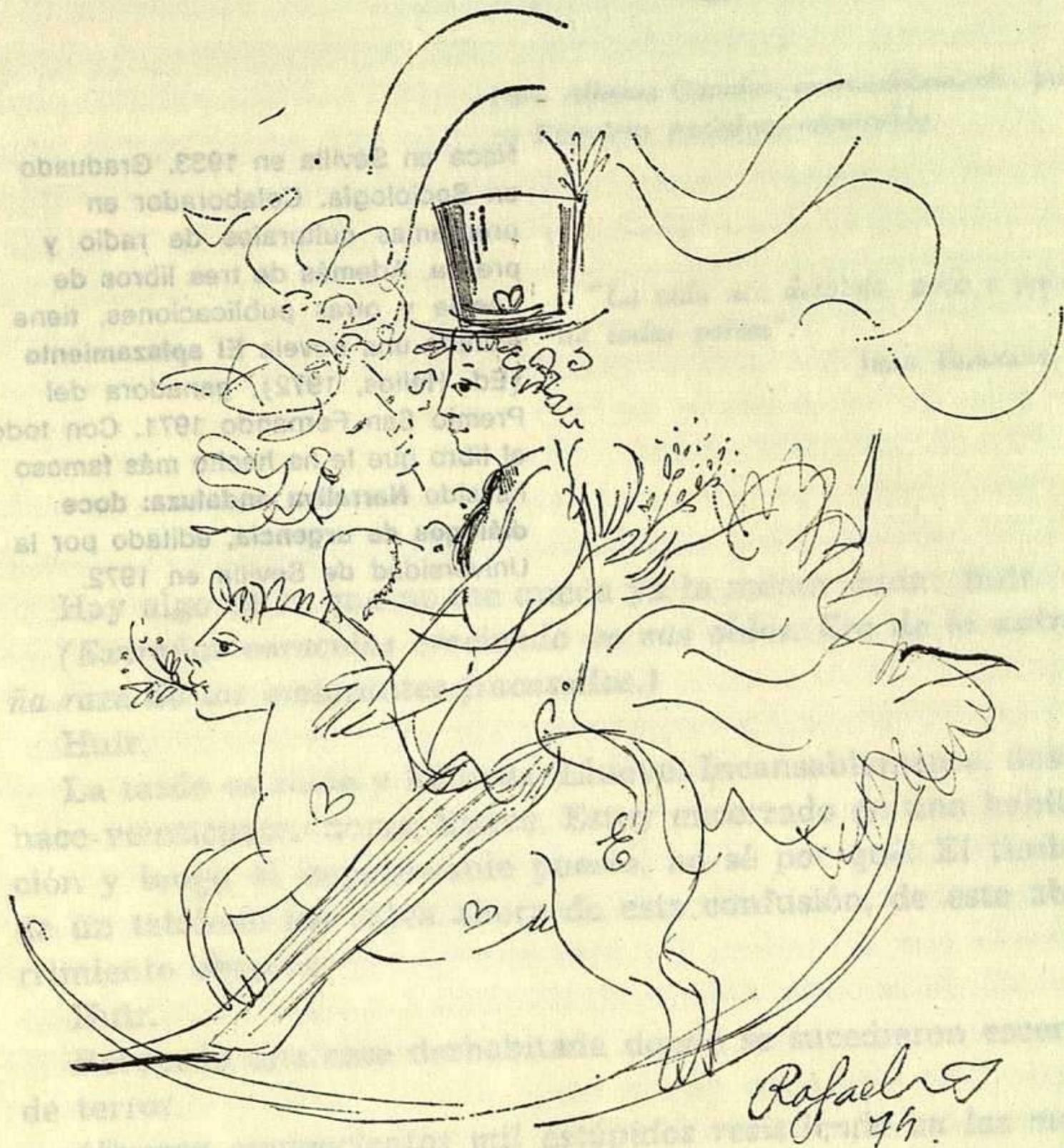
—Mucho ha ahorrado, Vucencia.

Vucencia era mi tío, un capuchino o cosa así, que llegó a confesor de príncipes en el siglo pasado y a un cierto sortilegio de viajes y prebendas. Como buen serrano, vivió morigeradamente, más por ancestral tacañería que por herencia franciscana. Fue obispo con escudo y anillo y hasta un lema de cédula, mas sin creer en símbolos y colgajos, aunque los soportaba dulcemente, a la andaluza, con una especie de escepticismo nada arisco. Todo se le fue en ahorrar y ahorrar, viviendo pobremente y echando en joyas lo mucho que la Corte piadosamente le arribaba, porque, vandaluz, al fin y al cabo, nunca les creó pro-

blemas. Le importaban más las personas que las ideas, como a todos los de por aquí. No entendía la violencia, ni los números. Soñó, y esta es su vida, en el monto, en el goteo hacia el capitalito, concretándolo en joyas, que así se lo explicaba, mientras las iba mostrando, a las fuerzas vivas de nuestro pueblo, un fino capitalito con el que levantar un mausoleo para las monjas cuyos sepulcros habían sido profanados en una de las revoluciones del pasado siglo. Ahora, jubilado por entonces, pondría manos en el empeño, a la vez que descansaba de sus afanes píos por la salvación de la Corte. La misma noche de su llegada al pueblo convocó a las fuerzas vivas en su casona solariega. Según su ahorro, las monjas de los sepulcros sacrílegamente profanados tendrían un solemne reposo con mármoles encima, una reparación de la tamaña ofensa de aquellos vándalos tan poco vandaluces. En este país, se lucha siempre por cosas de ceniza. Me refiero a las gentes de Despeñaperros para arriba, y todas sus fuerzas vivas, que han nacido casi siempre de algunas fuerzas muertas. Los vandaluces, en cambio, rara vez hemos entrado en esta lucha de perros que se disputan unos huesos. Si vienes y me dices que, en la Sevilla de finales del xvi y principios del xvii, hubo ahorcados, quemados en la hoguera, descuartizados, degollados, entonelados, asaeteados, arrastrados, condenados a garrote y a otros muchos suplicios importados, pensaría en magistrados de otras tierras. El que un marido burlado estrangulara públicamente, en la plaza de San Francisco, a su mujer y al amante, y exclamara, cumplida la ceremonia: “¡Cuernos afuera!”, entre el aplauso de la muchedumbre, es algo que desentona de nuestro estilo o que es fruto de la imaginación andaluza al redactar los documentos. Los de por aquí tenemos coeficiente bajísimo de agresividad, sabe Dios quién haría lo de aquellas monjas del pasado siglo, cuando las desenterraron de sus sepulturas, bailaban con los esqueletos, les violaban los pudores a los nácares, sajaban las cicatrices del suelo tumba a tumba, huroneaban con los sachos, hirsutaban el terciopelo, eran un todo hocico de ronda tras el rastro guadiana de la azucena, rompían la cera, el hímen ajedrezado del cementerio conventual, babeantes por sus alvéolos de zanahoria, la manada de los zániganos, la rebelión contra lo limpia y andaluzamente acarreado y destilado como un sudor o un hijo desde la propia entraña. Mordiéndose sólo aire, bailarían cada paso, sus frunces gregoria-

nos, besando un rancio olor a velas, a sobados libros con moños capitulares, a florecitas de papel, ropero, miasmas de purpurina y viejos cobres, les pesaría todo el ámbar del mundo sobre los pies por cada "¡aprisa, que se deshacen!", desmigajando los antebrazos como pan de maíz, e irían tras el cantar por gala y en latín, lamiendo con baba y carcajada la clavícula, y echarían unos ojos como hernias, lo mismo que los de las fuerzas vivas, muchos años después, ante los marfiles y las joyas, prometiéndole el secreto al señor obispo, agradeciendo al hijo ilustre...

A la mañana siguiente, se encontraron degollado a mi tío el obispo, con la cabeza como la tapadera de un tintero antiguo. La gente dio en pensar que una de las fuerzas vivas le había quitado la vida y las joyas a la viva fuerza. Nosotros no lo creemos. El abuelo, siendo niño, al enterarse de la historia, llegó a la conclusión de que las joyas estarían enterradas en el patio, junto al muro, y se dedicó a escarbar. Fue entonces cuando encontró la falcata y el hacha y el pedazo de vasija con la huella del ibero.



Dibujo de Rafael Pérez Estrada

josé luis ortiz de lanzagorta

Nace en Sevilla en 1933. Graduado en Sociología. Colaborador en programas culturales de radio y prensa. Además de tres libros de poesía y otras publicaciones, tiene editada una novela **El aplazamiento** (Ed. Helios, 1972), ganadora del Premio San Fernando 1971. Con todo, el libro que le ha hecho más famoso ha sido **Narrativa andaluza: doce diálogos de urgencia**, editado por la Universidad de Sevilla en 1972.

requiem número dos

(De EPOPEYA. III Querellas de sombras)

Para Alfonso Canales, entrañablemente, por
su Requiem Andaluz, admirable.

*“La vida nos desaloja, poco a poco,
de todas partes”.*

JEAN ROSTAND

Hay algo de lo que no me queda ya la menor duda: huir.
(*Extrañas caracolas creciendo en sus oídos. Era de la extra-
ña raza de los emigrantes fracasados.*)

Huir.

La tarde es sucia y húmeda. Llueve. Incansablemente, desde
hace veinticuatro horas, llueve. Estoy encerrado en una habita-
ción y tengo el impermeable puesto, no sé por qué. El timbre
de un teléfono me salva ahora de esta confusión, de este abu-
rrimiento obsceno.

Huir.

Recuerdo una casa deshabitada donde se sucedieron escenas
de terror.

(*Fueron cuatrocientos mil estúpidos resistiendo en las mon-
tañas calvas, más allá del río, donde nadie —dicen, despeñar
perros— desea morir. Ni morir hubiera podido tampoco de tris-
teza de piedras roncadas y grises por falta de agua, como sus gar-
gantas, si aquellos soldados que tenían enfrente no los hubieran
tiroteado y chamuscado a conciencia tirando a matar. Cuatro-
cientos mil, digo, que no es mucho para una violación de fron-
teras, un basilisco semejante, una invasión de moros y judíos y*

cristianos, gitanos y negros también —recuérdalo despacio—, así como un puñado de fenicios jóvenes —fuertes de pene—, y hasta cuatro o cinco cartagineses que nadie sabe de qué manera se valieron para colarse de rondón entre las filas de la VII Legión Itálica, un poco cansada ya después de recorrerse los caminos de Galilea.)

Otra vez se pone todo color gris. ¿Dígame? No, lo siento, aquí no vive nadie, desalojaron la casa.

(Hace un año, dos años, cien años. Aprisionado en la oscuridad. Un fardo tendido sobre el suelo.)

Los círculos concéntricos y elásticos del cable telefónico se cierran, lentamente, hasta recuperar la posición anterior. Quisiera encontrar una explicación a esta estúpida tarea, o, quizás, a este impermeable mío puesto y abrochado de arriba abajo sin necesidad, suponiendo que en aquel momento de colocarlo sobre mi cuerpo no estuviera respondiendo de algún modo a una idea de salir, de correr por la lluvia y marcharme lejos de la muerte, mi único deseo clarísimo.

Humedad.

(Lo sabía, sí. Me lo advirtieron ciertas palpitaciones y ciertos fríos repentinos. Yo quedaba en silencio muchas veces mirándome desde los pies a la cabeza, por dentro y por fuera, en los espejos y en la sangre. Entonces aparecía aquel dolor. Voces y caracolas creciendo en los oídos. Luego, el tropel de los caballeros románticos, la chirimía triste e vou namorada, la nuba y el zéjel, la ventana encendida en la torre alta del homenaje. Luego, la mentira.

Y prefería callar encerrado en el pequeño ámbito de un libro, dejando que se pudran las historias sociales y políticas. Nada de nada. El silencio, no más. El silencio como café negro. Espeso y con zurrapas calientes todavía para que resultara más difícil tragar. Uno veía y no quería ver.)

Humedad.

Por las paredes de la habitación chorrea un agua verdosa. También el techo está mojado. Es obsesionante esta situación de chapotear, desnudo y blanco, entre cuatro paredes incapaces de soportar la lluvia. Me puse el impermeable. Un hombre vestido con impermeable es algo inmenso. Se crece de estatura. Levanta el brazo en la primera esquina llamando un taxi. Corre. Tropieza en el borde de las alcantarillas, pero no cae, no caigo, no puede

caer nunca porque nunca estuve corriendo detrás de un taxi, así, desnudo, en el centro de mi habitación, con el impermeable color caca debidamente abrochado para que no se vea ni una brizna de piel, ni un vello, ni un poco de carne fofa y grasa.

(Por favor, consulten el diccionario de la lengua. Silencio: abstención de hablar. Falta de ruido. El silencio de los bosques, de la noche. Sentido figurado: efecto de no mencionar por escrito. El silencio de los historiadores. Desestimación tácita de una petición o recurso por el mero vencimiento del plazo que la administración pública tiene para resolver. En música: pausa. Y luego: sin protestar, sin quejarse. Imponer silencio. Tratándose de personas, hacerlas callar; de pasiones, reprimidas. El silencio metálico de las cornetas que llaman al sueño. Y el negro de la trompeta de oro —recuérdalo despacio—, say, I'm goin'to get me a job now, workin'in Mr. Ford's place.)

Esta forma precipitada de comportamiento me produce cierto malestar.

Cuestión grave: tengo que responder de mis actos. Cuando estoy solo y fijo la vista en el agua tengo miedo, ¿por qué? Sin embargo, debería tirarlo todo por la borda, precisamente ahora, cuando tengo pensado que la única fórmula válida de suprimir el miedo es aceptándolo. La cosa será rápida. Zas. Suficiente con uno. Tomaré precauciones: zas, zas, zas.

(Los cuatrocientos mil estúpidos resistentes de la historia eran chamuscados y emplomados a tiros de fusil.)

Un lápiz rojo. Un bolígrafo rojo. Una lata de pintura roja. Marcar bien el sitio. Cruces. Puntos. Círculos. Aquí, para el primer zas. Allí, para el supuesto fallo. Más allá, zas dos veces, por si acaso alguien quiere acompañarme.

Sería muy bonito no estar solo con tanta humedad. En el fondo, uno siempre desea compañía.

(—último sueño,

—último estanque pútrido del hombre,

—último recinto pequeño y húmedo.)

¿Qué dices? Ah, claro. Pues no tanto. Todo gris, no más. El teléfono otra vez. Absurda equivocación. No conozco la planta embotelladora de oxígeno industrial. Insiste. Insisto. Ahora es necesario empezar de nuevo. ¿Y qué digo? Ah, sí, decía que (el zumbido de las caracolas circulando, rodeando, cricundando los oídos con el rumor de mar, muy lejos, muy solo) encerrado

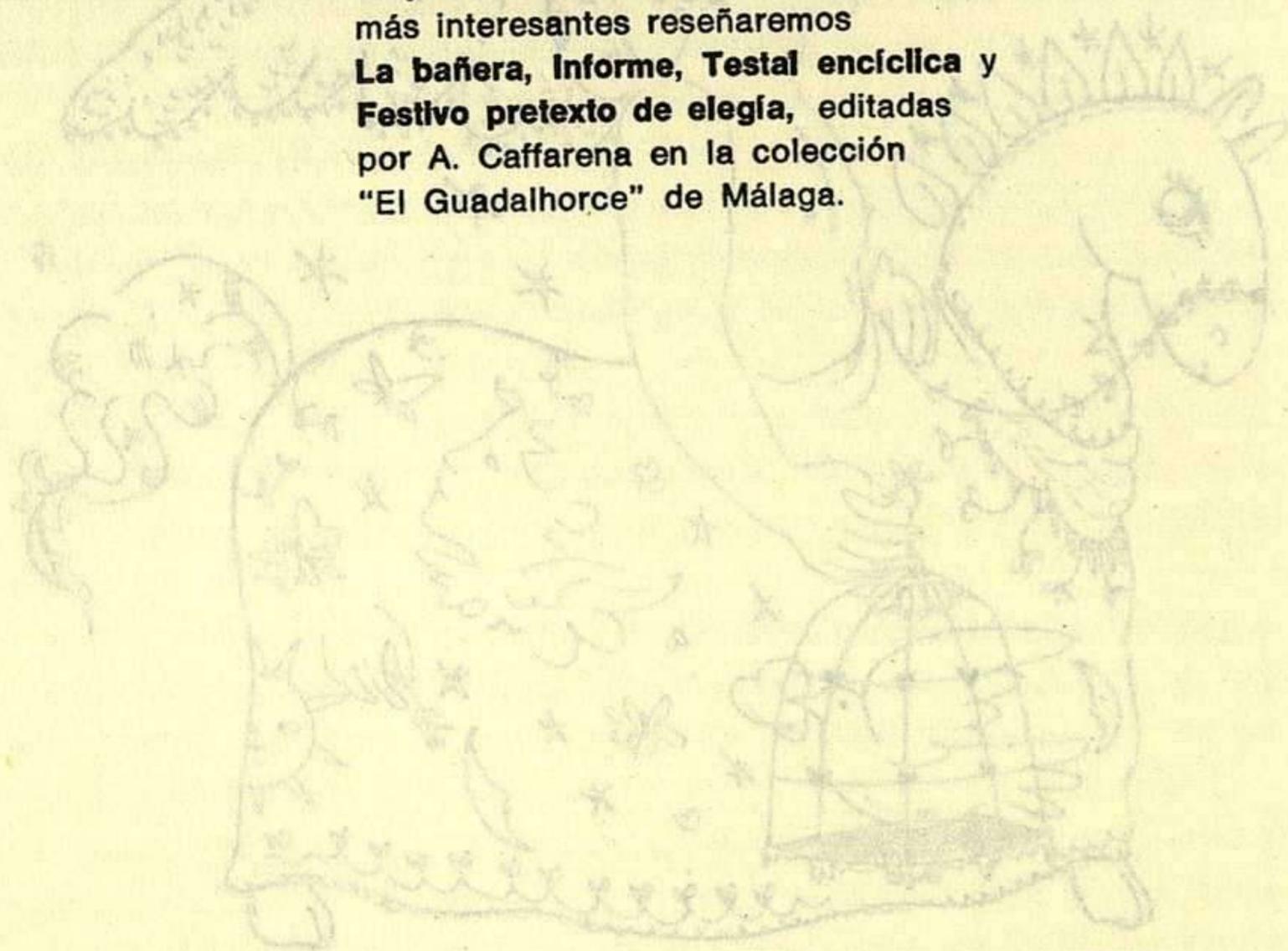


Rafael
1974

Dibujo de Rafael Pérez Estrada

rafael pérez estrada

Nace en Málaga en 1934. Abogado en ejercicio. Pintor, poeta y autor dramático. Gana en 1971 el Premio García Lorca de teatro por su obra **Edipo. Los sueños**. Entre sus obras más interesantes reseñaremos **La bañera, Informe, Testa encíclica y Festivo pretexto de elegía**, editadas por A. Caffarena en la colección "El Guadalhorce" de Málaga.



Dibujo de Rafael Pérez Estrada

de equina alergia

De Aben Ibn el Malik he querido conversar, pero a la desidia desatenta de un ligero bostezo (no he observado más), vi silencio. Hace tiempo que nuestra juventud nos une, y he guardado para mí los quehaceres del más remoto antecesor de "El Collar de la Paloma"... Quizás en alguna ocasión...

También recuerdo de la tarde otra, y de nuevo, frente a frente, he roto el silencio, a la promesa que me hice de no compartir la historia de Ab Al Kassem, de Murcia, pero a la desidia, al nuevo bostezo, añadido hoy una palidez no usual en el mejor de mis amigos. Forzado en el cumplir, el dardo y la saeta se me irán cuando a la memoria no seamos tan jóvenes... Quizás en otra ocasión...

En otra ocasión he traído palpitante el manuscrito tan ya dicho y celebrado por mí (por ambos incluso) de los secretos diálogos de Adriano XI, P. M., y Sixto Pragmático (primer pintor del pre-renacimiento), mas a la desidia desatenta he añadido la observación a la palidez de mi mejor amigo, de unas ojeras, apenas interesante, y una preocupación por la escapada de los ángulos al resto del cuerpo, y así, mientras cruje el boceto de

los diálogos en el bolsillo del abrigo, pienso que quizás no habrá más ocasión.

Otras tardes, desde entonces, he permanecido al compás de su impaciencia no dividida, observando desde el mismo café cómo el taxista arregla un piloto al coche, la monorde necitud de los igualados trajes de aquellas mujeres de sábado (si es que es sábado), y las más veces como (él) sorbía el café y de pozo, a medio derretir, se pegaba a su cucharilla el baboso terrón de azúcar no removido. Quizás sea suficiente con el silencio.

Podría completar las historias propuestas o pregonar las alteraciones del amigo del que sólo quedaba, costumbre, silencio y esquivos encuentros al lugar.

He sospechado, tal vez, hilvanado con cierta impaciencia, el motivo y recompongo las referencias más sinuosas para dar con la clave, con el nombre, inútil.

Hoy lo he dicho. No se ha producido ninguna alteración, ningún signo de alteración porque la máscara se había descompuesto al compás (ajeno) de nuestros encuentros. Hoy, ahora, no comprendo la sinrazón que me ha privado de compartir por tan nimios motivos el deseo o la alegría de comunicar consumiendo aquellas cosas no dichas. Sin embargo me ha hablado.

Transcribir la historia, las contradicciones, esto es, la verdad, harían un sin fin de entrecomillados en los que perecería dando oscuridad a lo que en síntesis fue tratado. El contexto:

La casa se pierde en habitaciones repetidas, iguales, engañosas a los espejos, trampas que esconden (a tópico prestado) las atrapadas sombras que compartimos, doblamos y que algún día a un seísmo o fuerza mayor serán liberadas.

Pero la casa se repite en sí misma de sí, ya lo he dicho, a iguales estancias, tan de modo parecido, que ajenan referencia modular. A veces, un objeto, mejor pareja de objetos separados, hacen del todo laberinto, y al centro, a lugar otro, a izquierda o derecha, el dormitorio, de ropa amontonada, y los cuadros, y los libros (no sé de qué manía) colgando del techo (quizás dijera asesinar la cultura porque había superado otros modos en los que el enfrentamiento perdió la causa).

No puede precisar la hora, hace cierre a la luz y se enclaustra persiguiendo a entrometido rayo, hasta ahogarlo a la sombra ya negra de los espejos que perdieron el fondo. Mas era tiempo.

Había dejado la llave (persistente signo fálico) a la esquina de la puerta y ella la tuvo.

Relinchó la yegua blanca, desnuda de aderezos, y prieta a las piernas, así también desnudas del cuerpo que la asía, aun esperándola, no dejó escapar, la palabra que tomaba, reclinado de un libro, y dio disimulo.

La yegua blanca (a cine comercial surrealista) golpeó el marco de la puerta, al mármol de la entrada, y queda vibró el casco a la alfombra que había señalado tantas veces la huella desnuda de sus pies o el chisporrotear en lunares de antiguos cigarrillos.

Se alzó, alzó la carne a la carne, y quieto se estaba, tímido (perdido en sí, encontrado) al deseo de alcanzar la carne, y la carne avanzaba al relincho en silueta de la yegua estéril. La tenía por suya y una tensión inusitada marcaba los músculos a las piernas, defendiéndose él, en él, al temblor que se le había acurrucado al pecho.

Vencido fue al encuentro, trenzó toda una teología de resistencia sin deseo a arcángeles que por bandas azules le enlazaran, y él, varón, sintió como ella el canto de Bilitis, y así la canción se introducía haciendo morada en él y por él.

Quizás, rechazó estar sodomizado, quizás quedó en la imagen de la mujer y el hombre, quizás quedó en sí mismo a la revancha, y tantas veces el estertor repitió los mismos versos de Bilitis.

Hacía tiempo que habíamos tratado de las causas inútiles, del acto gratuito, de la necesaria conformidad, reconstruyendo nuestros primeros estudios al análisis de las clases latinas del arte de amar, y a las más distantes de amar y ser amado. Ahora se sabía, haciendo confidencia, acorralado de sí, insatisfecho, vencido.

Noches de San Juan, cuando nos lavábamos las caras, pidiendo tres deseos ante el mismo mar que arrojó la yegua.

* * *

Desde lejos he visto hacer tierra a la tierra al mejor de mis amigos, he oteado las últimas flores secarse a su tumba (blanca como una sábana) y sin atreverme a acercarme, una lágrima ha

resbalado hasta la taza de café que solitario bebo, sin embargo pienso y compongo de esas flores:

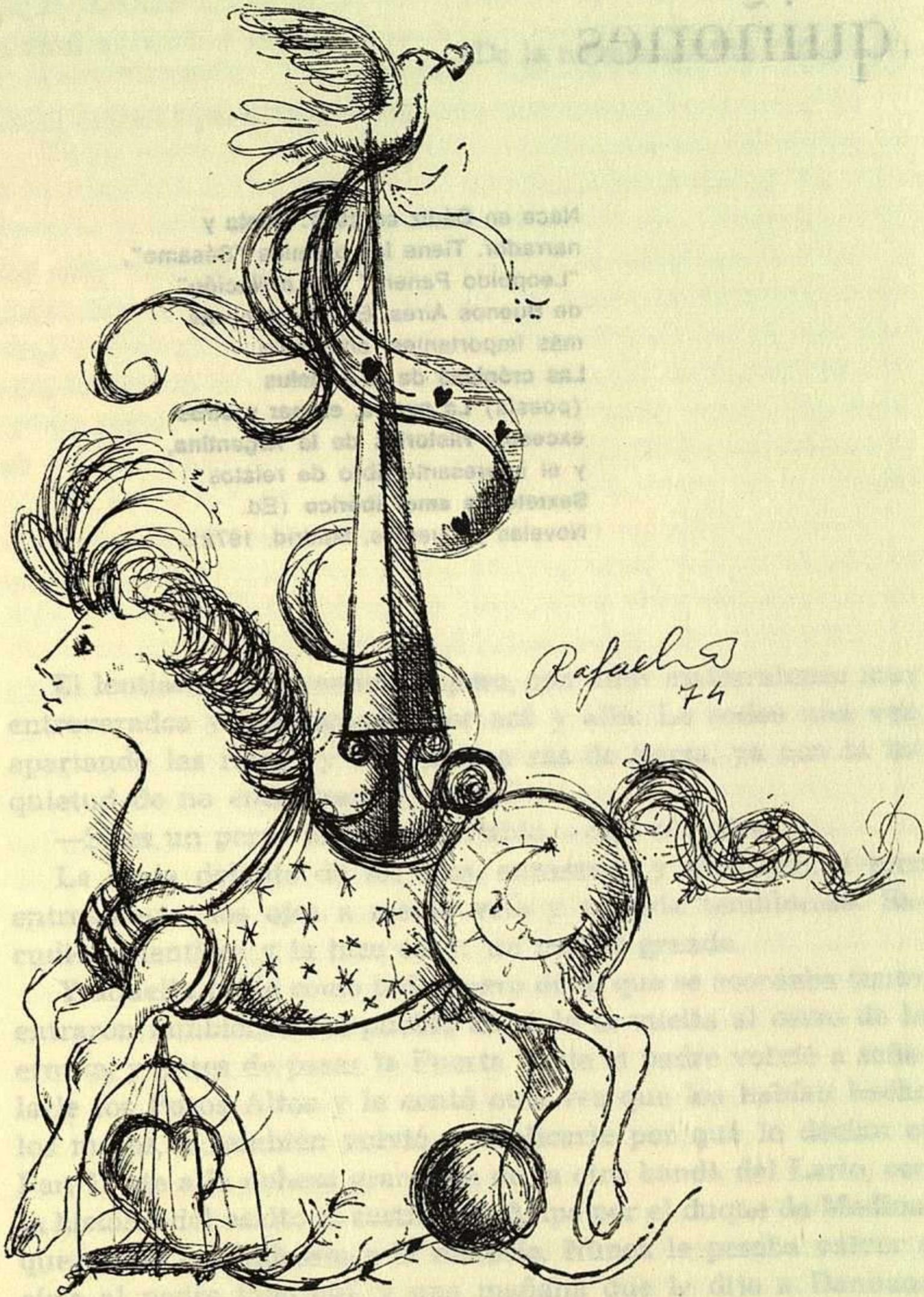
A la entapiada vida.

—Desenterrad, no grites,
inútil, jardinero.

* * *

He vuelto a la casa, he destruido los espejos, he liberado las sombras y he hallado el fósil, templado aún en figura de quien me hizo derramar el dolor. Desde un postigo veo el viento llevarse los rastros del “no te olvidan” y zarandear las cintas, mientras hasta aquí milanos revuelan por la alcoba. Este es mi sitio. Ella ha vuelto con la sonrisa y el verso ya tantas veces dichos. La desnudez se quiebra a la yegua y la silueta se acerca. La rabia he coceado y rápido, yo, centauro de dos sexos, las he poseído.

Ahora, mientras melancólico me meso la barba, retoza una yegua preñada en redor al cuerpo que oscurece de ella. Así he obrado, así obraría. Así.



Rafael
74

Dibujo de Rafael Pérez Estrada

fernando quiñones

Nace en Cádiz en 1931. Poeta y narrador. Tiene los premios "Sésamo", "Leopoldo Panero" y "La Nación" de Buenos Aires. Entre sus obras más importantes, citaremos **Las crónicas de Al-Andalus** (poesía) **La guerra, el mar y otros excesos**, **Historias de la Argentina**, y el interesante libro de relatos **Sexteto de amor ibérico** (Ed. Novelas y Cuentos, Madrid, 1972).

Dibujo de Rafael Pérez Estrada

(De la novela inédita "Hoy no")

El lentiscar era grande y espeso, con unos matorralones muy entreverados y madrigueras por acá y allá. Lo rodeó una vez, apartando las ramas y buscando a ras de tierra, ya con la inquietud de no encontrar la perdiz.

—Si es un perro te muerde, Pablo —dijo el padre.

La tenía delante de los ojos, enzarzada y alta, con el pico entreabierto, los ojos a medio velo y todavía temblorosa. Sacudió el lentisco y la hizo caer: un macho grande.

Y aquella tarde como todas, pero de la que se acordaba tanto, entraron también en el pueblo dándole la vuelta al cerro de la ermita, y antes de pasar la Puerta Vieja el padre volvió a señalarle los Pozos Altos y le contó otra vez que los habían hecho los moros, y también volvió a explicarle por qué le decían el Pan Triste a la dehesa grandona de la otra banda del Lario, con la historia del asalto al castillo de Aripe por el duque de Medina, que acabó ganandoselo a la morería. Nunca le pesaba volver a oírle al padre todo eso, y una mañana que le dijo a Damiana Gómez si lo dejaba bajar a los Pozos, por el portillo de junto a la alberca, y ella lo dejó entrar hasta abajo del todo, oyó a los moros voceando y alborotando y quejándose entre el ruido del

torrente, medio tristes y medio furiosos allá en lo oscuro, y volvió para atrás a la carrera.

—Pues tiene que ser verdad lo de las luces del castillo, papá, porque hablaban todo seguido, como si fueran a salir ya mismo y a caerle al pueblo encima... ¡seguro!

El hombre se echó a reír pero la abuela le dijo luego, junto al jazmín enano del patio:

—¿Y quién sabe, niño?

—¿Cómo?

—Pues eso. ¿No se aparecen también los santos? ¿No los oímos ni los vemos cada vez que ellos quieren? Sin ir más lejos, aquí en Aripe, San Rosendo a Paco Reina y otra vez a Quirito el tonto, por Navidad, que se llevó ocho o diez días más listo que nadie. Y la madre de los Santiago, de chica, vio al Quitapesares en el aire, encima mismo de su cama. Y era de día.

—Bueno, doña, no vaya usted a enredarle la cabeza —entraba el padre—. ¿Qué tiene que ver lo de los moros? Pero lo de los santos sí puede ser verdad, ¿eh, hijo?

—Yo sé lo que digo —cortaba la abuela.

La casa estaba en la penúltima revuelta de la calle de La Salada, toda en cuesta y con latas de geraneos contra la cal. Ya casi de noche aparecían abajo, por la esquina de la calle Real, los burros del aguador con sus cántaras y la abuela se sentaba con él en el escalón de la puerta, a ver tumbarse la luz por detrás de las barrancas y los árboles del Lario.

—Ya eres muy grandullón como para contarte el cuento de los tres perros, niño; ahora debes ir sabiendo de milagros y esas cosas, que ya tienes once años y quieres ser cura.

Muchas tardes se le iban los pies para la Alameda. Pero los relatos de la abuela y saber que estaba en la Alameda el Lolo Sierra lo retenían en el escalón de la puerta hasta que, poco antes de la comida, la abuela entraba a echar una mano y a poner la mesa, y lo dejaba solo con el Quitapesares encima de una cama y de día, y con el martirio de San Tarsicio, y con aquel de Bornos que andaba diciendo cosas contra Dios y le cayó un rayo: estaban nueve hombres con él, a ninguno le pasó nada y el de Bornos se quedó en el sitio.

“Un buen rayo para el Lolo Sierra”, pensaba, y en seguida se veía como San Tarsicio, perdonando al Lolo y salvándole la

vida en el último momento, desviando el rayo con una mano sin siquiera mirar, como quien echa a un lado una rama, y sintiéndose todavía más santo por no decirle una palabra al Lolo ni echarle nada en cara, sólo sonriéndole y mirándolo fija y tranquilamente para que entendiera bien que debía respetarlo y quererlo y dejarlo en paz de ahí en adelante.

Ya en la cama, lo decidía casi todas las noches: "Mañana voy a la Alameda. Total: si el Lolo quería liarse con él igual podía hacerlo al salir de la escuela, apenas perder de vista a don Santos. Como aquella vez que le echó la zancadilla echándolo a rodar por las piedras de la calle y se quedó mirándolo frente a su pandilla, esperando a que se levantara y le entrara, y él recogió del suelo los libros y los cuadernos y echó a correr llorando para casa, sucio de boñigas y de tierra.

—¡Eso es pura mala sangre: la de su gente! —clamaron la madre y la abuela—. ¡Pero tú no te dejes, tonto, no te dejes: tú, corre!

—Lo que yo no sé —dijo el padre— es por qué tienen al niño aquí en Aripe. Toda esa gente tiene a los hijos internos en Cádiz o en Jerez. Hasta en San Fernando hay. Y los Sierra, con el niño aquí. Pero además, ¿es que tú le has hecho algo?

No, no sabía por qué las tenía el Lolo tomadas con él, nada más que con él, y tampoco creyó ni iba a contarles lo que Pepe Luna le decía: que aquello le pasaba por temerle, que él mismo se lo estaba echando encima. Y se escapaba del Lolo perdonándolo en los milagros, aunque aquellas mañanas de cacería de los domingos y las fiestas no hubiera querido más que tenerlo delante, solo. A ver entonces: con hablarle lo iba a parar. Y otra tarde que don Antonio Roa se sentó a charlar con su gente en las mecedoras del patio y él manejaba en la tapa del pozo los cromos con banderas, se habló de los padres del Lolo.

—Ahora, después de lo de Alonso, van a comprar Las Quemadas. Y dicen que la botica, la Central.

—¿También?

—Como lo oyes.

—¿Pero esa gente de dónde saca tantas perras?

—Vete tú a saber. Dinero llama al dinero.

—Porque de los toros no será. Los toros, ahora, creo que no traen más que gastos. Y los de ellos ni están saliendo buenos, dicen. Vamos, que no son Miuras ni Santacolomas.

—Yo los que vi fueron los de la novillada que mandaron al Puerto el año pasado, y eran mansos perdidos. Los muchachos anduvieron de cabeza.

—¿Pero entonces?

—El contrabandeo o yo qué sé.

—Anda ya, hombre: toda esa gente es de dineros quietos.

—Psss.

Y a él le dio rabia el padre cuando cerró entre rencoroso y sumiso:

—En fin, el que tiene, tiene, a qué vamos a quejarnos.

—¿Y éste —preguntó don Antonio Roa—, sigue con lo de ser cura?

—Pablito, ven acá.

Un Corpus en la puerta de San Justo, al salir de misa, corría un levante tan fuerte que el padre, subiendo la voz para hacerse oír en medio de la ventolera, le habló de cobijarse y tomar una gaseosa en la taberna del Maduro, donde él no había entrado nunca, entre la parroquia y el ayuntamiento viejo, y entraron de sopetón y había unos del campo como que también estaban hablando de los Sierra. El, recién llegado, se restregaba los ojos llenos de polvo y le gustaba estar allí, en aquel sitio raro, y notaba que, al verlos, uno de los hombres le daba un codazo a otros dos, sin disimulo, y como se callaron todos cuando estaban diciendo, acalorados, algo de la fábrica de harinas.

—No, preocuparme, no —les dijo luego el padre a las mujeres—, sino que me da pena que no distingan y que para ellos nosotros seamos igual que los de arriba, gente de la misma camada. Uno, que no tiene ni donde caerse muerto. Pero uno no trabaja en el campo y aquí en la sierra eso es ya ser un señorito.

En el nerviosismo con que hablaba presintió otra vez miedo, debilidad.

—Bueno: mirarnos, nos miraron bien. Pero por qué tenían que callarse. O es que tengo yo cara de Judas.

—No, si cuando se arme va a ser una gorda.

—Qué se va a armar —terció la madre—. Aquí no hay quien se cosque. Y además, Dios nos libre.

—Dios nos libre. Pero a la gente del campo, cuando se le ahuma el pescado... A ver quién te crees tú que son los de los raptos y todo eso. Porque gente de dinero no va a ser. Ya ves quiénes eran los de la Mano Negra, unos desmayaditos. Y los

presos que vimos en Chiclana, los que secuestraron al de Antúnez. Y la semana pasada, el secuestro de Medina: cuatro mil duros le han pedido al padre.

—Pero esos son bandoleros, infames que se echan al monte —dijo la abuela.

—Ya me gustaría a mí verles la cara a esos. Y a los de por aquí. Seguro que los conocíamos. Pobres y gente del campo, mujer, hazme caso.

“Gente del campo”. Ya él sabía quiénes; ese aire en la cara y la ropa, el cigarro ensalivado y el hablar con esos parones, con esos dejos de flauta en los remates. Los del Maduro. Los que nunca habían visto una inyección y le decían al padre: “Don Luis, ¿eso me va a clavar usted?”. Los de la piel quemada y cuarteada, la gorra de visera, la mirada desconfiada y limpia a la vez, las manos anchas y duras como pedruscón, los que se juntaban de punta a punta de la Plaza y de la Alameda, en corrillos al sol y esperando trabajo junto al arco moruno, a lo largo de la acera de las Monjas, frente al restaurante de Rogelio y en el arranque de la calle Real. Esperando. En la casa, siempre andaban entrando y saliendo, el padre decía que antes con más confianza, todavía al calor del tú a tú con el abuelo carpintero: un trabajo y un nivel distintos, pero todavía cercanos a los de los pobres. Luego, la carrera había cambiado las cosas: ahora eran “los de don Luis, el médico”, ahora llegaban por el patio como a casa de un Diosdado, un Sierra o un Antúnez, gorra en mano, la mirada y el dicho a una distancia de respeto. Menos Cristobalina, con su pañolón negro y su imparable parloteo de clueca, que seguía repartiendo crujientes besos en cadena y tropezando a todos con el canasto grande. A él le gustaba ver a Cristobalina, pero luego le huía.

—¡Ay qué niño! ¡Ay qué Pablo más guapo! ¡Ayy, ay, don Luis, y que dice cosas preciosísimas me han dicho! Ay! ¡Jajay, mi gloria!...

Retrocedía ante la manaza pellizcona.

—¡Ay, qué guapo está el niño! ¡Ay, don Luis! ¡Toma, toma!

Y del canasto sobre la mesa de la cocina iban saliendo las libras de tabaco, los jabones de Inglaterra, un camisón fino con un pálido color a frutas raras.

—¡Ay el niño!

Por toda la sierra algecireña arriba, desde Los Bronquedales y el Paso del Bailío, metía el Peñón su cuerno de las abundancias y la noche que el pueblo estrenó la electricidad, bajo la estela de los cohetes y entre la música y los viva, el hijo de Cristobalina, El Cantaor, que estaba en casa con la madre, encogió el corpachón y torció la boca.

—Mucha luz ésta, mala cosa —dijo.

Y un septiembre, recién puesto el sol y yendo de paseo al pie del Lario, se echó encima un galope por el carril arriba; venían tres jinetes en mangas de camisa, la cara tapada hasta los ojos con pañuelos y los caballos despavoridos, a todo meter.

—¡Quítese usted, don Luis! —voceó uno.

Se echaron a un lado; los montados doblaron el primer recodo y el batir del galope se extinguió de golpe; él corrió al otro lado del carril y alcanzó a ver la grupa del último jaco que se metía en silencio monte arriba, desde un pedregal para no dejar pisadas. Ocho o diez minutos después, la pareja a paso ligero, apretando los mosquetones.

—Don Luis, ¿no ha visto usted unos a caballo?

—Buenas tardes.

—Buenas las tenga, ¿no los ha visto?

—Nosotros es que acabamos de salir aquí, desde la Huerta Alta. ¿Qué, el contrabando?

O desde el patio, bajo el imperativo olor del jazmín grande y su enredijo de flores y estrellas, habían oído alguna noche de verano un tiro o dos, cerca, silenciando de momento a los perros y a las chicharras.

—Es por la Venta del Amarillo. O por el Pan Triste.

La abuela lo aferraba por una muñeca y sacaba una estampa de santo.

—Tú di conmigo: Madre mía del Romeral.

—Madre mía del Romeral.

—Que no haya gente mala, que no haya tiros.

—...

—Que no haya escopetas, ni pistolas, ni navajas.

—...

—Quítaselas a todos los malos.

Y la madre:

—Mejor el rosario, ¿no?

—Yo sé lo que hago.

El padre salía a fumar a la calle y a comentar los tiros con los vecinos, y él luchaba con la mano de la abuela por reunírsele en la puerta.

—No, tú aquí con nosotras. Dios te salve...

—Porque lo que es de noche, nadie sale ya a cazar en Aripe —le decía el padre a los de Roa, acodados en su balcón, enfrente.

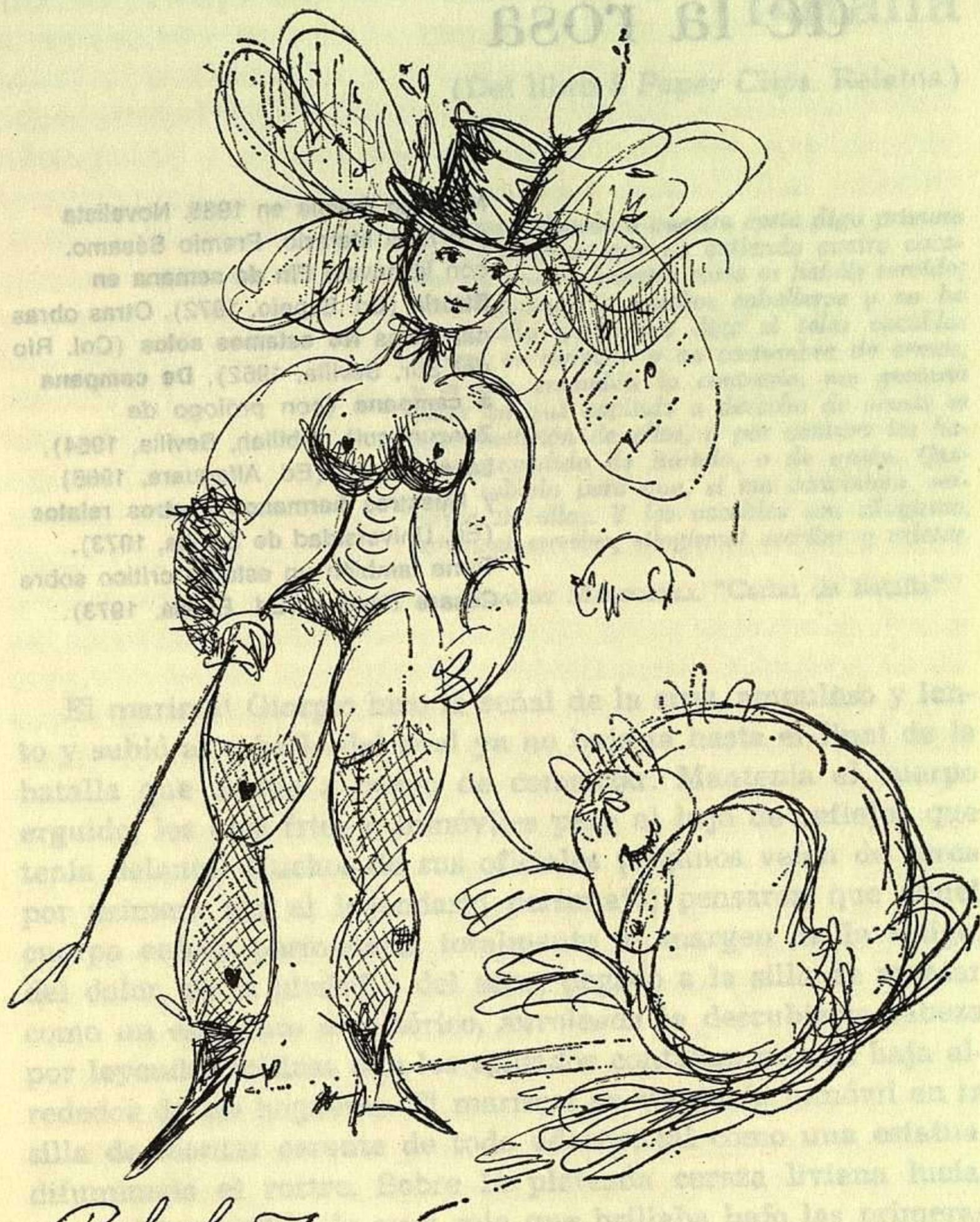
—Segundo misterio: de los azotes que el Hijo de Dios padeció atado a la columna.

Y un día, como a las siete de la mañana, llegó Cristobalina llevando un mulo del ronzal. El hijo lo montaba sentado de lado igual que las mujeres, la cabeza contra el pecho y los mechones por la cara; él lo vio todo desde la cama; Cristobalina arrimó el mulo al escalón para que El Cantaor no tuviera que pisar la calle, y al echarse abajo con la cara blanca fue cuando él le notó al hombre la sangre en la camisa.

El Cantaor entró en la casa cojeando, agarrado a la madre, vaciló dos veces en mitad del patio y a la tercera se fue al suelo como un saco.

—El padre vino a buscar a la calle y a tomar los niños con los
vecinos y al instante con la mano de la espada por remate
en la guita.
—Eso, si así con nosotros Dios se acuerde.
—Fue lo que es de noche, más allá ya a casa en la
—le decís el padre a los de los, se decían en las calles.
—Segundo misterio: de los azotes que el hijo de Dios pa-
decía a los azotes.
—Y un día, como a las siete de la mañana, llegó Cristóbal
Hernández un niño del campo. El hijo de Dios se sentó de
lado igual que las mujeres, la cabeza contra el pecho y los mis-
chones por la cara; él tenía todo de la cara: Cristóbal
arrimó el mano a la espalda para que El Cantor no tuviera que
pasar la calle y él echó la gata con la cara blanca fue cuando
él se cayó al fondo de la cuneta.
—El Cantor tenía en la casa un vaso de agua y un vaso
vasillo con agua en un rincón del patio y a la derecha se fue al suelo
como un saco.

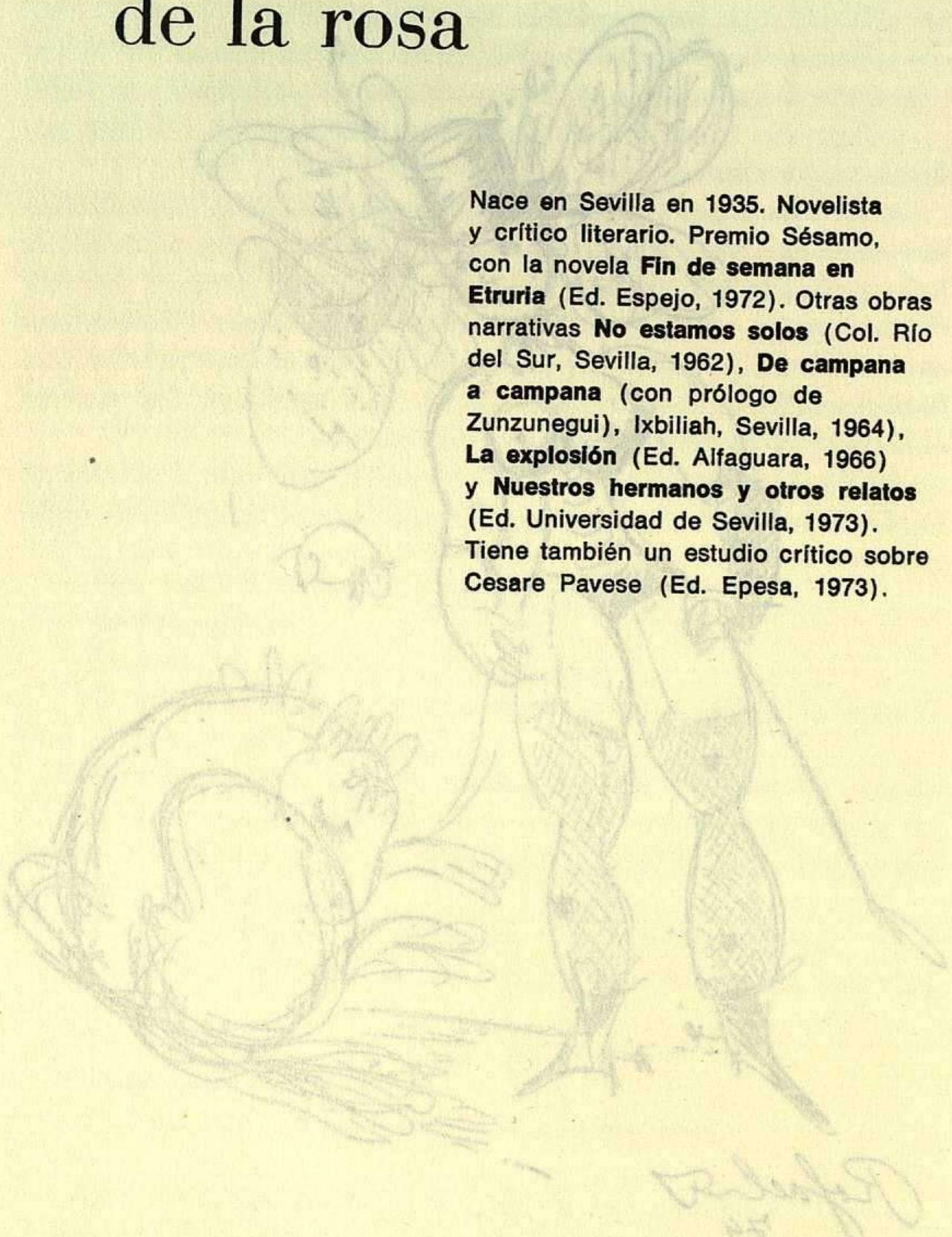
Hasta el punto que el hijo de Dios se sentó de
lado igual que las mujeres, la cabeza contra el pecho y los mis-
chones por la cara; él tenía todo de la cara: Cristóbal
arrimó el mano a la espalda para que El Cantor no tuviera que
pasar la calle y él echó la gata con la cara blanca fue cuando
él se cayó al fondo de la cuneta.
—El Cantor tenía en la casa un vaso de agua y un vaso
vasillo con agua en un rincón del patio y a la derecha se fue al suelo
como un saco.
—Y un día, como a las siete de la mañana, llegó Cristóbal
Hernández un niño del campo. El hijo de Dios se sentó de
lado igual que las mujeres, la cabeza contra el pecho y los mis-
chones por la cara; él tenía todo de la cara: Cristóbal
arrimó el mano a la espalda para que El Cantor no tuviera que
pasar la calle y él echó la gata con la cara blanca fue cuando
él se cayó al fondo de la cuneta.
—El Cantor tenía en la casa un vaso de agua y un vaso
vasillo con agua en un rincón del patio y a la derecha se fue al suelo
como un saco.



Rafael
74

Dibujo de Rafael Pérez Estrada

julio manuel de la rosa



Nace en Sevilla en 1935. Novelista y crítico literario. Premio Sésamo, con la novela **Fin de semana en Etruria** (Ed. Espejo, 1972). Otras obras narrativas **No estamos solos** (Col. Río del Sur, Sevilla, 1962), **De campana a campana** (con prólogo de Zunzunegui), Ixbiliah, Sevilla, 1964), **La explosión** (Ed. Alfaguara, 1966) y **Nuestros hermanos y otros relatos** (Ed. Universidad de Sevilla, 1973). Tiene también un estudio crítico sobre Cesare Pavese (Ed. Epesa, 1973).

Edición de Rafael Pérez Estrella

notas de batalla

(Del libro *5 Paper Clips. Relatos.*)

Y respondiendo a vuestra carta digo primero que os confieso que no entiendo cuatro vocablos de que en vuestra carta os habéis servido; he preguntado a muchos caballeros y no he encontrado quien me diga si tales vocablos existen en derecho y en costumbre de armas, y si vos entendéis lo contrario, me gustaría saber en qué capítulo o derecho de armas se hace mención de ellos, o por ventura los habéis aprendido de Bártolo, o de quién. Quisiera saberlo para que, si me conviniera, servirme de ellos. Y los vocablos son silogismo, sofistical escribir, silogismal escribir y relatar.

JOANOT MARTORELL "Cartas de Batalla"

El mariscal Giorgio hizo la señal de la cruz, ampuloso y lento y subió al caballo del cual ya no bajaría hasta el final de la batalla que estaba a punto de comenzar. Mantenía el cuerpo erguido, los ojos fríos e inmóviles pese al lujo de reflejos que tenía delante. Muchos de sus oficiales (algunos veían de cerca por primera vez al legendario personaje) pensaron que aquel cuerpo enjuto permanecía totalmente al margen de la fatiga, del dolor, de la piedad o del sexo, pegado a la silla de montar como un elemento escultórico, aureoleada la descubierta cabeza por leyendas míticas que los soldados contaban en voz baja alrededor de las hogueras. El mariscal se mantenía inmóvil en la silla de montar carente de todo adorno, tal como una estatua, difuminado el rostro. Sobre la plateada coraza liviana lucía, eso sí, bien visible, la cruz roja que brillaba bajo las primeras luces del amanecer que ya dotaba al campo, a la llanura quieta, de los colores de cada día. Había llegado el momento definitivo. Maratón, Siracusa, Cannas, Matauro, Chalons, Guadalete, Tours, Hastings, Navas de Tolosa, Orleáns y Lützen (entre otras), con sus secretos y movimientos, desfilaban tranquila y ordenadamente (sobre todo ordenadamente) por su cabeza metódica acos-

tumbrada a las planificaciones lógicas del arte de matar. Te sigo admirando (dijo) mariscal Tujachevski, baño de Sigfrido en la sangre del dragón, Asia, cuna de los arcos curvos, fórmula de ballesta $d=1,1\sqrt{100n}$ en donde "d" es el diámetro de la cuerda y "n" el peso de la flecha en minas áticas. Porque la batalla que estamos a punto de comenzar, le había dicho la noche anterior a su confesor, sentado el mariscal en incómoda silla paridera, delante de la repleta mesa cubierta de pergaminos y planos concienzudamente anotados con su letra grande y clara, carente de debilidad o altibajos, es el acto decisivo de toda guerra, el fin para el que he creado este ejército y no tiene otro objeto que la destrucción de las fuerzas del adversario, que mañana borraremos del mapa con la ayuda del Todopoderoso. La victoria se alcanza, sin embargo, no tanto por el aniquilamiento de las fuerzas materiales del enemigo (cosa que tenemos asegurada) como por el quebranto de su fuerza moral, muy evidente entre los salvajes que pueblan estos bosques que hemos destruidos en su casi totalidad durante dos años de devastadora guerra. La fuerza moral, aunque de muy difícil evaluación, es un factor esencialísimo del éxito, y el estudio de todas las guerras y en particular de las más recientes, demuestran que para conseguir la victoria no bastan el mero cumplimiento del deber y la observancia de las reglas del arte militar: es indispensable la firme voluntad de vencer, ese extraño sentimiento de superioridad y de confianza en sí mismo que, arrancando del general en jefe, se difunde por todos los escalones del orden jerárquico hasta el ánimo del más oscuro soldado. Dios está con nosotros. Ser el más fuerte en un punto dado y empleo muy juicioso y oportuno de las reservas. Ataque contra las alas; ataque de flanco. Veremos si estos harapientos espíritus resisten después de dos años de hambre e incendios. Padre: como siempre, antes del combate, deseo confesión. De rodillas, el mariscal humilló la cabeza. Era ya madrugada alta y el campamento dormía envuelto en las pesadillas que preceden a las batallas. El anciano confesor apoyó la frente en la mano. Era en efecto una lucha santa. La voz del mariscal se hizo un susurro apenas perceptible que le trajo de nuevo el recuerdo de las campanas, veinticuatro campanas lanzadas al júbilo de la despedida y él, con los quebrantados huesos a lomo de mula, esperando en la enorme plaza la salida del mariscal que cumplimentaba con

interminable ceremonial al obispo antes de partir para la guerra. Todavía de noche, antes de que sonasen las primeras cornetas en el cuartel, había oficiado la santa misa en el oratorio privado del mariscal, cuyos ojos permanecían ajenos a cualquier ansiedad totalmente libre de los fantasmas que habitualmente acompañan a los soldados antes de la partida. Rasurado, uniformado y frío, el mariscal permaneció arrodillado durante toda la misa. Después, la plaza, de enormes proporciones, se estremeció de ruidos y la caballería quedó formada delante de la catedral mientras los infantes tomaban posiciones delante del palacio del obispo. Pífanos, tambores y trompetas anunciaron la llegada del mariscal cuando el reloj de la torre desgranaba lentamente las cinco de la mañana de un día de julio claro. Los soldados mercenarios de amarillas capas y sables curvos, rostros de águilas quemados por el sol del desierto, gritaron el nombre del mariscal con fanático entusiasmo. Afirmaba el pueblo que se trataba de la mejor y más dura infantería del mundo; resistentes y entrenados eran capaces de barrer un pueblo en un instante, ajustándose fielmente a las órdenes recibidas, pues idolatraban a su jefe y muchos iban a la muerte pronunciando el legendario nombre. El Mariscal contestaba a aquella fidelidad con un sentido inflexible de la disciplina que quebrantaba a veces (sobre todo después de un combate particularmente duro), enviando a las tiendas carretas llenas de mujeres y pellejos de vino. Se contaban terribles orgías de sangre a cargo de aquellos soldados que antes de atacar lanzaban un grito característico que paralizaba la sangre en las venas.

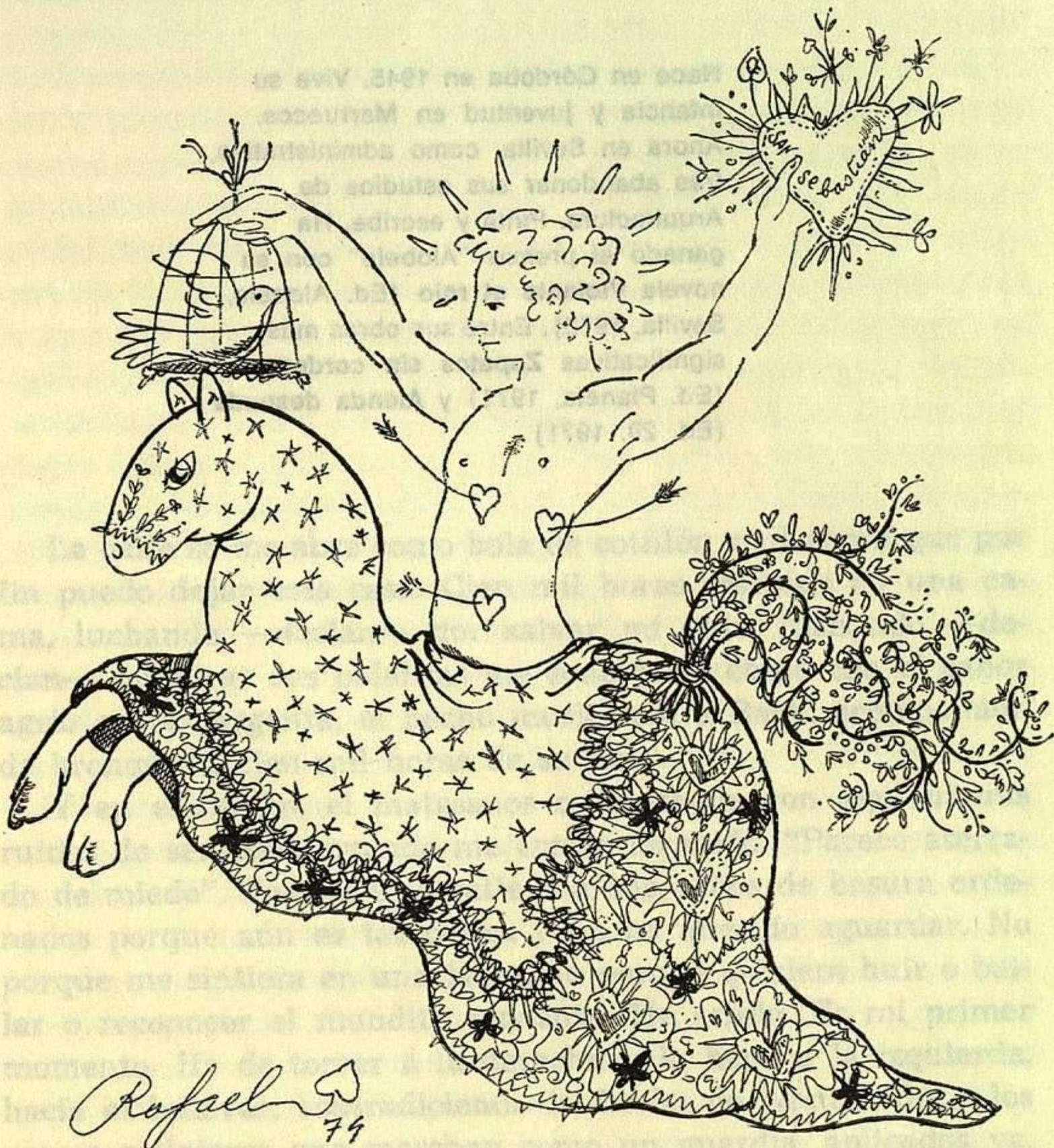
Cincuenta de ellos penetraron una noche en el Bosque, y en un audaz golpe de sorpresa, llegaron hasta las primeras chozas de los porqueros, consiguiendo de esta forma la penetración más profunda de toda la guerra, que por aquel entonces se remontaba ya a un año de interminables combates. Pero los rebeldes le cortaron la retirada, empleando trochas secretas, y los cincuenta soldados regresaron al campamento amarrados a las sillas, con los testículos en las bocas ensangrentadas. Y era que La Umbría resistía la guerra más cruel de su larga historia. Una vez dejada atrás la ciudad y superados los primeros pasos montañosos, el Mariscal sometió a un buen número de aldeas y estableció su cuartel general en un antiguo castillo templario que se elevaba en la cima de una montaña inaccesible. Treinta

días más tarde, los nobles de la ciudad no podían ocultar su desconcierto, pues los mensajeros afirmaban que el Mariscal, encerrado en su habitación, se pasaba las horas estudiando planos y documentos antiguos requisados de la biblioteca del Santuario, sin dar la señal de ataque a un ejército poderoso y expectante, permitiendo así que miles de rebeldes de toda la región, artesanos, estudiantes, desertores, mineros e incluso sacerdotes atravesaran el río Ramaid para unirse a los hombres del Bosque. Y tanto fueron los rumores (se temía que el Mariscal hubiese sido hechizado por los espíritus del Bosque) que el propio obispo envió en gran secreto a un emisario para indagar sobre aquella lentitud que desmentía la firme creencia de la aristocracia: con el Mariscal Giorgio a la cabeza de este ejército volveremos a La Umbría la próxima primavera. El Mariscal recibió impasible al emisario y no alteró sus planes. Dijo a sus capitanes: estamos ante una guerra de destrucción total y no ante una rápida operación de castigo, pues este pueblo misterioso es un temible adversario que resistió hasta ahora ciento veinte invasiones poderosas. Procederemos con método. Y mandó emplazar la poderosa artillería en una loma y ordenó fuego día y noche. Los mejores jinetes hicieron a continuación una rápida descubierta con objeto de localizar los campos de trigo, que fueron inmediatamente incendiados, contaminadas las aguas del río Ramaid —que atravesaba la región de los bosques— con putrefactos animales muertos. Trato de destruir las raíces —dijo entonces el mariscal a su confesor—, pues estamos en un extraño país y en gran parte luchamos contra fantasmas, cosa que mis soldados no deben conocer y que, al parecer, también ignoran en la Corte. Venga, observaremos el paisaje desde el mirador. El Mariscal, con los ojos atravesados por algo parecido a la comprensión, extendió la mano. Y al anciano confesor, curtido en docenas de batallas, le pareció en efecto estar delante de una naturaleza diferente. Bastaba con atravesar las estribaciones montañosas para contemplar pendientes cubiertas de jaras, lentiscos, coscojas, anagiris y densos arbustos de los países ardientes, a cuyo pie crecen las plantas lumbelíferas, malváceas y labiadas africanas. Pitas y palmeras sobresalían por encima de los bosques de olivos. Bajo la fertilidad y la belleza de esta tierra —dijo el Mariscal— se oculta la muerte, un pueblo que rinde culto a la muerte y a los más repugnantes y peligrosos

mitos. Tenemos que barrer a esta raza de la Historia. Tras la fuerte preparación artillera, la infantería penetró en el Bosque hasta el Caño de las Siete Suertes. Quinientos hombres avanzaban sin encontrar resistencia alguna, asombrados del silencio y de la corpulencia de los árboles. Encontraron algunos vigías muertos por el fuego de la artillería, vacas despanzurradas, asnos trabados comiendo apaciblemente. Todavía se infiltraba el sol por el entramado vegetal cuando algunos soldados notaron la invisible presencia. Localizaron restos de hogueras, huellas. Al atravesar un claro, el suelo cubierto de hierba corta quedó convertido en un lodazal de tierra movediza donde todos cayeron mientras surgían entre los árboles miles de flechas disparadas (parecía) por sombras. El Mariscal comprendió que la partida de ajedrez se hacía lenta. Mandó a la horca a tres centinelas por propagar la imagen de un príncipe árabe galopando en la noche, solo, cubierto por una coraza fosforescente y que sin ayuda había sepultado diez cañones en un barranco repleto de víboras mortales. Aunque muy curtido y totalmente ajeno a la magia, el Mariscal quedó algo impresionado cuando leyó en los pergaminos requisados en el Santuario la historia de un príncipe (el pasaje era apenas de tres páginas) que, durante la primera guerra de los Bosques, desertó de su pueblo a causa de lujuriosos amores para unirse a los rebeldes de las marismas, personaje que según sus cálculos debió de vivir (si es que realmente existió) unos seiscientos años atrás. El Mariscal se tranquilizó, pues bien sabía que los muertos no podían inutilizar cañones. Horas más tarde, una manada de toros enloquecidos desorganizó el ala sur del campamento, que fue inmediatamente reparada. El Mariscal en persona, al mando de la caballería, destruyó diez aldeas y sus habitantes fueron pasados a cuchillos, incluidos mujeres y niños.

El Mariscal Giorgio hizo de nuevo la señal de la cruz, dio la orden y el suelo retumbó. Avanzaban hacia el Bosque. Era el penúltimo día del mundo.

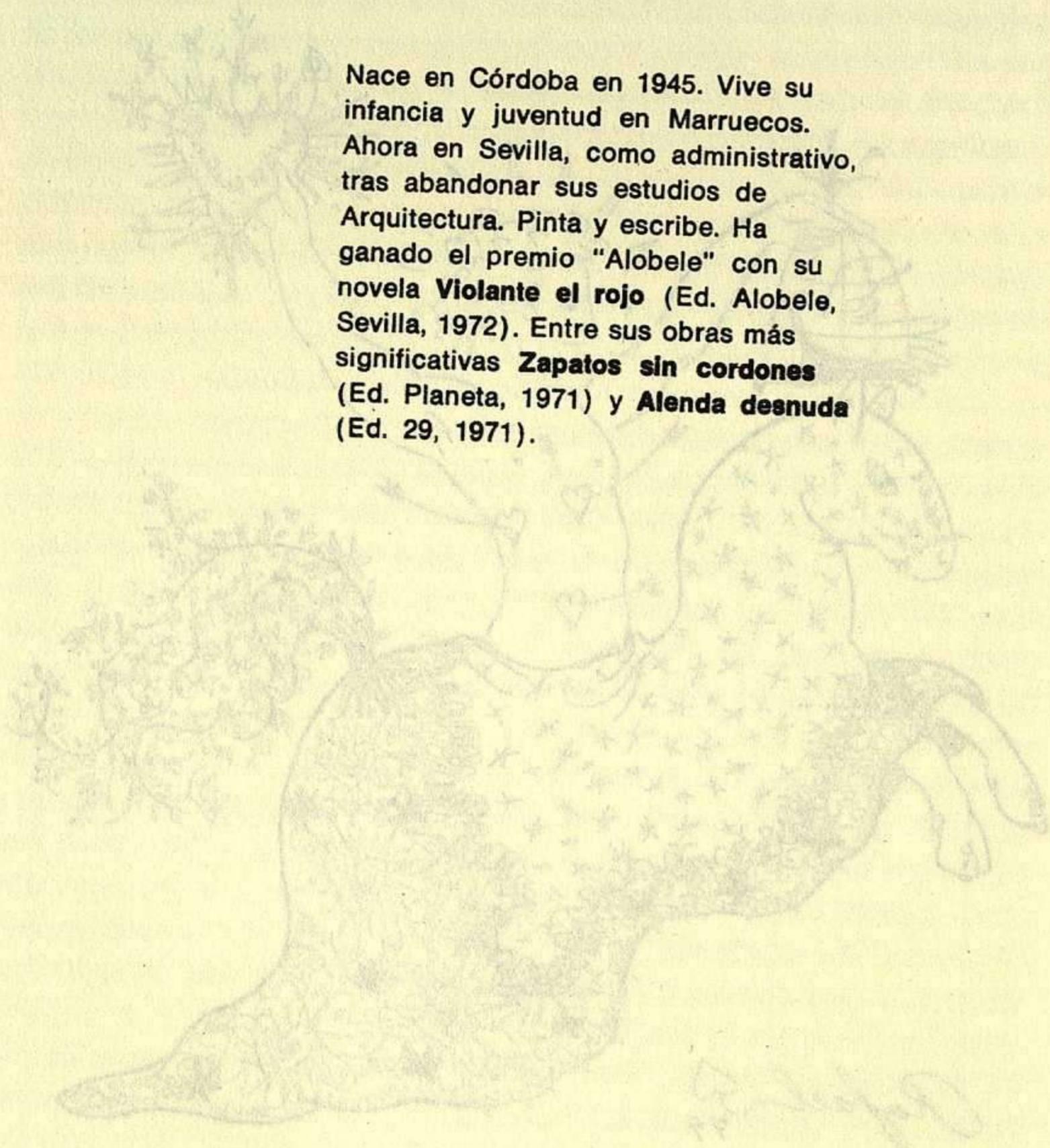
(Aracena, agosto, 1973.)



Dibujo de Rafael Pérez Estrada

manuel salado

Nace en Córdoba en 1945. Vive su infancia y juventud en Marruecos. Ahora en Sevilla, como administrativo, tras abandonar sus estudios de Arquitectura. Pinta y escribe. Ha ganado el premio "Alobele" con su novela **Violante el rojo** (Ed. Alobele, Sevilla, 1972). Entre sus obras más significativas **Zapatos sin cordones** (Ed. Planeta, 1971) y **Alenda desnuda** (Ed. 29, 1971).



Biblioteca de autores españoles

Paulina o la experimentación de una aventura

La calle se me abre como bola de cotillón azul ahora que por fin puedo dejar esta casa. Cien mil horas retenido en una cama, luchando —decían— por salvar mi vida, luchando —decían— mientras sus palabras me sonaban a chino con el sabor agrio en la garganta, el pecho musicando a Bach, acompañado de bronquitis, cien mil horas de sudor.

Y en el centro, el matasanos comentando con alguien mis ruidos de serpiente cuando me creían dormido. “Parece aterrado de miedo”. Por fin esta calle con sus cubos de basura ordenados porque aún es temprano y no he querido aguardar. No porque me sintiera en una jaula, no porque quisiera huir o bailar o reconocer el mundito rodeante. He salido. Es mi primer momento. He de torcer a la derecha y lo hago a la izquierda, hacia el bulevar, contradiciendo la flecha de circulación y los perros callejeros que marchan como un guardia, aplicados ya, conocedores de cien reglas civiles, amaestrados antes y después de mi bronquitis.

“Ama su mal” —comentó un hombre con gafas oscuras que me trajeron junto a la almohada—. Como en sueños. Yo me encontraba en el centro, quietecito, con el alma sentada en el esternón. Cien mil horas soñando con ella. Y la llamé Paulina

no sé porqué. Y me decía: “tengo que levantarme y encontrarla. Estará deambulando por las calles”. Una noche soñé que también ella me buscaba. Yo, mi pecho, y entre el vello intentaba verla. Venían los ruidos. Siempre pasaban coches por una calle de enmedio, siempre ansiaba la luna de un escaparate reflejando, de milagro, su rostro un segundo. Se llama Paulina. No sé más. Pero tampoco he salido por ella. El mundo ha cambiado. Hace frío y huele a castañas.

ELLA quiere descubrir la yerba. Lleva dos noches pensando lo mismo desde que le dijeron... Dando vueltas en la cama y saltando, imaginariamente, por el balcón hacia el lago que no existe, para nadar desnuda y encontrar un pececito dorado, hacerle compañía, y tumbarse luego en la hierba, para descubrirla. Inútil pensar que su padre la obliga a... Sus sueños de universitaria consumidos como uno de los setenta mil cigarrillos en el café de Derecho, oyendo sobre la emancipación. Bertrand Russell, Jean Paul Sartre subido en un barril de gasolina y todos, con caras serias, “el mundo nos espera”, fraguando un libro regordete de andante caballería donde ella combatía en torneos y raptaba al Príncipe de bucles tostados y mirada a lo Lee Marvin.

Cuando decide salir a la calle no para huir, sino para ser calle y dar vueltas al aire libre, alrededor del sol, 365 vueltas un año, dos años, inmóvil, buscando gatos que no fueran negros y tuviesen una estrellita azul en la frente, o leyendo periódicos al revés. Ella empezó a llamarlo Iván, sólo Iván, sin hablar, sin pedirle el rescate o el rapto. Y a veces, las cortinas de su cuarto eran de encaje blanco, él estaba allí amordazado, esperando, como ahora, que ella saltara al lago, descubriera la yerba, se perdiera en ella y sintiera que, desde el interior de la tierra, le alcanzaba su llamada, si no fuera por el cuadro, marqueteado con oro, enviejado a propósito por un sutil artesano, donde la cara de su padre la miraba. Inútil ocultarse.

“El dice que son las ocho de la mañana”, cuando yo llevo unos minutos aún en la avenida y me he encontrado al sereno, “sereno, buenos días”, y él dice: “las ocho, señor”. Y el mundo no ha torcido hacia la izquierda. Aún se dice “señor”, “buenos días”, mientras en miles de cubículos —estoy mirando una casa en construcción—, habitan, “durmiendo”, aún las gentes; mientras ese café está abriendo sus puertas metálicas, desperezándose el dueño y la cafetera ya hirviendo.

Ocho de la mañana era también cuando me acostaba tras una noche de estudio, allá en la casa de mis padres, investigando integrales compuestas, con el porvenir pegado a la frente, cubriéndome la espalda, como una camisa azul estrella. "Tu porvenir mientras haya salud", botellas de champaña para celebrar las magníficas notas de la escuela de Arquitectura y mi familia comprándome ya una placa dorada, "Mariano Vázquez Alonso: Arquitecto".

Las ocho de la mañana con aquella indecisión, dormir o marchar por churros, "¿por qué no vas a misa a esa hora?", mi madre siempre con la caridad acuestas, Cristo-porvenir, soñando monedas de plata y poder social.

Soñando también con ese río muerto que cruza la ciudad cuando los puentes le dejan y las barcas podridas del barquero viejo, don Tomás Agua, a cinco duros la hora, cubre de paletazos los restos de alquitrán y petróleo que dejan los mercantes bajo la línea azul marina del Club Náutico, donde los ejecutivos, los de la barriga llena y ataque cardíaco a las cinco, enseñan el ombligo depilado a las niñas de papá.

Ella me miraría si estuviese por aquí, entre la niebla de invierno irreal. Yo sabría de Paulina, su rostro, sus piernas, el contorno de sus caderas y el busto diminuto que me haría pensar en los anuncios de productos baratos, "moldéese a su gusto", "camine en pos de una vaca lechera", Paulina, Isis sin velo, velada aún, camino de...

Me gustaría echar un cigarro con el hombre que espera el autobús en esa esquina-espera-sietes y tendría que pedirselo cayendo, como caigo, en el tópico bonito, sociabilidad antiburguesa, el joven vagabundo y esas cosas. Paulina ofreciéndome un cigarro en una valla publicitaria, con los labios abiertos color manzana, mírame pero no me toques.

Nos encontramos siempre a la misma hora, en el mismo lugar. Mariano observa esquivo mi gran escote y yo le cedo el brazo y la pudorosa mejilla de novia de cuatro meses. Iván me besaría ahora mismo sin importarle la gente, los coches que pasan, las luces de neón y mi padre que aún nos espía tras el balcón, para irnos luego junto al río y perdernos bajo los puentes, en silencio. Mariano, niño bonito, futuro Walter Gropius hablando de su escuela, "¿iremos a la próxima Hornacina?, van a cantar los Canarias". Iván me sigue por cualquier calleja;

lleva gatos de color blanco en los bolsillos, un duro en el pantalón y sueña con descubrir aún el Amazonas. Y ahora Mariano está enfermo, número uno de su curso, cayó en la cama de tanto soñar con Howar Roak, alias Franc Lloyd Wrigt. Mi viaje a París cancelado, “esta tarde irás a ver a tu novio”, “sí, papá, te odio papá, te aborrezco ciudad, te odio humanidad”. La cama está caliente después de la noche.

Y ahora, con este frío, un hombre-mendigo arrastrando un saco cargado de papelotes y robos de basura; un hombre —me (n) digo— y veo cómo sus pelos lacios, amarillo-blancos, se le cuelan por el cuello de la vieja gabardina marrón-de-aceite, y un guardia urbano, que sin duda durmió con el casco puesto, corriendo hacia una esquina, un cruce de caminos donde, parado, verá moverse al mundo un día entero. Hace frío —repito— y no es cierto, porque veo niños azules y blancos cayendo de una nube angelical sobre el tejado de una casa alta. Ahora es el basurero. Por fin —pienso— con su carro vacío. Quizás lleve dentro al alcalde y a los sumos presidentes de todas las grandes empresas. Recuerdo a Miguelito Violento, compañero en las artes del tira y afloja líneas, oscuro politiquillo del curso, tan en su lugar, tan radiante él, tan meado de ideales antipatriamausartrerianosmarcusianos, “los niños y los arquitectos primero”, y nosotros acompañando su espiritual con los consabidos /guau, guau/, yo no, yo a mis planos, a la cara del perfecto catedrático que me estima. Siempre así, una juventud, dos, mil juventudes antes de renunciar a la limpieza del mejor dentífrico y al fabuloso olor del mejor desodorante “que no me abandone a media tarde —saltaba Estrella que era una puta entre rotuladores—”. Y luego ELLA, Paulina, no, la otra, radiante hija de papá, jugadora de tenis y estudiante de mil cosas y cotilla —como todas— de las Filosofías y las Letras, “¡cómo estaba hoy Platón, mon dieu!”, y Platón, catedrático joven, salía del aula con todo su bigotito y sus gafas a lo Albano y sus rayas ¡dos por cada pantalón, dos por cada manguita y una a la derecha del pelo!, peinadas. Así un día y otro, alternando la nariz con los dulces de mi madre y los “quieto, Marianín; que esos encajes los hizo la abuelita”, mientras mi señor padre contaba dividendos ¡como cuentas de rosario!, hoy tocan los dolorosos, primer misterio: siderúrgicas subiendo.

Y ahora los autobuses llenándose de seres con bolsito para

el almuerzo y jornada laboral al acecho, para siempre, "aquí se recogen quinielas", el juego juguetón de toda una nación que desea ser como "ellos" a base de un golpe sin esfuerzo, sin matar a nadie por supuesto, a base de mezclar tres elementos que siempre dan uno solo, el más gordo ($1 \times 2 = 2$), el que nunca pierde porque lo alaba su padre (la Unidad, el Primero, el Unico, el Dictador más famoso de los números Naturales). Otra esquina clavada en mi costado y otra avalancha, los maas-media, secretarias, secretarios, funcionarios, chupatintas, dependientes, todos rectos, sin almuerzo, ocho horas de trabajo, felices con el nuevo abrigo para envidia en la oficina, la copita los domingos en el parque y el sueño de los puentes donde el novio (nacido en su mismo ramo) o la casita del pueblo, o la tele-todo-el-día, o los niños al cinema y los sillones baratos que la pegan, en sus casitas iguales (50.000 a la entrada, el resto en cómodos plazos), lamparitas de rebajas, bodegones que más visten y no manchones en lienzos, también moquetas a plazos y pintados los papeles sobre las paredes viejas o las nuevas indecentes, marchamos todos a una, todos iguales, derecha-derecha-derecha que aprendimos en la mili, marquen el paso llevando el carnet de identidad entre los dientes, nunca se sabe, mi dinerito en el Banco donde existen consejeros, consejeros, consejeros, presidentes, los de mayores acciones, y capital en Suiza y cuadros de Dalí, Miró y Picasso en dormitorios ilustres para los hijos primeros. Y en llegando la canina, reina todopoderosa, "hoy murió Pepe Mendizabal de la Gran Reguena, no dejes de ir al entierro, yo no puedo, ya sabes, un trabajo agotador". Tú me muerdes, yo te morderé más fuerte. "¡Este chico está llenísimo de porvenir!" "Diga a todos que no estoy"... sólo para Paulina que andará por el campo desnudándose, con toda una vasta legión de catetos llamándola "tonta del pueblo", que le tirarán de piedras a la luz azul del día y la buscarán de noche. La noche.

Mariano piensa en su centro. "Observo". Y sabe que no le basta. Ser diferente no es todo. Recuerda de repente cuando tenía el alma sentada en el esternón. "El Centro que busco y que prometieronme un día los doce locos que la Biblia escribieron destruyendo, un día más tarde, las hermosas Catedrales que la Iglesia construía". ¿Cómo puede la gentuza conformarse con tan poco? Y a continuación: "Mira que te pones pesadito". Riendo luego.

Y pensar que el Destino social de todo un cuerpo, de todo un inútil cerebro es acabar pudriéndose bajo una losa sobre la cual, quizás, hagan el amor las parejas en el año 2551. Paulina...

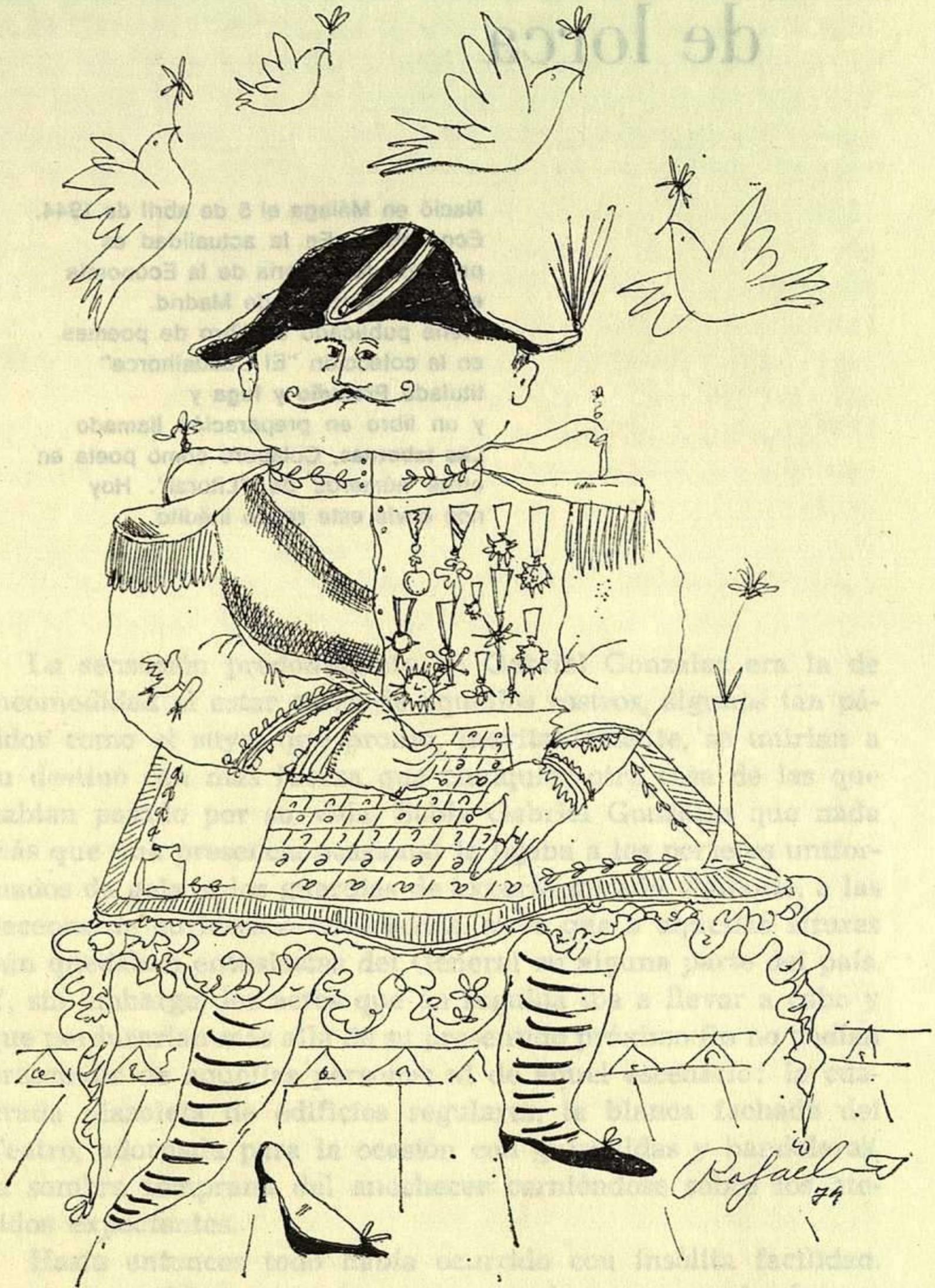
Iván...

Y antes de continuar buscándola, debería salirme al paso el único porqué, como si vomitara la cáscara de un plátano o devorara toda la inmensa basura de un cubo de portal, azul mar, agua caliente, perro piojoso muerto en accidente. Oí un grito in-frahumano una noche entre la fiebre de mi cuarto. Allí estaban mis útiles de arquitectura, immaculados sobre mi mesa, su mesa, la mesa reglamentaria e inclinada. Un grito que me impulsó a levantarme, tirándome de la cama, despreciando los tubos de aspirina, compresas calientes, termómetros orinando mercurio, 35, 36, 37, 38, 39, 40 grados a la sombra de mi esqueleto. Y allí, fuera de la ventana, llovía. Orín divino, licuado, granizado en heladera de barro, la eterna paja del cielo sobre la puteada tierra de cemento armado. Salud a los agricultores y reuma para todos los jubilados del sacrosanto universo. Y allí, en la calle, un muchacho con largas melenas gritaba doblando sus piernas, tambaleándose, quedando un momento quieto, con los ojos fijos en un muro de obra, "prohibido colocar carteles", chillando una vez más, horror en mis huesos, para ir, finalmente, a estrellarse, de cabeza, con frente alta de toro, contra la pared aquella. Creía que soñaba en el centro de mi fiebre. Miré mejor y allí se hallaba el guiñapo y la sangre resbalada por la pared mojada, caminando —como estaba ya ordenado— hacia una alcantarilla próxima.

Entonces me pareció que Nadie Dormía en todo el Universo, que todos estaban jugando a la cuerda floja, cuerda floja en los negocios, el poder, el espíritu infantil, funcionario, social-lenin, del amor, tapando el velo.

Y renuncié en ese instante a mi hermoso porvenir, en honor del chico de las melenas. Y se acabó. Yo también, si no la encuentro terminaré como él.

Paulina...



Dibujo de Rafael Pérez Estrada

pedro tedde de lorca

Nació en Málaga el 5 de abril de 1944. Economista. En la actualidad es profesor de Historia de la Economía en la Universidad de Madrid. Tiene publicado un libro de poemas en la colección "El Guadalhorce" titulado **Preludio y fuga** y un libro en preparación llamado **Las tabernas**. Colaboró como poeta en otros números de "Litoral". Hoy nos envía este relato inédito.

el salvador

La sensación predominante en Gabriel González era la de incomodidad al estar cerca de aquellos rostros, algunos tan pálidos como el suyo, que pronto, inevitablemente, se unirían a su destino con más fuerza que cualquier otra cosa de las que habían pasado por su vida. Sabía Gabriel González que nada más que una presencia ocasional le ligaba a los porteros uniformados de gala, a los guardias de experta mirada vigilante, a las decenas de curiosos o entusiastas, si es que a aquellas alturas aún quedaban entusiastas del General en alguna parte del país. Y, sin embargo, los actos que en seguida iba a llevar a cabo y que perdurarían más allá de su presentido próximo fin no podían prescindir de aquellas personas ni de aquel escenario: la cuadrada plazoleta de edificios regulares, la blanca fachada del Teatro, adornada para la ocasión con guirnaldas y bandoleras, la sombra temprana del anochecer cerniéndose sobre los ataridos expectantes.

Hasta entonces todo había ocurrido con insólita facilidad. Lentamente hizo su camino por penumbrosas y empinadas calles desde la redacción del periódico hasta el Teatro. Llegado a éste, pudo ver, desde el exterior, los iluminados vestíbulos, una

atmósfera que se adivinaba confortable en la que desenvueltos hombres y mujeres con vestidos de etiqueta charlaban ajenos a los que, como el propio Gabriel González, pero por muy diferentes motivos, esperaban fuera la llegada del General. Eligió un lugar que presumía favorable, a prudente distancia de las lechosas farolas, pero no demasiado lejos de los grupos que medio llenaban la plazoleta. Palpó una vez más en el bolsillo, y quizá era ése el único gesto que revelara desasosiego, el cuchillo envuelto en paños. Por lo demás, su flaca figura deformada por el gabán y el sombrero, en poco se distinguía de los que se congregaban a uno y otro lado de la estrecha alfombra escarlata conducente a la puerta principal del Teatro. Como los otros, también Gabriel González pateaba el suelo y frotaba sus largos brazos; era por frío, no por impaciencia que lo hacía.

Quien buscara señal de odio en sus ojos no la iba a encontrar, quizá porque no era el odio su hábito, como lo había sido de su madre y su hermano, ejercicio en el cual trataron de adiestrarlo en vano cuando muchacho, y al que más tarde complementó el desprecio por su invariable mansedumbre. Ahora su hermano estaba lejos, desterrado, y su madre, aunque no dejaba de odiar, lo hacía en silencio, demasiado vieja para otra cosa. Sólo algunas palabras ininteligibles denunciaban, de cuando en cuando, un antiguo tono de rencor, venganza insatisfecha y despecho por el desapasionamiento de su hijo menor. Pero Gabriel González, quien había aceptado, hacía mucho tiempo, la evidencia de su insuperable cobardía, estaba acostumbrado al desdén y lo justificaba. Lo había asumido muy joven, casi de niño, cuando eludía las miradas de los amigos de su padre, que se obstinaban en repetir la historia de su activismo revolucionario y de su indigna muerte en un paraje próximo a la redacción del periódico en el cual, como más tarde harían sus hijos, trabajaba. Una y otra vez insistían aquellos enfervorizados hombres en el relato de las detonaciones, su común zozobra, el hallazgo del cadáver acribillado por la espalda, suceso que se unía a una serie de oscuras muertes dictadas desde el poder. Pero nada consiguieron los veteranos revolucionarios a la hora de excitar su afán de lucha; el adolescente Gabriel González (y el hecho era aún más infamante por llevar el hijo el mismo nombre del padre) asentía balbuciente, con más lamento que furia, a la narración del asesinato. Se habituó a conformarse con un

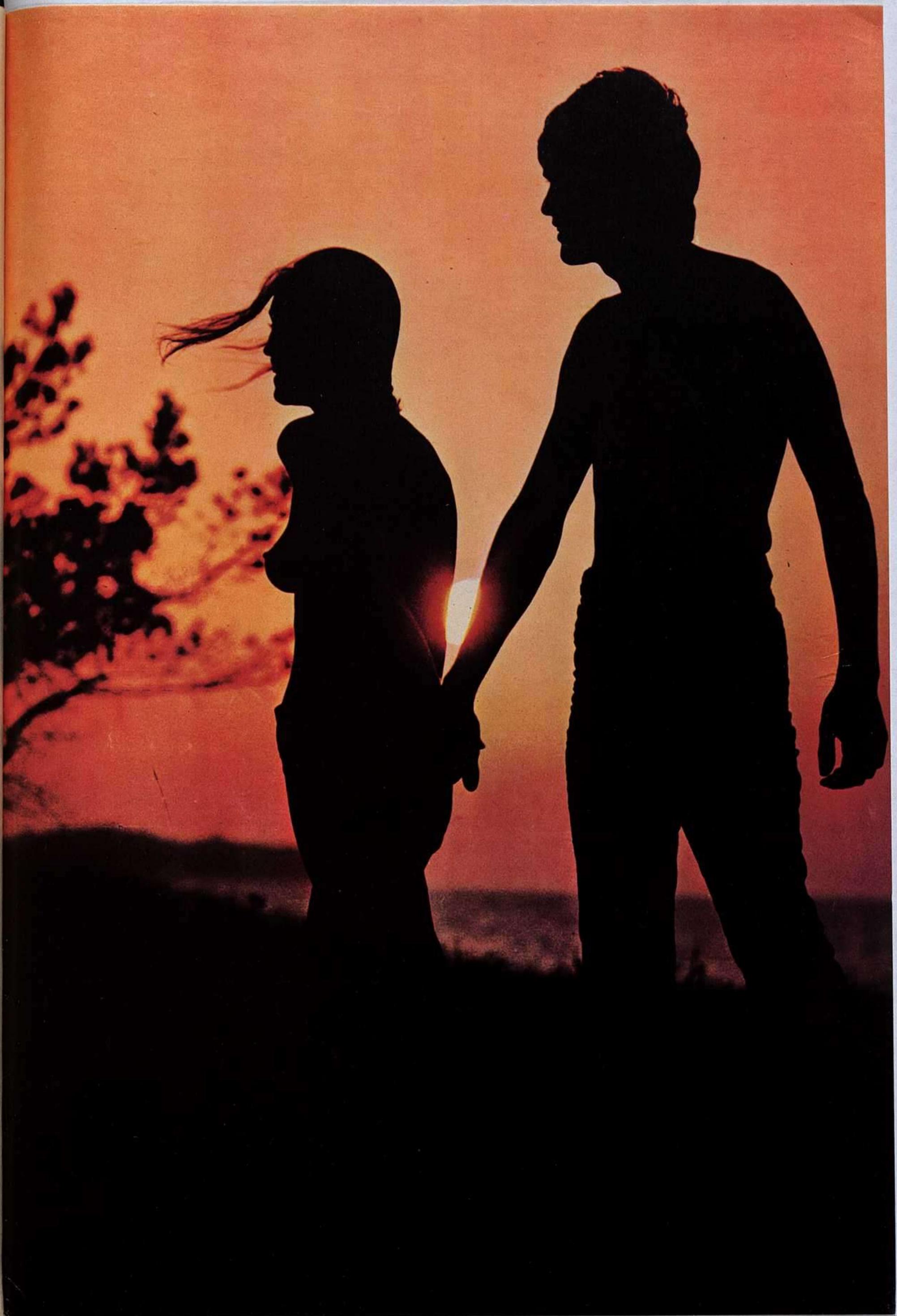
lugar secundario en una familia que no lo quería y en un taller donde se imprimían palabras de rebelión que sus labios jamás llegaron a pronunciar.

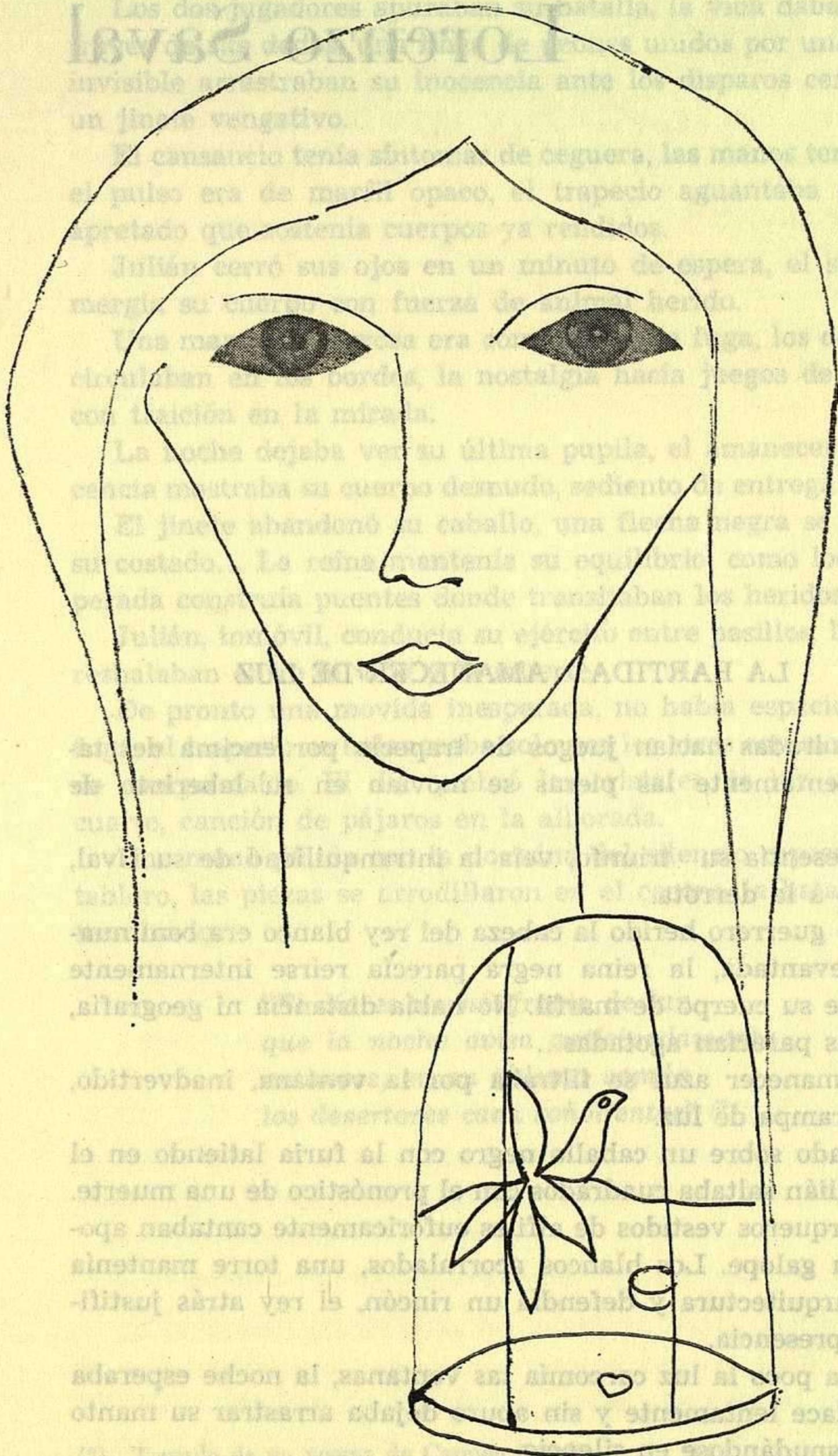
Gabriel González miró —era sólo la segunda vez que lo hacía desde que llegó a la plaza— la iluminada esfera del reloj en el frontispicio del Teatro. La función, que inauguraba la temporada lírica, debía haber comenzado a las ocho y media; se retrasaba ya en veinte minutos, a la espera de que el General llegase. Nuevamente confirmó su falta de inquietud Gabriel González; sabía que en cuanto asomara el carruaje por la esquina de las Adoratrices debería deshacer disimuladamente el paquete del cuchillo. Sabía también que no podría vacilar al asaltar al viejo General, cuando éste, posiblemente con trabajo, por sus años y su obesidad, descendiera de la brillante berlina. Sabía, en fin, que era con fuerza como debía clavar el cuchillo en el amplio tórax rojo, apenas entrevista la cara congestionada, las relucientes condecoraciones. Había desechado otras armas porque le resultaban demasiado extrañas; también porque pensaba que el cuchillo se acordaba mejor a una **venganza aplazada** treinta y cinco años, o quizá sólo quince días.

Hacía dos semanas justas que el caballo enfurecido de un guardia había **derribado, casualmente** cerca del lugar donde muriera el padre de Gabriel González, a Elena. El accidente, que lo fue, puesto que nada tenía que ver aquella pobre muchacha con la protesta hacia el gobierno del General, no significaba únicamente para Gabriel González un nuevo sufrimiento en un ser querido. Sobre todo, era la desaparición de la única persona que lo llevó fuera de un ambiente que él había creído definitivo en su vida. Primero le tuvo agradecimiento a Elena por su cariño, que para Gabriel González era inexplicable. Después aprendió a amar, y desear, los ojos grandes y seguros, la figura pequeña y sosegada, su compañía de pocas palabras. Ahora, aquella promesa de paz compartida se había precipitado en una dolorosa inmovilidad, en la inconsciencia que postraba, seguramente para siempre, a Elena en un lecho, luego de que una nueva **oleada** partida del despotismo (ahora sí intolerable, ahora sí que **anhelaba** su destrucción) **barriera** la existencia de ambos.

El movimiento de la rala muchedumbre, a su alrededor, le avisó el pronto desenlace. Nuevamente comprobó la fluencia de los hechos que había previsto. Ya tenía el cuchillo desnudo en

la mano, aún en el bolsillo. Ya se detenía el carruaje, envuelto por las aclamaciones de los que lo esperaban. Un lacayo abría la portezuela; unos pocos oficiales, a distancia de respeto, aguardaban el descenso de la voluminosa figura que, torpe, se insinuaba en la sombra del coche. Gabriel González se escuchó a sí mismo gritar, más que por furia por alegría al abandonar su miserable silencio. Al mismo tiempo sintió dolor, como un fuego por la espalda. Cayó al suelo y quiso mirar a quien le había atacado: pero los guardias no iban contra él, se ocupaban en sujetar a un joven desesperado que aún empuñaba un revólver. Vio también la detestada persona del General, sus ojos enrojecidos por la turbación y el miedo que contemplaban, primero, al detenido, y luego al derribado; sus labios seniles, cercados de saliva, que se movían dificultosamente y le decían a él, Gabriel González agonizante, sin dejar de mirarle un instante, cuánto le agradecía haberle salvado la vida.





LORZAV

Dibujo de Lorenzo Saval

Lorenzo Saval

LA PARTIDA... AMANECER DE LUZ

Las miradas hacían juegos de trapecio por encima del tablero. Lentamente las piezas se movían en su laberinto de trampas.

El presentía su triunfo, veía la intranquilidad de su rival, el miedo a la derrota.

Como guerrero herido la cabeza del rey blanco era continuamente levantada, la reina negra parecía reírse internamente dentro de su cuerpo de marfil. No había distancia ni geografía, las piezas parecían agotadas...

Un amanecer azul se filtraba por la ventana, inadvertido, con su trampa de luz.

Montado sobre un caballo negro con la furia latiendo en el gesto, Julián saltaba cuadrados con el pronóstico de una muerte.

Los arqueros vestidos de alfiles eufóricamente cantaban apoyando su galope. Los blancos acorralados, una torre mantenía aún su arquitectura y defendía un rincón, el rey atrás justificaba su presencia.

Poco a poco la luz carcomía las ventanas, la noche esperaba el desenlace lentamente y sin apuro dejaba arrastrar su manto negro desnudándose en silencio.

Los dos jugadores apuraban su batalla, la vida daba saltos a través de sus dedos, una línea de peones unidos por una cadena invisible arrastraban su inocencia ante los disparos certeros de un jinete vengativo.

El cansancio tenía síntomas de ceguera, las manos temblaban, el pulso era de marfil opaco, el trapecio aguantaba un puño apretado que sostenía cuerpos ya rendidos.

Julián cerró sus ojos en un minuto de espera, el sueño sumergía su cuerpo con fuerza de animal herido.

Una mano temblorosa era cómplice de la fuga, los desertores circulaban en los bordes, la nostalgia hacía juegos de máscara con traición en la mirada.

La noche dejaba ver su última pupila, el amanecer con inocencia mostraba su cuerpo desnudo, sediento de entrega y de luz.

El jinete abandonó su caballo, una flecha negra se clavó en su costado... La reina mantenía su equilibrio, como loca desesperada construía puentes donde transitaban los heridos.

Julián, inmóvil, conducía su ejército entre pasillos, las piezas resbalaban entre la vida y la muerte.

De pronto una movida inesperada, no había espacio para la fuga, el trapecio se balanceaba solo por los aires con movimiento de cuerpo caído. El día quebró los cristales, la luz inundó el cuarto, canción de pájaros en la alborada.

Una mano pálida con la doctrina del silencio reposaba en el tablero, las piezas se arrodillaron en el centro, la batalla había terminado.

*"El día es un naufragio de luz
que la noche avisa anticipadamente
entonces, en su abismo común
los desertores caen soñolientos" (*)*

(*) Tomado de un poema de Carmen Saval.

Los dos jugadores apuraban su batalla, la vida daba saltos a
traves de sus dedos, los dedos unidos por una cadena
invisible atrataban su inocencia ante los disparos ciertos de
un jinete vengativo.

El casacaño tenía sistemas de ceguera, las manos temblaban,
el puño era de marfil opaco, el trapeo aguantaba un puño
apretado que sostenía cuerpos ya tendidos.

Julian cerró sus ojos en un minuto de espera, el sueño su-
mergió su cuerpo con fuerza de animal herido.

Una mano temblorosa era cómplice de la fuga, los desiertos
circulaban en los bordes, la nostalgia hacia juegos de máscara
con trición en la mirada.

La noche dejaba ver su última pupila, el amanecer con ino-
cencia mostraba su cuerpo desnudo, sediento de entrega y de luz.

El jinete abandonó su caballo, una flecha negra se clavó en
su costado... La reina mantenía su equilibrio como loco des-
perado construyendo puentes donde transitaban los heridos.

Julian, inmóvil, conducía su ejército entre pasillos, las piezas
resbalaban sobre la arena, la arena ADITIVA AL

De pronto una movida inesperada, no había espacio para la
fuga, el trapeo se desmenuzó, los dedos con sus
destrucción. El día quedó marcado por la
caída, caídas de pájaros en la alborada.

La lluvia cayó sobre la batalla, la lluvia
lápido, las piezas se arrojaron en el centro, la batalla
terminando cuando ya se había el cielo oscuro.

Los desiertos con sus sistemas de ceguera, las manos temblaban,
el puño era de marfil opaco, el trapeo aguantaba un puño
apretado que sostenía cuerpos ya tendidos.

La noche dejaba ver su última pupila, el amanecer con ino-
cencia mostraba su cuerpo desnudo, sediento de entrega y de luz.

El jinete abandonó su caballo, una flecha negra se clavó en
su costado... La reina mantenía su equilibrio como loco des-
perado construyendo puentes donde transitaban los heridos.

Julian, inmóvil, conducía su ejército entre pasillos, las piezas
resbalaban sobre la arena, la arena ADITIVA AL

De pronto una movida inesperada, no había espacio para la
fuga, el trapeo se desmenuzó, los dedos con sus
destrucción. El día quedó marcado por la
caída, caídas de pájaros en la alborada.

La lluvia cayó sobre la batalla, la lluvia
lápido, las piezas se arrojaron en el centro, la batalla
terminando cuando ya se había el cielo oscuro.

Punto final

Junto a mi tío Carlos Arniches, transcurrieron muchas horas de mis días infantiles. Tenía por mí una especial predilección, almorzaba mis domingos libres en su compañía y juntos los dos marchábamos a los partidos de "fútbol" —deporte al que era aficionado y entonces espectáculo no multitudinario— a los campos de O'Donell, de Pardiñas, o Martínez-Campos y luego al Metropolitano y a Chamartín.

Tenía una elevada estatura, y yo, muy pequeño, hacía un gran contraste caminando de su mano. De continuo me hacía preguntas y se reía de mis comentarios sobre unas y otras cosas.

Nos separó, como a tantos seres, la guerra civil en una línea geográfica. Yo en Málaga, él en Madrid. Días antes del final de la guerra marchó a la Argentina.

Allí estrenó "El tío miseria" y el "Padre pitillo".

Al volvernos a encontrar me contó un relato que fue el final de una conferencia que pronunciara en Buenos Aires que tituló "El alma popular de España" y en la que recogía pasajes de algunos de sus sainetes.

He pensado, recordando sus palabras, que ellas en el recuerdo podían ser el punto final que cerrara este número de "Litoral" dedicado a la Narrativa.

* * *

Pienso con Carlos Arniches que el alma popular encarna unos profundos valores, que el pueblo en su visión humilde y sencilla, dice más que todas las explosiones de la cultura y que cuando el pueblo se desdibuja por la fuerza arrolladora de la técnica, cuando todo se mecaniza, en la deshumanización de los seres el hombre deja de ser libre y pasa a formar parte de un engranaje que marcha al golpe de extraños pulsadores que mueven unas ocultas manos demoníacas. Cada vez estoy más convencido, si eso que hemos llamado "civilización" no destruye muchísimo más que construye, si cuando desaparece la "vox populi", cuando el pueblo deja de hablar y habla la otra voz mecánica, empieza a inventarse un corazón duro, sin temblor y sin lágrimas, que dirige como una computadora, tecleando en frío sobre verdades inventadas.

Carlos Arniches cada día buscaba al pueblo en el pueblo. Del mismo punto partió Jesucristo cuando quiso redimir al mundo. Le tocó vivir unos años de profundas raíces populares, la lavandera que sustituyó la lavadora, el farolero, que se sentía como un ingeniero de mil faroles, el cajista que jugaba con las letras, la costurera... La gorrilla y el pañolón, el pueblo tenía su propio atuendo y su personalidad.

El organillo y la verbena, el chotis y la florista, la peinadora, la cesta de la merienda, el tintorro y el tute "arrastrao". El sainete y la zarzuela, la bohemia y el café de los escritores, la conspiración y el pistoletazo que casi nunca acertaba. Jugaba el amor, la violencia, los celos, el perdón, dentro de un orgullo de ser, lo que se era. El drama estaba siempre arriba en los salones de Echegaray, abajo corría la risa y, cómo no, asomaba alguna vez la lágrima. Triunfaba el Felipe y se imponían cuatro pesetas de Julián para vencer al dinero, en la verbena de la Paloma.

Las duquesas copiaban el mantón y los ateos se tomaban el sello de la virgen para curar el dolor... de tapadillo y a hurtadillas. Pablo Iglesias derribaba gobiernos y los Reyes cruzaban

su sangre con las artistas del cuplé. Desnudos de las buhardillas de los pintores. Los toreros se gastaban en cajas de manzanilla y en juergas flamencas los "honorarios" de una tarde y había que triunfar en el teatro Apolo y algún escritor se suicidaba por amor. Antes de la desesperación, los seres miraban al Cielo todavía.

* * *

Carlos Arniches, llevaba unos lentes sin aro, dos cristales limpios que hacían resaltar detrás unos ojos pequeños y brillantes.

Vivía entonces en la calle de Montesquinza, próxima a la Castellana, un paseo de árboles corpulentos que no tapaba el cemento, donde asomaban jardines con flores, las mismas flores de las macetas que en los barrios populares colgaban en los corredores de las corralas.

* * *

Paseábamos sin prisa cuando escuché de sus labios el relato, fue en uno de estos paseos —me decía— otras veces en solitario.

Era un encuentro cotidiano. Los tropezaba cada tarde y se hicieron parte de mi paisaje, como el árbol, el banco y la elevada estatua de Colón en el cruce con la calle de Génova.

El abuelo andaba lentamente con su abrigo un poco raído y una bufanda de un tono grisáceo, el nieto era un chaval corretón con el pelo desordenado y unos ojos chispeantes y traviosos, tenía la piel pálida y unas piernecillas de alambre que parecían romperse en sus saltos y sus carreras.

En el Paseo de Recoletos, en su mitad entre Colón y la Cibeles estaba siempre parado al sol y al frío el hombre de los globos con su boinilla, funda redonda de una cabeza sin pelo.

Los globos eran como un árbol florecido que se movía al aire. Azules, rojos, verdes, amarillos y desde sus hilos consistentes saltaban golpeándose unos a otros en un cuchicheo allá desde su altura sobre la vida que marchaba debajo sin apenas mirarlos.

Las carreras del pequeño se detenían siempre allí frente al hombre de los globos y allí sus piernecillas de alambre, sus ojos chispeantes y traviosos se quedaban extasiados mirando aquellos globos con su vibrante colorido y algo de aquel color parecía iluminar la piel pálida del niño. Era un momento, siempre un momento y luego otra vez correteando agarraba la mano del chiquillo la rugosa mano del abuelo.

—Abuelo, abuelo... cómprame un globo.

Volvía como de lejanos pensamientos el viejo.

—Mañana... hoy no tengo dinero, mañana.

—Siempre dices mañana.

Y correteaba el pequeño de nuevo y seguía el abuelo su lento caminar y quedaba atrás el hombre de los globos.

La escena se repetía cada vez. Eran distintas las palabras en la insistente demanda del pequeño y las frases evasivas del abuelo sin dinero, que señalaban un plazo futuro para la compra de los globos.

Y pasó el tiempo y dejé de ver al abuelo y al nieto en mi diario recorrido de la Castellana y Recoletos.

* * *

Un día de invierno, encontré de nuevo al viejecillo, esta vez solo. El pequeño no le acompañaba. No sé por qué me produjo extrañeza. Me era habitual el cuadro que a mi vista representaba su mutua compañía y aquellas alocadas carreras sin meta del niño. Sentí como deseos de preguntar.

Andaba el viejo como ensimismado, sonámbulo y varié yo un poco el ritmo de mis pasos.

El hombre de los globos estaba donde siempre con su carga multicolor y al llegar a su altura el abuelo se acercó. Me detuve sin saber por qué.

—¿Cuánto valen esos globos?

—¿Todos? —preguntó aquel hombre de la boinilla redonda que cubría su cabeza sin pelo.

—Sí, todos.

Y tras el asombro surgió el precio.

El viejo buscó en el bolsillo de aquel abrigo de siempre un poco raído y la mano rugosa sacó un pañuelo oscuro con un pequeño bulto anudado. Los dedos temblorosos desataron el tosco lazo y descubrieron en su interior unas monedas.

El hombre de los globos recibió aquellas monedas, entregó su carga y se quedó desarbolado como un tronco en el paseo al que de golpe y sin viento se le cayeran las hojas.

Avanzó el abuelo con aquellos globos, en un traspaso de mercancía que adquirió un movimiento distinto. En el lento caminar los globos se agitaban como una bandera de franjas, que se hiciera de cristal.

Pero el viejecillo se paró unos pasos después.

Nuevamente sus manos buscaron en el bolsillo del abrigo. Temblaban los dedos. Algo no visible había sacado de aquel bolsillo y con dificultad manipulaba en su mano, la mano libre de la otra que sujetaba aquellos globos que bamboleaban al viento frío de aquella tarde de invierno.

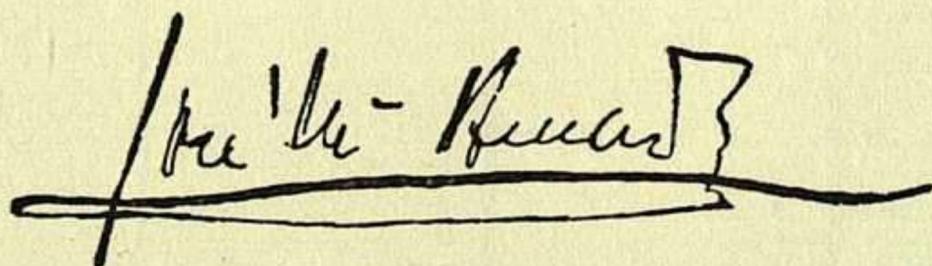
Por fin vi relucir metálica la hoja de una navaja pequeña. Y uno a uno el abuelo fue cortando aquellos hilos de los globos y uno a uno los globos fueron ascendiendo, salpicando el horizonte de golpes de color, azul, verde, rojo, amarillo. Los globos eran libres y su libertad sembraba una alegría silenciosa sobre el paisaje de los árboles quietos.

Los ojos cansados del viejecito estaban llenos de lágrimas. Eran unas lágrimas reconcentradas que yo adivinaba con distinto sabor de otras lágrimas. Lágrimas infantiles o de equivocación o de amor contrariado. No, eran unas lágrimas como más secas.

Quise acercarme a su tristeza. Pero aquella mirada cansada parecía no ver, a nada, ni a nadie, sólo con fijeza a donde los globos girando alegres iban subiendo en el aire y se perdían hacia arriba, hacia arriba.

Y surgió en el silencio una voz, su voz, llena de emocionada dulzura, mientras los ojos miraban al cielo.

—Para ti.



JOSE M.^a AMADO Y ARNICHES

Suplemento

En
la hora de
Europa

(Portugal, Francia, Grecia...
y España, hoy, aquí
y ahora)

Suplemento

En
la hora de
Europa

Portugal, Francia, Grecia,
y España, hoy
y siempre

En la hora de Europa

Corría la primavera del año 1968, cuando salió a la luz el número uno de esta nueva época de "Litoral". Con una ilusión entonces incipiente, preparamos los textos de aquellas páginas amarillentas, pergamino histórico que recogía la pequeña muestra de una extraordinaria generación poética, la generación del 27 o generación de "Litoral".

Algunas variantes al renacer: el color rojo de la portada, una franja divisoria que separaba caminos, una numeración más pequeña al apuntar el comienzo, como con timidez, de hasta donde podríamos llegar, y una señalización de lugar: Torremolinos, Málaga, Andalucía, España, Europa.

Esto, que parecía extraño, era importante. Nos sentíamos parte de un pequeño pueblecito donde transcurría nuestra vida; dentro de una ciudad, la Málaga de Emilio y Manolo y José María; dentro de una región con voz peculiar, Andalucía, éramos parte de una nación con su historia y nos debíamos, compendio final, a una cultura: Europa. No era vana expresión el señalar así sobre nuestra portada como algo invariable, incambiable, esta premisa, diciendo ya antes de hablar lo que somos y queremos ser.

Tan firme, tan terminante era la postura que, cumplido el trámite alegre del homenaje a una generación trascendente —aquel número uno— nuestro número dos tuvo como lema: Europa.

Motivó aquel número la primera multa gubernativa y el primer expediente a “Litoral”. Era un toque de atención.

Quería ser el nuevo “Litoral” revista de la Poesía y el Pensamiento, pero pese a la entonces recién inaugurada Ley de Prensa, estaban cerrados en este país nuestro los caminos del Pensamiento. Los galimatías verbales con que se quería dar por terminada la censura, descubrían claramente que la censura no había concluido, simplemente tenía otro módulo, otra forma encubierta de aplicarla. Y “Litoral” escogió otros caminos para su andadura. Pero aquel número sobre Europa que quedaba atrás, discutido por unos y otros, dejaba una huella profunda sobre mi sentimiento.

Cuando 22 números de “Litoral” felicitaban a Pablo Picasso en sus noventa años, quizás uno de nuestros números más emotivos, unos cuantos poetas y escritores asumimos la representación de cada número en nombre de cuantos colaboraron y compusieron su índice; yo, que tan directamente había intervenido en todos, asumí la representación del dedicado a Europa para felicitar al maestro, tan malagueño, tan andaluz, tan español y tan europeo como el lema de todas nuestras portadas, y esa idea de los frenos sobre el Pensamiento seguía siendo un delito, si el Pensamiento era contrario a quienes asumían el poder y, con el poder, la fuerza.

Aquel número dos sobre Europa, que está en las colecciones de vosotros los suscriptores de “Litoral”, que me acompañásteis desde el principio y que habeis hecho posible esta realidad cultural, fue un número criticado y creo que incomprendido. Alguien lo calificó de “Golista”.

Eran entonces el general De Gaulle y Francia, los directores y componedores de la Europa rota y desangrada en luchas fratricidas. Y si la idea inicial fue de Schumann y Monet y el punto de partida fue Roma y la Constitución tuvo lugar en Strasburgo, el general De Gaulle fue el valladar de enfrentamiento contra los primeros embates de los Estados Unidos y de Inglaterra, desprendida geográficamente del Continente y desmembrada en los intereses económicos de su Imperio colonial,

cuando los imperios coloniales se derrumbaban, como todas las injusticias, y su caída era lo que sirvió para la incipiente unidad de las otras naciones europeas. Dije entonces y sigo creyendo ahora, que la Europa de las patrias era la primera fórmula viable; sentir Europa desde la patria independiente. Pero que Europa, y esa me pareció la equivocación del general, se uniría a una idea y nunca a un hombre. Los hombres pasan y las ideas quedan.

Dos principios fundamentales estaban en el contenido de ese número: "Hacia una Europa de Gibraltar a los Urales" y el grito de la revolución de mayo en París: "La imaginación, al poder". Repetir ahora los conceptos que se vertían en aquel número dos de la primavera de 1968, no me parece necesario, yo lo he releído, recordarlo vosotros cuando este número 45-46 llegue a vuestras manos.

Allí está la guerra del Vietnam, los primeros contactos, apoteósicos contactos del general De Gaulle con los países del Este europeo, allí está Juan XXIII y el Concilio tan importante en "la hora de Europa", allí está la revolución de mayo, allí está Fidel como el primer ensayo de la revolución en los países de la América de habla española, allí está Dayan sentado en un diálogo con representantes de los países árabes, allí están en un abrazo Pablo VI y Athenágoras y allí está Picasso, como un símbolo de la importancia de la Cultura y la emotiva anécdota de los niños del pueblecito francés de Bâle, que salen a pedir dinero por las calles para que no se lleven de su ciudad los cuadros del genial malagueño.

Pierre Mazars diría: "Son los niños, la gente joven, la que tomó la iniciativa en Bâle. Picasso forma parte de su mundo. ¿Podríamos decir lo mismo de las personas mayores?"

Europa y la cultura, breve síntesis de todo lo anterior. Así, sobre la violencia, sobre las guerras, todas las guerras, sobre la sangre derramada, Europa y la Cultura. Yo espero una explosión juvenil que reclame algún día a los Estados Unidos el "Guernica" de Picasso, ese símbolo para siempre del Arte y de las bárbaras agresiones.

* * *

Desde entonces, 1968, a esta hora, 1974, la posible unidad de Europa ha dado muchos pasos y algunas argollas fuertes anudan ya los años de su Historia.

Tristemente España ha estado fuera de ese importante acontecer. España, tan ligada a los que es Europa, a la cultura de Europa, a su alma aventurera y descubridora de mundos, a la Europa de Shakespeare, de Goethe, de Miguel Angel, de Cervantes, de Bach, de Falla, de Velázquez, de Rembrandt, de Goya, de Tiziano, de Picasso, de Góngora, de Lope, de Quevedo, de Trosky, de Juan Ramón, de Dostowyesky, de Marx, de Ortega, de Eluard, de Tolstoi, de Bergamín, de Malraux, de Unamuno, de Federico, de Alberti...

Ha estado fuera con una agria expectativa de fracaso. Con servil aquiescencia al Imperio más breve que registrará la historia, el imperio del dólar y el poderío de los Estados Unidos, de una América sajona, que se crecía sobre la sangre de los países de nuestra lengua y la súplica económica del precio de las armas con que se desengraban en inútiles contiendas los países europeos. Porque no hay una dictadura que no se haya sostenido sobre la falsa democracia del peor de los colonialismos de este siglo en que vivimos.

Cuando el conflicto entre árabes e israelitas se desenmascara como guerra provocada, surge la hora más grave para la unidad europea.

Nuevamente suenan las voces de los agoreros para señalar el final de Europa. Europa se hunde, Europa se acaba. Pobres imbéciles de ideas preconcebidas.

Se trace donde se trace la línea militar de El Golán, caiga donde caiga el frente del Sinaí y sea cual sea el valor económico del oro negro, y levanten en vilo, a medias o del todo, al dólar, los depósitos del oro rubio de los jeques del golfo Pérsico, Europa va a ser siempre Europa, cuna de revoluciones y de cambios sobre la injusticia, raíz del Pensamiento creador sobre la violencia y la tiranía y apoteosis de la Poesía y del Arte.

Y algo quedaría y queda de la sangre. No de la que cae en caño abierto al estampido violento del fuego, de la otra, de la que mezcla el amor, inicia el beso e irrumpe con llanto infantil en la apoteosis del parto.

Saben de eso las indias y las mulatas, los ojos profundos asomándose tras el velo de las mujeres árabes que soñaron en

FE DE ERRATAS

En el soneto de José Bergamín, en el segundo cuarteto, donde pone “tan incontinental caracoleo”, debe decir “tan incontinental cocacoleo”, y en el segundo terceto, donde dice “o se le extraña”, debe decir “o se la extraña”.

FE DE ERRATAS

En el soneto de José Bergamín, en el segundo cuarteto, donde pone "tan inconfintal cacaleo", debe decir "tan inconfintal cocaleo", y en el segundo terceto, donde dice "o se le extraña", debe decir "o se la extraña".

español, en francés y en italiano con el lenguaje de las manos temblorosas y emocionadas, lejos de los signos de la palabra y de los de la escritura.

Habrá petróleo, mientras el petróleo mane, habrá otra energía cuando la técnica avance, porque siempre habrá un Einstein o una Madame Curie y, al final, un Fleming de cara a la muerte.

* * *

Los últimos acontecimientos

En aquel número dos de "Litoral" del año 1968 se publicada este poema sobre Europa, de José Bergamín.

*Europa no habla griego, que habla gringo
creyendo que está hablando el europeo:
babélico, balido y balbuceo
que se americaniza de vikingo.*

*Nunca soñó un Imperio Carolingo
tan incontinental caracoleo.*

*Ni encontró un Bonaparte a su deseo
tal respuesta, responso, ni respingo.*

Respuesta que es apuesta y desatina.

Responso a la difunta Gran Bretaña.

Respingo que lo da quien más se empina.

Y mientras se la ignora o se le extraña

a una Europa, que al serlo, fue latina

ya no se habla en cristiano ni en España.

El poema sigue en pie, cuanto en aquel número se decía sigue en pie también, pero nuevos acontecimiento en este 1974 ponen variantes en la forma, que no en el espíritu, que el número de "Litoral" representaba.

Ha muerto el general De Gaulle, Inglaterra ha firmado su entrada en la Comunidad Europea. Terminada la guerra del

Vietnam, estalla de nuevo el conflicto árabe-israelí como para una breve y sangrienta liquidación de las armas sobrantes y un extraño pretexto de mantenimiento a ultranza del poderío norteamericano, y los países árabes afianzan, por mágica carambola, el poder del dólar con la suspensión de sus entregas de petróleo a Europa y la inmediata subida de su precio, que es el gran golpe bajo a la independencia europea, todo ello bajo la serena y expectativa mirada de la Unión Soviética.

Es la hora dramática de Chile, como una muestra de la consolidación de las materias primas de los grandes trusts económicos.

La voz constante de Francia vuelve, como con De Gaulle, a asumir la batuta directiva y las naciones europeas que se unieron no se desunen más que en apariencia. La verdadera desunión se manifiesta en el mundo árabe, pese a los esfuerzos de la diplomacia norteamericana.

...Portugal

Un acontecimiento trascendente para la Península Ibérica va a producirse en el mapa de Europa: la liberación de Portugal.

Es una liberación ideológica que provoca el acontecer europeo.

Ya se ha escrito mucho y largo sobre el "gran cambio" de Portugal, en lo que tiene de anécdota.

El libro del general Spínola, la sublevación de unas fuerzas militares y sus jóvenes oficiales, la vuelta de políticos en el exilio, la destitución de Americo Thomas y Marcelo Caetano, la disolución del Movimiento Político mal llamado de Unidad Nacional que acaudilló Oliveira Salazar, unidad mantenida, como tantas unidades totalitarias, sobre un carisma de violencia y fuerzas policiales.

Las esperadas manifestaciones sangrientas que terminaban en batalla de flores, el pacífico ensayo de la unión revolucionaria de partidos liberales y socialistas y comunistas, pagando los años angustiosos de la tiranía sufrida con la mera alegría desbordada de la contemplación de su final.

¿Y después? Después Europa.

Esto es lo que está fuera de la anécdota, de los cientos de comentarios. Esto es lo que sólo se dice veladamente y esa es la gran verdad.

Otra parte de Europa pierde su imperio colonial. También lo perdió Francia y en otro momento Bélgica e Italia y, en la primera guerra europea, Alemania.

También lo está perdiendo Inglaterra.

Los primeros pasos de la nueva diplomacia portuguesa van a eso: a Europa. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores recorre Europa antes de asumir el cargo.

No vamos a caer en las conjeturas de tantos artículos y tantos comentarios, tantas previsiones y tantos vaticinios de lo que va a pasar. Antes de que pase puede uno anticiparse. Portugal va a entrar en Europa, en la aparentemente resquebrajada, en la todavía angustiosa y difícil unidad europea y va a entrar con su economía empobrecida, con el valor a más o menos de su moneda, pero también con su signo histórico descubridor con España de otros mundos, con sus poetas y escritores, con sus economistas y su savia, quizá nueva por adormecida y encarcelada, en la peor de todas las cárceles, la del espíritu.

Posibles brotes de violencia contenida cuando pase la euforia de la alegría, no van a enturbiar la gran verdad.

...Francia

A la muerte de Pompidou transcurrieron en Francia horas de gran efervescencia política.

Era la estupenda prueba de una inquietud interior del Pensamiento de un pueblo consciente de sus destinos.

En la consulta popular votó casi el 90 % del censo electoral. Cuando un 1 por 100 podía ser decisivo, ese 90 % es importante. Cuando el 90 % es el que piensa de la misma manera, o es una farsa, o es poco tranquilizador. Las últimas elecciones en Portugal le daban el 98 % a Caetano.

Las fuerzas conservadoras en un país de alto nivel de vida han vencido en Francia a la hora de un recuento de la expresión del sentir de los franceses, sobre una revolución no por vencida menos necesaria.

Las fuerzas conservadoras habían comprendido que deben avanzar por el camino revolucionario de los cambios de su tiempo.

El general De Gaulle comprendió la revolución de mayo cuando se había extinguido porque nadie quiso acaudillarla. Pompidou, el llamado a abortarla, no la entendió ni antes ni después. Su corta visión ha precipitado la caída de eso que se llamó el "golismo", una especie de absurdo sin De Gaulle.

Quizá para la consolidación de esta otra Europa, sobre la línea de una Alemania dividida como para señalar el imposible de su separación, no venga mal el resultado de las elecciones francesas. Un pueblo se movilizó sobre todos los medios de comunicación entre los seres, sobre la prensa, la televisión, la radio, pancartas en las calles, con inquietud en la aparente serenidad, y el motivo no era un partido de fútbol. No era mal síntoma para los caminos del Pensamiento, para la fe en la civilización y la cultura.

...Grecia

En la serie de acontecimiento de esta hora europea, quizás el final de la "dictadura de los Coroneles" en Grecia es el hecho más trascendente.

Grecia, que se encontraba en el contexto europeo, fue expulsada de la Comunidad precisamente por el gobierno antidemocrático que representaban aquellos militares.

No les faltó a los Coroneles el apoyo indirecto de los Estados Unidos.

Por fin ha concluido su tiranía, que en aras de principios nacionalistas, iba a provocar en el Mediterráneo un nuevo y grave brote de fricción.

Esta vez las dos Europas han actuado en el mismo son y el golpe militar de Chipre no se ha consumado. Turquía, con luz verde para su desembarco, ha producido la derrota y Grecia entrará de nuevo en la Comunidad Económica Europea y formará de nuevo en la Europa Occidental.

Duro golpe para los partidarios aquí en Europa de la violencia, esos que aplauden y aplaudieron la dictadura del Brasil, el golpe militar de Chile...

También esta vez esas recientes elecciones del 98 %, han dejado al descubierto su falsedad y el pueblo, con desbordada alegría, ha recibido a sus artistas, a sus científicos, a sus intelectuales preferidos, a sus políticos en el exilio y unas elecciones auténticas abrirán el cauce de su camino hacia una normalidad constitucional que habrá de basarse en los principios políticos de otras naciones europeas.

...y España

Nada de esto llegaría tanto al corazón del que escribe si en el juego no entrara España.

También aquí se han producido acontecimientos. También aquí, en silencio —a pesar de todo eso que se llama apertura— entra Europa, de otra manera, pero entra Europa...

Un discurso de tono político mesurado, con contenido y fraseología distinta, ha tomado bautismo de fecha.

Yo lo escuché personalmente con interés. Eran horas difíciles después de un acontecimiento trascendente. El actual jefe del Gobierno español dijo, con aire de jurista y nueva forma de expresión, la Ley Orgánica, a tantos años ya su publicación.

Pocas palabras sobre Europa en aquel discurso. Para mi eso era preocupante.

Otra vez encubriendo servidumbres, el Pacto Ibérico y ¿la proverbial amistad? con los países árabes y nuestros lazos de sangre con la América que habla nuestro idioma. El orden pú-

blico aplicado con severidad. En caso de duda inclinarse más hacia la firmeza en la represión, que al perdón. No me gustaron aquellas palabras, ya fuera de la Ley Orgánica. Lo digo respetuosamente, pero con claridad, si se puede decir. Me pareció un concepto anticristiano y no me extrañó el choque posterior e inmediato con la Iglesia. Porque a defender la idea cristiana en los conatos de represión, surgió rápidamente un obispo en Bilbao. Y a defender al Obispo de Bilbao, casi todos los obispos de España, y a defender a los obispos de España, el directo representante en la nación de S.S. el Papa.

Tampoco quiero caer en la anécdota.

Algo de la apertura anunciada quizás comenzó después y el ministro que se hizo paladín de la postura de la entrega, con signos de gran concesión de derechos, tan naturales al ser humano como su propia naturaleza, empezaba a parecerme más europeísta que cuantos viajaron por Europa y de los que en la gran sede de Bruselas llevan años sin saber qué decir aquí, de lo que piensan, sienten y, sobre todo, oyen y escuchan allí.

Sobre el panorama europeo, sobre la gran comunidad, cuando se haga un mapa, no va a quedar más nación europea que no esté en Europa que España.

Negar afinidades, uniones de desenvolvimiento político, simpatías de manera de actuar, no es la verdad de este momento. A las negaciones sobre horas no propicias para lo que se piensa y se siente, está acostumbrado el mundo desde San Pedro hasta hoy.

Un parte oficial dijo un día en este país, como en otros, que la guerra había terminado. Para muchos la guerra parece no haber terminado, ni entonces ni nunca.

Pero entonces, antes, Europa no existía.

Nosotros, que no hemos tomado parte directa y activa en las dos guerras europeas. Nosotros, que no hemos sido parte en la sangre inútil, podemos y debemos estar en la hora de la Europa, cuna de civilizaciones, descubridora de mundos, creadora de cimientos en el Arte y en la Ciencia. Para formar parte de Europa tendrán que sacrificarse muchas cosas, todas me parecen menos importantes que sacrificar a España, entre falsas palabras, elucubraciones, patrioterías, en juego y rejuego con la verdad contra la verdad.

La Europa occidental

Una falsa línea de división geográfica cortando en dos trozos un país, nos ha situado en lo que se llama la Europa occidental. No hay dos Europas, no hay dos Vietnam, no hay dos Coreas, no hay dos Chinas.

Pero entremos en la consolidación de esta Europa que anuda, rompe, pierde y vence bazas económicas. Esta hora hace pensar que no hay más posibilidad de triunfo que la Europa total.

En la hora de los continentes, a esa Europa unida le hace falta una unión política y las diferencias políticas a mi me parecen, a veces, las más fáciles de allanar. Porque las guerras, ya inviables, las monta la Economía y no el Pensamiento.

El mundo vive horas trascendentes. Están haciendo crisis muchas cosas. Ha sonado la hora del enfrentamiento, no se le ve medio alguno de eludirlo. La gran violencia, la del tanque cruel frente al guerrillero desarmado ya no es posible. Todas las premisas sobre las que las violencias como base de imposición de criterios se montaban, caen en los amplios medios de comunicación entre los hombres y los pueblos. Un hombre solo, con un objetivo y una cámara pequeña, puede hacer llegar al último rincón del mundo, en horas que no en días, la versión de la barbarie y el crimen, y en cientos, miles, millones de hogares, se levanta un dedo acusador, una voz indignada, un clamor de protesta.

Es esta hora, la hora de los continentes. Donde no haya unión continental, habrá neocolonialismo y pobreza. Habrá que salir del perímetro natural a buscar fuera las soluciones. Alguien saldrá o alguien vendrá a vender a buen precio o a comprar el barato. La tecnología alcanza hoy una cúspide de consecuencias

casi sobrenaturales, tambaleando hasta las premisas de la creación en su esencia. No se puede concebir el aislamiento nacional. Lo que fueron fronteras naturales, pasan a ser meros accidentes geográficos, desniveles del terreno, o caminos del agua que juega con la tierra en busca de un cauce para abrazar otro río o para llegar al mar.

Los dialectos en cada nación serán a la unidad de los pueblos, lo que el idioma a la unidad de las naciones, y los seres se sentirán desde su río, su serranía, su dialecto o su idioma, partícipes de la gran empresa.

Cuando la crisis del petróleo hizo trepidar toda la economía de esta Europa Occidental, la serenidad era la premisa contemplativa de la Unión Soviética, superabastecida por sus pozos de petróleo y los de Rumanía y sus inexploradas existencias de Siberia.

Ese drama del petróleo, tan cacareado y mal informado, no es un drama para Europa, para la Europa total. Es un drama para las empresas que en esta Europa occidental explotan el petróleo, y algo más y más grave, para las dependencias con un mundo capitalista de otras materias en manos de trusts en estrecha concomitancia con los Estados Unidos.

Esta Europa partida en dos, tiene que deshacer ese equilibrio que llamamos Este y Oeste y que a cientos de miles de kilómetros provoca el gran capitalismo internacional. Esta Europa tiene que hablar definitivamente y no ocasionalmente, de tú a tú, con la otra Europa y dejar de hablar por telex cada día, pidiendo la cotización de una moneda de compra, como único lenguaje político. No es difícil ver de una manera clara que el telex que funciona hoy es Moscú-Washington y los matices ideológicos son mero juego de palabras de las empresas capitalistas que en esta Europa occidental dependen y funcionan al dictado de Washington. Vamos, claramente dicho, que en el telex ese, Washington-Moscú, los americanos intentan, todavía, hablar en nombre nuestro, sin que sepamos por qué.

Estamos sufriendo la explotación a que nos llevaron nuestras luchas internas casi un siglo, los préstamos más o menos encubiertos los hemos pagado a intereses muy altos.

El socialismo parece la única posibilidad de salir adelante, en los países presionados por las deudas adquiridas en imbéciles

guerras internas sobre motivos fútiles y ambiciones de poder. El socialismo parece la posibilidad de redistribuir equitativamente en las horas difíciles de la economía. El socialismo es la teoría política más próxima a un mundo justo de cualquier sentido religioso.

Desde este punto de partida serán más factibles, más viables las aproximaciones necesarias de las dos Europas, para conseguir la Gran Europa.

El Concilio Vaticano, tratando de encontrar la unión de las Iglesias separadas, dio el primer paso. Han quedado sobre una nebulosa lejanía aquellos abrazos de ortodoxos y católicos, como si en la fiebre de los titánicos esfuerzos de los hombres del Mercado Común, una unión en lo espiritual, fuera indispensable sobre las ecuaciones y las mil cifras de las matemáticas.

El fantasma de las guerras, ya lejos de los escenarios europeos, sobre los países pobres y el mundo fanático, alimenta todavía el gran arsenal de los desalmados. A Corea, Vietnam; a Vietnam, las arenas calientes del Sinaí y los gritos descompasados de los árabes alimentados de odio, y el rencor de los palestinos sin hogar ni deseo de que lo encuentren.

El mundo no se arregla porque no hay deseo de que se arregle, porque como sanguijuelas monstruosas, siempre hay una industria que vive de la muerte y de la sangre.

Qué voz será capaz sobre Europa de levantar en vilo el Amor y partir desde aquí al nuevo descubrimiento de la comprensión y la Justicia. Qué mente ilusionada hará la necesaria revolución de extirpar de raíz la ambición y reducir el valor del dinero a la mera búsqueda de caminos para la Ciencia y el bienestar de los acorralados en reductos de pobreza.

Mientras, las largas peroratas de los gobernantes, llenas de vacías palabras, de rememoraciones trasnochadas de batallas sangrientas. de muertes y muertes, de los que unos sabían por qué iban a luchar y morir y a miles se les mandaba a morir, sin darles otra opción, y sobre esas muertes que simboliza la estatua del héroe, de un soldado desconocido, se construye qué, se levanta qué; un tinglado burocrático, la cómoda vida de los supervivientes vencedores y las mismas premisas injustas para todos los caminos del vivir.

Yo, que tuve mis muertos, no tengo el rencor de los que sin conocerlos los mataron. Tengo el rencor de la guerra que los mató, de la incultura que hizo posible la guerra y de la juventud castrada del gran ideal, que sumisa y cobarde, se prestó a luchar sin protesta.

Cuando, sobre los campos espléndidos y abiertos, las grandes máquinas derriban los árboles y rompen las raíces de las flores, para levantar las torres de cemento en donde sobra el espacio, para beneficio de logreros, ante el silencio de campesinos y de estudiantes, de técnicos y urbanistas, de ingenieros y arquitectos y albañiles, pienso qué difícil es vencer a la garra salvaje del dinero.

Un mundo juvenil ha decidido cantar como una ley de vida y de ilusión, un mundo juvenil se niega a morir, un mundo juvenil niega la discriminación de las razas, el color de la piel, la esclavitud y la fuerza de los tiranos.

Ni los textos de estudio, ni la organización universitaria, clasicista y anticuada, ni la formación religiosa, ni las bases económicas, sobre lo que el trabajo les colocará en la vida, tienen para los jóvenes el menor sentido de lógica y el menor aliciente de ilusión. Quemando horas de sueño, sacrificando sentimientos, tirando por la borda mucha de la propia sensibilidad creadora, hay al final una meta, que sólo hace llevadera un amor que no se estudia, que se encuentra.

No sé de donde partirá sin acritud al gran cambio necesario. Creo que desde esta parcela del mundo en que me tocó nacer, desde esta tierra europea, puede venir otra vez la fuerza generadora de la gran transformación de una sociedad caduca, deprimente, inoperante e injusta.

A ver si otra vez llevamos a los otros continentes los cambios y las grandes variantes que ya han hecho crisis. Como lo fue una vez la Bastilla y París y después el Kremlin y Moscú.

Y, entre tanto, los políticos, que dejen de explicarnos vaciedades y contarnos cómo podemos volvernos a matar, y los intelectuales, desde el pedestal de la Cultura, que piensen cómo hacer sin fuego y sin sangre la revolución, rompiendo a pedazos estructuras, como hizo Picasso con la Pintura para hacerla renacer.

España, hoy, aquí y ahora

Sobre este panorama del mundo, en estas horas cruciales, España sigue siendo como una isla desierta, desligada de toda iniciativa y fuera de toda posibilidad de juego en el flujo y reflujo de las dificultades, pero también de las soluciones que puedan llevar a Europa hacia metas importantes de consolidación. Llana y sencillamente dicho, España no interviene en el panorama internacional.

A las campanas al vuelo, que señalan cambios fundamentales y dan nombre y fecha a un momento y una hora como expresión de nuevo punto de partida, no encuentra uno más motivos que el deseo de unos y otros que así fuera.

La "derecha" española, en su amplia gama de matices, discute entre sí, cómo este país debe de cambiar, en qué debe de consistir el cambio, y se angustia, y se atemoriza, cuando no se sobrecoge, pensando que con el cambio que ellos mismos desean nos encontremos con una fisonomía europea, que es nuestra propia efigie, nuestro propio ser, nuestra constitución natural y que, vista con el espejo de las otras naciones europeas, es precisamente lo que no nos ha gustado desde su creación y principio y mucho menos el que se afirme y consolide.

La Europa que se afianza es precisamente lo contrario de todo lo que piensa y desea esa "derecha" que habla, discute entre sí, en los "clubs conferenciantes" y en los periódicos de amplia difusión.

Largo me lo fiais... Los ministros que fueron y gobernaron, hoy conferenciantes frente a los ministros que gobiernan, hablan con distinto matiz, pero con el mismo fondo.

Europa sí, pero... El pero fue una vez dificultades económicas, otra compromisos con otras potencias, otras roces aislados con miembros de la comunidad y, al final, un año lejano en que las cosas se podrían acomodar... para 1980, como se podía haber dicho 1990.

Somos europeos, pero... nuestras leyes constitucionales se ajustan en parte al ordenamiento jurídico de Europa, pero... esto en los que pudiéramos llamar pro-europeos. Para los otros, Europa es un ídolo con pies de barro, Europa es una pura entelequía, en Europa se nos detesta y, al final, Europa termina

en los Pirineos. Podemos negociar en solitario con los países del Este, con la absurdamente llamada otra Europa, en donde no se explica uno por qué se piensa que nos quieran más, y con el Japón y con la América angustiada y sojuzgada y explotada por la otra América del Norte. Al final la proverbial amistad con los países árabes, que se nos han llevado de golpe los ingresos de años de esfuerzo en el montaje de nuestra más importante industria: el Turismo, y precisamente el Turismo, que nos llegaba de los países europeos, de esa Europa del “pero” y “según”.

Creo pues que nada ha cambiado sobre el panorama político y económico de España hacia adelante.

Creo que se han agriado, y mucho, las circunstancias de nuestra economía; que se han vuelto a resucitar principios políticos ya archivados, ni por buenos, ni por malos, por fuera de tiempo y lugar; que se han vuelto a resucitar fechas que esperaban por fin, serenas y libres del manoseo de tópicos, y la explotación para fines no puros, encontrar en la historia su verdadera dimensión, el valor que tuvieron y la sinceridad con que en ellas actuaron los seres que les dieron vida.

Sobre la política para andar por casa, nada ha variado, ni siquiera el juego de las palabras. Donde falta la auténtica coyuntura internacional se resalta cualquier viaje ocasional.

Donde la hora de la Iglesia toma sobre el mundo una clara postura de reforma, que no coincide con nuestro sentido político-religioso, se le da vueltas y revueltas a un Concordato, que no será otra cosa al final que la regulación legal de unas atribuciones mutuas, cuando lo importante es la solidaridad con la hora espiritual de la Iglesia en la coyuntura político-social del mundo, y se lanzan al vuelo todas las campanas de la libertad, porque un ministro —inteligente ministro por cierto— a comprendido y lo ha dicho, que después de casi 40 años de gobierno, de haber concluido una guerra, amarga como tantas, e inútil como todas, los españoles podamos dialogar para hacer una paz más auténtica que la de creer que toda la razón la tenían los que la ganaron y ninguna los que perdieron. A los que cuando aquella guerra terminó llevaban pantalón corto, se ha decidido, a sus cuarenta años bien corridos, otorgarles la mayoría de edad.

Pero cuidado, una mayoría de edad condicionada sobre unos principios inmutables, que por más que se leen, nadie entiende

en qué son inmutables, unos juramentos que destruyen toda libertad de expresión, amordazando al pensamiento, y una señalización histórica como principio de toda la Historia: el año 1936, sin posible vivificación, clasificación, estudio, de lo que, también Historia, aconteció antes de aquella fecha trascendental.

No, nada ha variado. La "derecha" española, discute entre sí, más suelta, más ampliamente. Eso es todo. Lo demás, el mismo silencio y este comentar, siempre un poco cohibido, atemorizado de los que en tribuna minoritaria, con lenguaje un poco poético y sin la menor acritud, queremos decir de alguna manera que no nos creemos los titulares de los periódicos, las informaciones de la radio y la televisión y deseamos señalar los caminos por los que va el mundo, un mundo más libre, en coyuntura trascendental y sobre el que este país nuestro, con su savia creadora y el impulso ardoroso de su sangre viva, tendría tanto que hacer y que decir.

José M.^a Amado

No pretende ser este planteamiento de "La hora de Europa" un estudio profundo. Es simplemente el esbozo de una situación en el acontecer mundial, con voz encendida, desde un continente del que geográficamente y culturalmente somos entraña y parte como españoles. "Una cultura no se hereda, se defiende", dijo Malraux.

Los intelectuales debemos, dentro de esa cultura, oponernos a su exterminio. El hecho de la existencia y fabricación de las armas que señalan el fin de una civilización, hace presentir que va a ser necesario un esfuerzo sobrehumano para evitar que un nuevo esquizofrénico, un nuevo nazismo, asole la tierra viva.

Dialogar o morir. Guerra o vida. El poder de las armas y el dinero o el poder del Amor y la Poesía. El militarismo prusiano o la revolución social y cristiana.

INDICE

	<u>Páginas</u>
TEXTOS	
Picasso en la Prehistoria (Angel Caffarena)	4
Introducción (José María Amado)	5
Minicuentos (Hilda Breintenbach)	9
LOS ANDALUCES CUENTAN (11 Relatos)	
Juan de Dios Ruiz-Copete ("En torno al fenómeno geoliterario andaluz")	17
J. M. Caballero Bonald ("Carta, en vez de cuento, a Carlos Muñiz Romero")	27
1. Manuel Barrios	31
2. Manuel Ferrand	35
3. Alfonso Grosso	41
4. José Juvenal Soto Carratalá	47
5. Carlos Muñiz Romero	53
6. José Luis Ortiz de Lanzagorta	61
7. Rafael Pérez Estrada	69
8. Fernando Quiñones	75
9. Julio Manuel de la Rosa	85
10. Manuel Salado	93
11. Pedro Tedde de Lorca	101
"La partida... amanecer de luz" (Lorenzo Saval)	106
Punto Final (José María Amado)	109
ILUSTRACIONES	
Picasso (Dibujo)	3
Rafael Pérez Estrada (Collage)	8
Cayetano Aníbal (Dibujo)	13
Maldonado (Dibujo)	24-25
Rafael Alberti (Dibujo)	33
Rafael Pérez Estrada (Dibujos)	39, 45, 51, 59, 67, 73, 83, 91 y 99
Lorenzo Saval (Dibujo)	105

INDICE

Páginas	TEXTOS
4	Picasso en la Prácticas (Angel Castells)
6	Introducción (José María Amado)
8	Misceláneas (Hilja Brentano)
LOS ANDALUCES CUENTAN (11 Relatos)	
11	Juan de Dios Ruiz-Ojeda "En torno al fenómeno geográfico andaluz"
27	J. M. Caballero Borrás "Canta en vez de cuento, a Carlos Muñiz Romero"
31	1. Manuel Barrios
35	2. Manuel Ferrand
41	3. Alfonso Gress
47	4. José Manuel Soto Carratalá
53	5. Carlos Muñiz Romero
61	6. José Luis Ortiz de Larrazola
69	7. Rafael Pérez Estrella
75	8. Fernando Guñon
88	9. Julio Manuel de la Haza
98	10. Manuel Barrio
104	11. Pedro Torre de Lora
108	"La partida... amanecer de luz" (Lorenzo Savel)
109	Punto final (José María Amado)
ILUSTRACIONES	
3	Picasso (Dibujo)
6	Rafael Pérez Estrella (Collage)
16	Cayetano Arbal (Dibujo)
24-25	Malenka (Dibujo)
33	Rafael Alberti (Dibujo)
39, 42, 51, 58, 67, 73, 88, 91 y 99	Rafael Pérez Estrella (Dibujos)
105	Lorenzo Savel (Dibujo)

C O L O F O N

Se terminó de imprimir este número de "Litoral" el día 6 de agosto de 1974 en los talleres de "Dardo", Alameda núm. 37 y "Gráficas San Andrés, S.A.", Alonso Cano, 4 de Málaga.

Está dedicado a la proyección de la narrativa en Andalucía y comprende once relatos inéditos de algunos de los más destacados cultivadores de este género literario en las tierras del sur de España.

Contiene este número un suplemento literario sobre "La hora de Europa" y el fuerte impacto de su unidad en el panorama sociopolítico del mundo. Quiere, con ello, "Litoral" dar, o intentar dar, entrada al Pensamiento, en sus páginas de Poesía, tal como anuncia el encabezamiento de su portada.

Intervinieron y colaboraron con José María Amado en la composición de este número Manuel Gallego Morell, Jesús de Ussía, Darío Carmona y Angel Caffarena.

COLOFÓN

Se terminó de imprimir este número de "Litoral" el día 6 de agosto de 1974 en los talleres de "Dardo", Alameda núm. 37 y "Gráficas San Andrés, S.A.", Alonso Cano, 4 de Málaga.

Está dedicado a la proyección de la narrativa en Andalucía y comprende once relatos inéditos de algunos de los más destacados cultivadores de este género literario en las letras del sur de España.

Contiene este número un suplemento literario sobre "La hora de Europa" y el fuerte impacto de su unidad en el panorama sociopolítico del mundo. Quiera, con ello, "Litoral", dar a conocer dar, en esta ocasión, en sus páginas de poesía, tal como surta el encabezamiento de su portada.

Intervinieron y colaboraron con José María Amado en la composición de este número Manuel Gállego Moner, Jesús de Usala, Darío Carrion y Ángel Calfornia.

ELLA Y NOSOTROS

PLATERO, acaso ella se iba —¿adónde?— en aquel tren negro y soleado que, por la vía alta, cortándose sobre los nubarrones blancos, huía hacia el Norte.

Yo estaba abajo, contigo, en el trigo amarillo y ondeante, goteado todo de sangre de amapolas, a las que ya julio ponía la coronita de ceniza. Y las nubecillas de vapor celeste —¿te acuerdas?— entristecían un momento el sol y las flores, rodando vanamente hacia la nada...

¡Breve cabeza rubia velada de negro!... Era como el retrato de la ilusión en el marco fugaz de la ventanilla.

Tal vez ella pensara: «¿Quiénes serán ese hombre enlutado y ese burrillo de plata?»

¡Quiénes habíamos de ser! Nosotros..., ¿verdad, Platero?

JUAN RAMON JIMENEZ

« PLATERO Y YO »